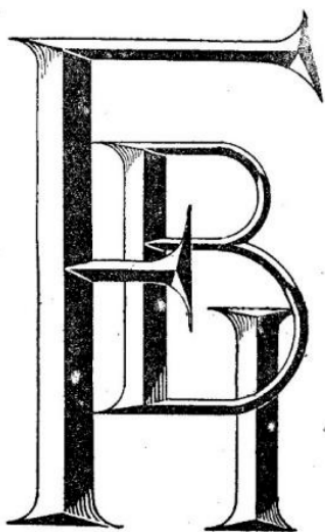






LA HORA GRIS

Alf



Manz

**OBRAS
DE
ALF MANZ
PUBLICADAS POR
EDITORIAL ROLLÁN**
— : —

Colección EXTRAORDINARIA DEL OESTE

- Núm. 1.—Tiger, el Solitario.
» 2.—El Espía Fantasma.
» 3.—Corazón de Puma.
» 26.—Eran dos amigos.
» 28.—El Tahur.
» 30.—Yo fui esclavo.

Selecciones NEVADA

- Núm. 18.—Black, el Fugitivo.
» 21.—Caravana maldita.

Selecciones LOTO

- Núm. 5.—Tristeza de amor.
» 7.—Amor en Hollywood.
» 10.—Lucha en el alma.

Colección F. B. I.

- Núm. 1.—¡Culpable! (2.^a edición).



SAN BERNARDO, 68.—TELÉF. 228947
MADRID

AMIGO LECTOR:

¡CULPABLE!, el primer número de la Colección F. B. I., ha alcanzado un éxito desconocido en la historia de la Literatura española, agotándose la *PRIMERA EDICIÓN* en tres días, estando a punto de ocurrir igualmente con la *SEGUNDA*. Este triunfo lo debemos a ti, lector, que con tanta ilusión has acogido siempre nuestras publicaciones. Te lo agradecemos en nombre de *ALF MANZ* y en el nuestro propio. Cuando leas las siguientes páginas, encontrarás una obra totalmente distinta a *¡CULPABLE!*, en argumento, estilo, ambiente y caracteres psicológicos. He aquí el principal valor de *ALF MANZ* —aparte de ese inimitable sabor humano que vivifica sus novelas—: diversidad absoluta. Entresaca sus obras más geniales: *TIGER*, *EL SOLITARIO*; *EL TAHÚR*, *YO FUI ESCLAVO*, *AMOR EN HOLLYWOOD* y *¡CULPABLE!*, y comprobarás que nuestras afirmaciones son ciertas, y por ello este escritor se ha impuesto mundialmente. Deseándote unas horas de descanso, solaz y emoción con la lectura de *LA HORA GRIS*, te reiteramos nuestro agradecimiento.

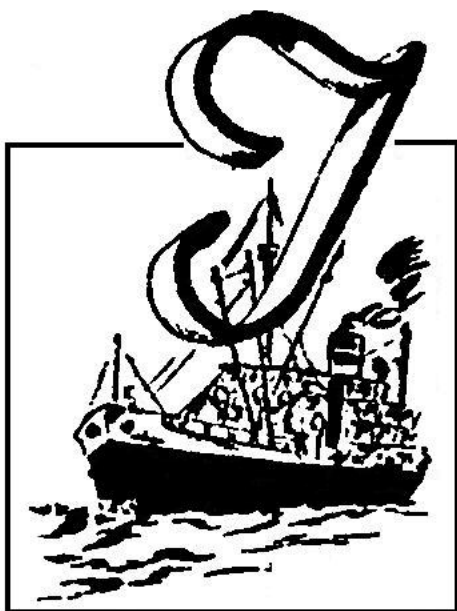
EDITORIAL ROLLAN.

A mi buen amigo español don Eugenio Blanco, gran
corazón y excelente cazador; en recuerdo de nuestras
excursiones cinegéticas por las selvas de Meco
Mountains.

Alf Manz

I

UN VIAJERO INESPERADO



OHN Kelly arrojó el consumido cigarrillo por la ventanilla del coche, un enorme y suntuoso «Lincoln» de último modelo.

Sentado en el «baquet», sus dedos tamborilearon nerviosamente sobre el volante, a la vez que repetía las ojeadas a la puerta principal de «Gerard's»,

famoso «*cabaret*» nocturno en el Westchester, de Nueva York. La fuerte luz de la entrada iluminaba claramente al uniformado

portero, que iba pidiendo los respectivos automóviles de cuántos concurrentes —damas y caballeros— salían fatigados del bullicio, las bebidas y la música de «jazz». Fuera del cono luminoso, rodeando al edificio, los macizos floridos del jardín se desdibujaban en la oscuridad de la noche.

El ocupante del «Lincoln» encendió otro cigarrillo, y a la luz del encendedor se distinguieron sus rasgos, muy juveniles, acentuados por el color rubio de sus cabellos. John Kelly no tendría más de veintiún años.

Era evidente que esperaba a alguien con impaciencia. Detuvo su incipiente ademán de apearse del vehículo al oír abrirse y cerrarse una de las puertecillas posteriores. ¡Alguien había subido al coche! Extrañado, Kelly volvió la cabeza, mirando atrás: una silueta humana encogida en el asiento y una respiración agitada llenó el limitado espacio con un rumor fatigoso.

El joven, instintivamente, deseoso de conocer al inesperado viajero, apretó un botón, y un suave resplandor se esparció por el interior del «Lincoln». Medio tumbado sobre el asiento posterior, un hombre vestido de «*smoking*». Sus negros cabellos en desorden enmarcaban un rostro viril, de facciones enjutas, descompuestas por un gesto de dolor, el mismo dolor que se reflejaba en sus pupilas, unido a una expresión extraña, como de fiera acorralada. Empuñaba con la diestra una «*browning*».

Se encogió aún más, y roncamente ordenó:

—¡Apague! ¡Arranque enseguida!

Y su mandato era apoyado por el negro orificio del cañón que apuntaba al joven Kelly, que, acobardado, obedeció, en parte, apagando la luz, pero osando decir:

—¡Estoy esperando a mi hermana! ¿Qué quiere usted?

—¡Arranque! —Sonó ásperamente la voz del intruso, preñada de amenaza.

Intimidado, Kelly dio el encendido al motor, agradeciendo a la casualidad que su hermana no hubiese aparecido, cayendo también en manos del atracador. Ni un solo policía se hallaba en los alrededores del «*cabaret*», situado en las afueras de la ciudad, lejos del nutrido núcleo urbano.

Arrancaba el vehículo, cuando una joven de cabellera dorada salió del edificio, recogiendo la falda del vestido para poder

alcanzar su coche. Y estaba tan cerca que lo consiguió. Tras abrir la puertecilla derecha delantera, sentóse junto a su hermano, al que recriminó irritadamente:

—¿Qué prisa tienes, John? ¡No son más que las dos! ¡Si me descuido un poco me dejas en tierra!

¡A otra vez bebes menos!

—¡Cállese, señorita! ¡Y usted, corra! —Mandó siniestramente la dura voz en la oscuridad.

La sorprendida joven no tuvo tiempo de reaccionar, pues dos individuos se acercaron corriendo al «Lincoln». El más adelantado metió un «Colt» a través de la ventanilla, encañonando la cabeza de Kelly.

—¡Alto ahí! ¡Frene! ¡Tenemos que ver quién va!...

La frase quedó cortada por una detonación seca y una llamarada nacidas en el asiento posterior. Un alarido y la mano que asía el «Colt» soltó el arma.

—¡Corra! —rugió el inesperado viajero, a la vez que disparaba contra el otro individuo, astillando el cristal del parabrisas.

Kelly, con la vida pendiente de un hilo, pisó a fondo el acelerador, y al torcer el volante a la izquierda, atropelló al de la mano herida, derribándole a tierra. Su hermana lanzó un chillido de espanto al tambalearse el vehículo cuando una rueda trasera pasó por encima del yacente cuerpo.

—¡Más aprisa! —Mandó el intruso.

El zumbido del motor fue en *crescendo*, y momentos después el «Lincoln» salía del paseo de grava, adentrándose en el «macadam» de la carretera. Con los dos potentes faros encendidos sembraba una luciérnaga, taladrando la oscuridad nocturna. A ambos lados, una hilera de árboles en veloz proyección cinematográfica, como fantasmones empenachados.

—¡Corre más!

En una de las iluminadas esferas la aguja oscilaba entre las sesenta y sesenta y cinco millas[1]; la carretera habíase convertido en una cinta estrechísima; al menor movimiento brusco del volante ocurriría un fatal accidente.

Sarah Kelly, cohibida ante el peligro que se erguía a sus espaldas, no osaba siquiera girar la cabeza para mirar a su hermano. Experimentó un miedo espantoso al notar que el intruso

se había apoyado en el respaldo del «baquet» y con la mano izquierda buscaba el caído «Colt». Entonces, a hurtadillas, pudo verle el perfil: frente alta, nariz aguileña y mandíbula prominente, de trazos enérgicos. Le oía respirar afanosamente. Luego desapareció de su campo visual: había vuelto al asiento de atrás.

Tres detonaciones casi simultáneas sobrecogieron a ambos hermanos. Por el espejo retrovisor vieron que el intruso hacía fuego a través de la ventanilla posterior contra un coche que les perseguía y del que brotaban también fugaces llamaradas, seguidas al momento por el silbar de unos proyectiles que se hundían en la carrocería del «Lincoln».

—¡Pise más!

Y John obedeció la imperiosa orden, intimidado, pisando a fondo el acelerador y pendiente del curso de la carretera. En las curvas no disminuía la marcha, aunque las ruedas lamían el bordillo. Sarah atrevióse a mirar atrás: el desconocido disparaba ahora con el «Colt», y su puntería era certera, pues el coche perseguidor dio una voltereta, saliéndose a la cuneta como si le hubiese empujado la mano de un titán. La persecución había cesado.

Un silencio angustioso reemplazó al anterior estrépito en el interior del vehículo. Sarah Kelly miraba con insistencia el espejo retrovisor, más solo lograba distinguir un bulto oscuro, inmóvil, destacándose en el asiento.

Penetraba el «Lincoln» en el núcleo urbano de la ciudad, cuando John preguntó en tono temeroso:

—¿Adónde vamos?

Ambos hermanos aguardaban la respuesta con profunda ansiedad; dependían sus vidas de ello.

No hubo contestación.

Al rato, entrando en la Tercera Avenida, antes de llegar al río Harlem, el joven Kelly insistió en su pregunta, siendo aún más desfalleciente su voz.

Tampoco obtuvo respuesta.

Ambos hermanos se miraron, pensativamente, y fue Sarah la primera que se atrevió a mirar atrás: el hombre continuaba allí, pero echado sobre el asiento, completamente inmóvil, como si estuviese dormido o muerto.

—No se mueve —susurró al oído de John.

El joven echó el freno de mano, deteniendo el «Lincoln» junto a la acera. Saltando por el respaldo, se aproximó al intruso. La azulada luz de un cercano rótulo de neón iluminaba las duras facciones del inesperado viajero, cuya cabeza aparecía desmadejada. Tenía los ojos cerrados y su piel presentaba una lividez intensa; respiraba débilmente. Con la mano derecha, crispada, todavía empuñaba el «Colt» del individuo que recibió el balazo en la muñeca y que luego había sido atropellado. Brillaba la «*browning*» en la alfombrilla, abandonada.

Con visible temor, John se apoderó del revólver, y así permaneció estúpidamente durante unos momentos, contemplando al inconsciente hombre. Fue su hermana quien propuso:

—¡Allí hay un policía! ¡Vamos a llamarlo!

—No, Sarah. ¿Olvidas que he atropellado a un hombre? Seguramente era un detective, y hasta que se descubriese toda la verdad nos meterían en la cárcel. ¡Vámonos de aquí cuanto antes, no vayan a curiosear lo que hacemos parados a estas horas!

—Y ¿adónde vamos a ir?

—No lo sé, pero...

John volvió a tomar el volante y puso el coche en marcha, enfilando la avenida Melrose arriba, a moderada velocidad.

—¿Qué podremos hacer, John? Tenemos que deshacernos de este hombre enseguida. Podríamos salir a las afueras y echarlo a la cuneta; nadie se enteraría.

—No, Sarah; se moriría seguramente. Ha perdido el conocimiento porque estará herido; pero creo que no debemos dejarlo tirado como a un perro. Cuando le encontrasen por la mañana, estaría muerto.

—¡Si es un criminal! ¿Por qué no lo entregamos a la Policía y que lo lleven a un Hospital? Podríamos dejarlo a la puerta de una Comisaría y salir huyendo...

—Nos cogerían enseguida, a estas horas, los coches de patrulla. ¿Por qué no lo llevamos a casa, Sarah? Yo le curaría, y mañana, con más calma, decidiríamos.

—¿Estás loco?

—Escucha, Sarah: ¿No te das cuenta del lío en que estamos metidos? Si este hombre pertenece a un «gang» [2] y lo entregamos

a la Policía, sus compañeros se enterarían enseguida y no tardaríamos en pagarlo caro. Es más prudente llevarlo a casa y curarle, y cuando recobre el conocimiento sabremos a qué atenernos. No podrá hacernos nada; se encontrará muy débil y además desarmado.

La joven hizo un gesto de resignación forzada y opuso un último argumento:

—Y ¿qué doctor se prestará a curarle y no delatarnos?

—¿Acaso no significan nada mis cuatro años de Medicina? —interrogó John, no sin cierto orgullo.

—Bien; sea lo que Dios quiera. Pero mañana mismo llamaré a William.

El muchacho condujo el Lincoln por una transversal a la izquierda. Durante el largo trayecto, cruzando calles y más calles, ambos hermanos no volvieron a hablarse hasta correr el coche por Riverside Drive.

—No hemos pensado en los sirvientes —dijo Sarah.

—No deben enterarse. Ya están todos acostados. Lo meteremos en una de las habitaciones para huéspedes, y mañana...

Las ruedas se quejaron al sentir las duras y bruscas tenazas de los frenos: el conductor estaba nervioso. Así se confirmó al descender seguidamente y abrir la puerta de una alta verja de hierro. Su hermana pasó al «baquet» y condujo el coche por una corta avenida entre árboles y plantas, hasta detenerse ante un edificio de tres pisos, cuyos adornos en la fachada no se distinguían por falta de alumbrado.

Como alelados permanecieron los dos hermanos unos instantes, contemplando el inanimado cuerpo del forajido. John sentía miedo a tocarlo; Sarah, repugnancia. Se miraron y al fin rompió él la embarazosa situación, con voz susurrada:

—Cógelo por los pies; yo lo cogeré por los hombros. Espera, que voy a abrir la puerta.

En la pequeñísima fracción de tiempo que Sarah permaneció a solas con el intruso, pasó un verdadero terror: tenía la impresión de que iba a levantarse para agarrarla.

Jadeantes, tropezando en alfombras y muebles, los dos hermanos llevaban el pesado cuerpo del desconocido, temiendo luego que los peldaños de la escalera crujiesen con estrépito,

alarmando a los criados, que dormían en las habitaciones interiores del piso bajo.

Con un suspiro de alivio depositaron al inconsciente herido en la cama del cuarto para huéspedes. Entonces, John, cerrando la puerta, se atrevió a dar la luz de la artística lámpara que colgaba del techo.

Sobre la preciada colcha contrastaba el negro intenso del «*smoking*», con manchas de rojo oscurísimo en la pernera izquierda del pantalón, a la altura del muslo, y en la alba camisa de seda destacaban tres surcos color púrpura: las huellas de unos dedos tintos en sangre. Pero lo que más impresionó a Sarah fue el rictus de sus labios: duro, hostil, como si aquel hombre aun después de perder el conocimiento, conservase el ansia de lucha. No se observaba la crispación natural del dolor, ni la lasitud del desmayo. Tenía las mandíbulas apretadas, los pómulos pronunciados, como un mastín de presa.

—¡Vamos, mujer! ¡No te quedes ahí parada! —dijo John—. Trae agua caliente y unas toallas limpias. En mi alcoba tengo el botiquín de mano. Mientras, yo le registraré los bolsillos.

Ni cuando William le declaró su amor, pidiéndole relaciones, había estado la joven más nerviosa. Derramó agua por todos los sitios, se quemó las manos, no pudo gastar menos de cinco minutos en hallar las toallas, y a punto estuvo de dejar caer el botiquín porque no se le torciese la jofaina.

Al regresar a la alcoba, su hermano le mostró una Tarjeta de Trabajo, diciendo:

—Se llama Peter Shell, y es vendedor de automóviles, representante. Tenía estos cuatrocientos dólares, y nada más. ¡Abre el botiquín y dame las tijeras!

John fue cortando de abajo arriba la pernera izquierda del pantalón. Un poco más arriba del calcetín descubrieron un pequeño puñal de aguzada punta y afilada hoja, sujeto a la pantorrilla por unas tiras de esparadrapo. Ya no les cupo duda alguna de que se encontraban ante un profesional del crimen, demostrándose que la Tarjeta de Trabajo era falsa: un comisionista de automóviles podía verse envuelto en cualquier aventura, pero nunca llevaría su prevención a tal punto.

Prosiguió cortando, apareciendo al desnudo la larga pierna de

músculos muy marcados, de atleta. En la cara posterior del muslo, un chorro de sangre brotaba intermitentemente de un diminuto orificio: le habían disparado por la espalda, y el proyectil se había empotrado dentro, falto de impulso para producir el orificio de salida.

Volvieron al herido boca abajo sobre el lecho, y tras una cuidadosa desinfección, John Kelly, con mano experta, comenzó a extraer la bala ayudándose de sondas y pinzas. Sarah le veía manipular, angustiada, no concibiendo que su hermano tuviese tal práctica de cirugía. Ella siempre había creído que John estudiaba Medicina simplemente por matar el tiempo y en un futuro día ostentar algún título profesional en plan decorativo, ya que ellos disponían de una cuantiosa fortuna, heredada de sus difuntos padres.

Por primera vez. Sarah supo de la actividad estéril de su propia vida: partidas de «tennis», paseos a caballo y en coche, reuniones mundanas, viajes a Miami y al Canadá, y botellas de «*champagne*» descorchadas a altas horas de la noche en costosos «*cabarets*», casi siempre acompañada por su novio, William Rollins, un apuesto y deportista muchacho que vivía a costa del dinero de su padre, un acaudalado armador de buques. Y ella, en varias ocasiones, había reprochado estúpidamente a John, que perdiese el tiempo en estudiar una carrera que nunca ejercería, perdiendo su juventud entre clases y libros, en vez de disfrutar de cuantas diversiones paladean los ricos.

El sucinto y veloz curso de su vida en la memoria fue cortado por la triunfal exclamación de John:

—¡Aquí está! —Y el joven mostraba una bala cogida con las pinzas—. No le ha interesado el hueso, es evidente que le dispararon a bastante distancia con un arma de poca potencia. Poco he de valer si en unos cuantos días este hombre no está en pie, apenas se reponga de la pérdida de sangre. Voy a hacerle un drenaje y a venderlo. ¡Acércame ese bote de la gasa!

Y mientras su hermano ultimaba la cura, Sarah observaba el lívido semblante del forajido: no era un hombre guapo, pero había en sus acusadas facciones una armonía extraña, cautivadora y repelente a la vez: nobleza y crueldad unidas en sus rasgos, singular mezcla que se aclararía al tratarle cuando recobrarse los sentidos, y

se pudiera bucear en su espíritu.

—Mientras lo desnudo y acuesto, ve a limpiar de sangre el coche; no conviene que la vea el chofer mañana. Después, acuéstate y toma cualquier soporífero, a fin de que consigas dormir —aconsejó el joven, y como viese un gesto interrogante en la bella faz de su hermana, especificó—: Yo me quedaré toda la noche velando, por si volviera en sí.

Eran las nueve de la mañana del día siguiente, cuando Sarah Kelly entraba en el cuarto destinado al herido. El sueño había repuesto las energías de la joven, y en su rostro destacaba el brillo sugestivo de sus verdes pupilas. Fuera del «rouge» en los labios, no llevaba más afeites, mostrándose lozana la tersura de su piel. Con el cambio del vestido de noche por uno mañanero, sencillo y de alegre colorido, su silueta adquiría una gracia especial, de niña ingenua, a lo que coadyuvaba la muy recortada melena áurea, según los cánones de la última moda en el peinado.

Apenas entró en el dormitorio, pudo ver que su hermano estaba agotado por la noche de vigilia, pues tenía las facciones desencajadas y los ojos cargados de sueño. El herido, por el contrario, parecía ser otro: más serenidad en sus rasgos anteriormente contraídos, un tono más tostado en la antes pálida piel. Dormía profundamente, a juzgar por los rítmicos movimientos de la colcha empujada por el pecho, y sus hombros, desnudos, asomaban fuera, del embozo de las sábanas, mostrándose morenos y musculosos.

—¿Aún no?... —preguntó Sarah a su hermano en voz baja, a la vez que penetraba de puntillas.

—No —fue la concisa respuesta de John, y luego, tras un gesto de cansancio, indicó—: Voy a tomar un poco café y a ducharme, a ver si se me despeja la cabeza. No olvides que los criados no han de enterarse, Sarah. Si vuelve en sí, sales corriendo, cierras la puerta, y me avisas. Vendré enseguida.

Y el joven salió de la alcoba, no sin antes guardarse el «Colt» y la «browning» quitadas al forajido. El pequeño puñal quedaba sobre una mesita, junto a un cenicero colmado.

Sarah sentóse en uno de los sillones, y pronto el silencio de la estancia apoderóse de su espíritu, adormeciéndolo en una calma

placentera, que tuvo la virtud de hacerle perder el miedo al desconocido. Distraídamente, se entretenía en mirar el brillo de los distintos tonos de la colcha bajo los rayos del naciente sol primaveral, penetrando por la ventana.

Un suspiro profundo la puso en tensión: el herido movía las piernas entre las sábanas, y su cabeza giró a la izquierda. Después temblaron sus párpados, se levantaron un instante para caer de nuevo, como si le pesasen mucho, y al fin volvió a levantarlos, apareciendo sus ojos, negros y de mirada desvaída. Era indudable que al surgir del desvanecimiento, su vista no alcanzaba a distinguir más que vacilantes imágenes de las paredes, techo y muebles, cual ebrios danzarines a su alrededor.

Sarah, asustada, hizo un instintivo movimiento de levantarse, y el ruido de los muelles del sillón atrajo la atención del herido, que concentró su mirada en la joven, haciendo patentes esfuerzos por concentrar en ella la vista, y hubo de conseguirlo, pues preguntó con voz que quería ser autoritaria:

—¿Dónde estoy?

—En mi casa —repuso Sarah con voz aún más débil que la del herido.

—¿Quién es usted?

—Yo... yo... —tartamudeó la joven, confusa, aterrorizada, no queriendo dar su nombre.

Y en un verdadero esfuerzo, por dominar el temblor de las piernas, se levantó y salió corriendo de la alcoba, oyéndose el ruido de la cerradura al ser echada la llave por fuera.

Durante unos instantes el herido permaneció perplejo, observando curiosamente cuanto le rodeaba, desconocido para él. Y cuando descubrió el «*smoking*» en el respaldo de una silla, una expresión de lucidez se reflejó en sus ojos: comenzaba a recordar los acontecimientos pasados. Algo le impulsó a intentar incorporarse en la cama, pero volvió a desplomarse su cabeza en la almohada: la debilidad y el dolor de la herida en la pierna le inmovilizaban.

En aquel momento, volvió a sonar la cerradura y penetraron los dos hermanos. John, delante, empuñando la «*browning*», claramente nervioso, aunque quisiera disimularlo al decir:

—¡No se le ocurra moverse, o tendría que...!

La amenaza del arma no pareció intimidar al desconocido, quien

calmosamente, ahora más robustecida su voz, inquirió:

—¿Quién es usted?

—Y usted, ¿quién es?

—Me llamo Peter Shell, vendedor de coches. ¿Quién es usted?

—No tengo por qué decirle mi nombre. Tiene usted que aclarar muchas cosas. En primer lugar, un vendedor de coches no iría armado como usted. Si no se explica, tendré que llamar a la Policía —aseguró John, no teniéndolas todas consigo.

—¡Ah! ¿Sí? ¡Vaya con el jovencito! Ya que no quiere decirme quiénes son ustedes, dígame al menos cómo he venido a parar aquí. Recuerdo lo del coche. Ustedes son hermanos. ¿Quién me ha curado la pierna? ¿Han llamado a un doctor?

—No; le curé yo. Estudio Medicina. Anoche le extraje la bala.

—¡Ah! ¿Qué opina sobre la herida?

—No es grave; curará usted pronto.

—Gracias, muchacho. Le estoy muy agradecido por tener el coche tan a punto y por todo lo demás.

Los dos hermanos se hallaban desconcertados: el desconocido hablaba como si simplemente se hubiera tratado de un accidente vulgar. Fue Sarah quien preguntó:

—¡Hable claro! ¿Quién es usted?

—Con mucho gusto accedería a su petición, señorita, pero antes he de hablar por teléfono —y el desconocido dirigió una mirada en rededor, buscando inútilmente un aparato telefónico. Insistió—: He de hablar con unos amigos míos; ayúdenme a levantarme. ¿Dónde hay un aparato?

Y como repitiese su intento de incorporarse, John le amenazó:

—¡Quieto, o disparo!

Por primera vez sonrió el desconocido, mostrando una dentadura fuerte y blanca, que borraba de su rostro la dureza peculiar.

—Voy a hacerle un pequeño favor, muchacho, ya que usted me ha salvado. Si mal no recuerdo esa «*browning*» es la mía, y por ahora no sirve para nada, la descargué anoche en el tiroteo. Supongo que usted no la habrá recargado. ¡Déjense de tonterías, y llévenme al teléfono! —Intimó secamente.

La irrupción de un hombre en la alcoba aplazó la demanda. Era un tipo alto, de cabello rubio y muy planchado, vestido

elegantemente con un traje de mañana. El bigote le sombreaba una boca de finos labios, carentes de sangre. Sus facciones eran correctas, demasiado correctas para hombre, confiriéndole una apariencia aristocrática, refinada, que contrastaba con la amplitud de sus espaldas —prueba de sus aficiones deportivas— y con la anchura de sus muñecas, muy dilatadas, probablemente de jugar con gran frecuencia al «tennis».

—¡William! —exclamó Sarah, adelantándose al encuentro del recién llegado y refugiándose en sus brazos—. Has tardado mucho desde que te llamé.

—Como no me explicaste nada, no creí que fuera cosa grave. Pasé antes por la oficina de mi padre. ¿Qué sucede? —El llamado William hablaba con aire de suficiencia y superioridad, como de persona acostumbrada a mandar una legión de criados. Desde que había entrado no apartaba la vista del individuo en la cama, sin dejar de observar el arma que empuñaba el joven John.

Este último le expuso en pocas palabras lo sucedido la noche anterior, no ocultando sus temores de que se tratase de un delincuente.

—¿Habéis llamado a la Policía?

—No, antes queríamos consultar contigo, William.

—Pues hay que llamar enseguida. ¿No os dais cuenta de lo grave que es este asunto? Yo mismo llamaré desde...

—No, William, tú no salgas de aquí; te traeré un aparato —aconsejó Sarah a su novio, contenta de saberse protegida.

Apenas se quedaron los tres hombres a solas, el herido, que había presenciado la escena entre divertido y fatigado, rogó amablemente:

—Por favor, ¿quieren acercarme la chaqueta de mí «*smoking*»? Necesito el pañuelo y...

—No se la des, John —indicó William.

El joven miró al novio de su hermana con perplejidad, notificándole:

—No, si no tiene nada; ya registré. Porque coja el pañuelo no ocurrirá nada —y sin esperar la aprobación, tendió la prenda al herido.

Éste la tomó sin prisas, y con gran parsimonia buscó en los bolsillos. Mientras su cara aparecía inocente, sus manos trabajaban,

y de su maniobra resultó una pequeña automática, para bolso de mujer. Aun siendo de reducido calibre, intimidó a los dos hombres al verse encañonados. Las pupilas del herido centelleaban diamantinamente.

—Señores, estoy cansado de tanta estupidez. No quisiera ser obligado a dispararles, pero lo haré a sangre fría si se oponen a que hable por teléfono. Con sus negativas a decirme quiénes son, me hacen sospechar. Siéntense y no se muevan.

Obedecieron los otros dos. John Kelly no podía dar crédito a lo que estaba viendo: ¡él mismo había registrado la chaqueta, sin encontrar la diminuta pistola! William Rollins miraba con reprobación a su futuro cuñado por no hacer bien las cosas. El herido, astutamente, mantenía oculta la mano armada entre unos repliegues de la colcha.

Transcurrieron unos minutos de angustiosa tensión. Oyéronse unos pasos en el corredor, y se abrió la puerta, dando entrada a Sarah, que traía un aparato telefónico portátil, con el cordón y el enchufe colgando. Ignorante del cambio de la situación, casi alegremente, dijo:

—¡Ya puedes hablar con la Policía, William! ¡Que vengan enseguida por este hombre! ¡Y llama también a nuestro abogado para que nos defienda en lo del atropello!

Y mientras hablaba, enchufó el teléfono a un dispositivo enclavado en la pared, a poca distancia de la cama. Palideció su rostro al verse encañonada inesperadamente por el herido, que le ordenaba:

—¡Acérqueme el aparato, señorita!

Ella parecía hipnotizada por el brillo del arma, y obedeció, sumisa. Un estremecimiento recorrió su piel al estar tan cerca del forajido y sentirse mirada fríamente.

—¡Póngase ahí, a la izquierda!

No era sólo la pistola lo que intimidaba en aquel individuo: su rostro enérgico, la dureza de la voz y la pétrea serenidad de sus movimientos y gestos sobrecogían extrañamente, daba la impresión de ser un hombre acostumbrado a jugarse la vida a una carta sin que el pulso le temblase.

Con una lentitud desesperante, sin perder de vista a los otros, se puso en comunicación con un tal Goudge.

—Oiga, Goudge, soy Nelson. Estoy herido de una pierna. Venga usted cuanto antes, con un cirujano.

—...

—Ya, ya le explicaré. ¡Un momento! —Y separándose el auricular, preguntó siniestramente a John—: ¡Dígame la dirección de esta casa y el nombre de usted!

El muchacho se apresuró a declarar:

—Riverside Drive, cuatrocientos setenta y seis. John Kelly.

El herido repitió la dirección por el aparato, colgando seguidamente. Después, arrojando con desdén la pequeña automática sobre la colcha, anunció:

—Ahora, llamen ustedes a quien quieran. Procuren no hacer ruido, que voy a dormir.

Y con plena desfachatez, apoyó la mejilla derecha en la almohada, y cerró los ojos como si se hallase en su propia cama.



—¡Queda usted arrestado en nombre de la ley!

El asombro de los Kelly y de Rollins llegó al límite. Este último alcanzó la pistola abandonada y con ella en las manos tampoco encontraba más seguridad: hasta dormido, seguía imponiéndose la recia personalidad del malhechor.

Los tres salieron de la habitación, y no tardaron en pedir auxilio

a la Policía.

De un momento a otro, la lujosa mansión de los Kelly sería un hervidero de gente. Las llamadas telefónicas habían puesto en acción a muchos hombres.

No habría transcurrido un cuarto de hora, cuando el aullido de las sirenas de la Policía se corrió a lo largo del río, deteniéndose frente a la casa 476 de Riverside. Tres coches de la Policía volcaron de sus interiores a varios hombres uniformados y a otros vestidos de paisano. El Departamento de Policía de Nueva York comenzaba a actuar con todo su aparato ostentoso y eficaz a la vez.

Semejaba un ataque en guerrilla, la penetración de las fuerzas policíacas en el jardín que rodeaba al edificio. Un hombre, con traje gris, daba órdenes a paisanos y a uniformados, señalándoles los puntos estratégicos para cortar la posible fuga del forajido. Fueron vigiladas todas las salidas de la casa, y por la puerta principal entró el hombre de gris, seguido de otros dos armados de «Colts» y de tres policías con ametralladoras ligeras, dispuestas a escupir plomo en ráfagas.

A su encuentro salieron los hermanos Kelly y Rollins. Éste se adelantó, y por ello fue interrogado:

—Ustedes son los dueños, ¿no? ¿Dónde está ese tipo?

—Síganme. Está en la cama y desarmado.

La estrepitosa irrupción en la alcoba del herido tuvo el poder de despertarle. De su embotamiento cerebral le sacó la metálica voz del hombre en gris:

—¡Queda usted arrestado en nombre de la Ley! ¡Cualquier palabra o acto suyos constarán en su declaración! —Y dirigiéndose a sus esbirros, ordenó—: ¡Pónganle las esposas!

Todo aquel barullo desapareció al mágico efecto de la desconcertante tranquilidad del herido al decir:

—¡Más espacio, y ustedes apunten a otro lado! —Y dirigiéndose al hombre del traje gris—: En primer lugar, enséñeme su «carnet» y la orden de detención. Soy un buen amante de la Ley y quiero que se la respete.

El hombre en gris se encogió, como si hubiera recibido un mazazo, al escuchar las algo zumbonas frases del acostado. La reacción fue violenta, alimentada por la soberbia de muchos años de autoridad. Se dirigió a los policías:

—¡Espósenlo! ¡Inmediatamente! ¡Y ya veremos si la Ley!...

—¡Alto ahí! —Sonó a espaldas de todos una voz recia.

Y cuando los representantes de la Ley se volvieron en dirección a la puerta, creyendo encontrar a un hombre de poderosa humanidad, sólo vieron a un tipo raquítico, con una vestimenta ajada y no muy limpia.

El hombre del traje gris se dirigió a él, increpándole furiosamente:

—¿Qué hace usted aquí, y quién es usted? ¿Cómo le han dejado pasar?

El hombrecillo, atusándose con la mano izquierda un retorcido bigote, sacó con la derecha un «carnet».

—¡Eche una ojeada! ¡Y ahora veamos quién es usted!

Apenas el hombre de gris miró el documento de identidad presentado, se cuadró militarmente —prueba de que durante muchos años había sido policía uniformado— y tartamudeó:

—¡A sus órdenes, señor inspector! Es que me dijeron que... que había aquí un forajido... un individuo... ¡bueno! Uno relacionado con lo de anoche en

«Gerard's»,

Yo soy... soy el sargento de detectives, Kersen.

—Sargento Kersen, en otra ocasión parecida, tome todas las precauciones debidas para detener a un supuesto delincuente, pero interrogue antes de tomar una determinación. Iba usted a detener al inspector Lester Nelson, del Estado Mayor del

F. B. I.

[3]

Una corriente eléctrica pareció pasar a través de todos los presentes, todos habían oído hablar de Lester Nelson, el agente especial del

F. B. I.,

que había perdido su anonimato hacía tiempo por múltiples actos de valor, audacia e inteligencia, en lucha a muerte con bandas tan poderosas como las de

O'Neil,

Dillinger, Sholter y Rashall, exterminadas totalmente a tiros o en la silla eléctrica.

También los hermanos Kelly y Rollins habían oído hablar de

Lester Nelson, del más cruel y encarnizado enemigo de los malhechores, tan enérgico y sangriento que los hampones le apodaban el

«Gun-man

Escarlatas», porque en los asaltos y tiroteos no disparaba a herir, sino a matar, y hasta sus mismos superiores le habían llamado la atención sobre su crueldad, estando a punto de expulsarle del Cuerpo, pese a su meritoria hoja de servicios.

Lester Nelson era el que destrozó a puntapiés el cráneo de Sholter, tras una lucha cuerpo a cuerpo, descargadas las armas, cuando el loco asesino de mujeres, estaba a punto de escaparse en un avión.

Y Sarah Kelly miró, horrorizada, al hombre acostado, que presenciaba la escena con una irónica sonrisa en sus labios. Si antes le parecía a ella temible por aparentar ser un forajido, ahora lo era más por ser quien era. Y tembló perceptiblemente la joven al oírle decir:

—Señores míos, les agradecería me dejasen a solas con el inspector Goudge. Estoy herido y necesito respirar aire puro. Sargento Kersen, ha cumplido usted con su deber y ya puede retirarse. Dé recuerdos de mi parte al comandante Teran. Y ustedes —dirigiéndose a Sarah y a William Rollins, que permanecían juntos, cogidos de la mano— muy pronto se verán libres de mí. Y usted, muchacho —interpelando a John Kelly, que estaba realmente maravillado de tener un héroe público en casa—, quédese, para explicar al cirujano, traído por el inspector Goudge, lo que hizo usted con mi herida. Le acompaña un cirujano, ¿no, Goudge?

—Sí, Lester. Ahí espera fuera. Voy a llamarle.

El reconocimiento de la herida en el muslo fue minucioso. De los labios de Lester Nelson no se escapó un quejido cuando le extraían las gasas. Apretaba las mandíbulas, y sus ojos permanecían fijos en el techo de la alcoba, como si se recrease en el artístico artesonado.

El cirujano, terminado el examen y la cura, anunció:

—Todo en regla. Quien le haya curado, sabía lo que se hacía.

El inspector Lester Nelson sonrió a John, y aquella sonrisa tenía la virtud de infantilizarle: un buen psicólogo hubiera adivinado, en aquel sanguinario agente de la Ley, un carácter desconocido, guardado celosamente en lo más íntimo del ser, enmascarado por

una corteza de frialdad inhumana; hubiera adivinado también que aquel hombre no sabía reír, porque no quería reír, porque había enfocado la vida desde el drama, olvidando que también en ella hay sainete.

—¿Se podrá llevarle a un hospital? —interrogó el inspector Goudge.

—Sí, en una ambulancia. En realidad, no es muy necesario, la herida está limpia, cicatrizará pronto; lo que necesita es alimentarse bien, en cuanto se le pase la fiebre natural en estos casos.

La infantil voz de John atrajo la atención de todos:

—Caballeros, sería para mí una gran satisfacción que el inspector Nelson se repusiese en mi casa, en esta casa. Sería bien tratado y... es lo menos que los ciudadanos podemos hacer por un...

—¿Qué dirá tu hermana? —preguntó Lester, algo irónicamente.

—Mi hermana no tiene por qué meterse en este asunto —protestó con viveza el muchacho—. Desde que murieron mis padres, ella hace lo que quiere y yo también. No tengo que darle cuentas de nada. Créame, señor Nelson, que me gustaría curarle yo y tenerle aquí hasta que se reponga.

Nelson miró interrogativamente al inspector Goudge, quien se encogió de hombros, como indicándole que aceptase la invitación. El

«Gun-man

Escarlata» manifestó:

—Bien, Kelly, agradezco tu oferta y la acepto. No daré muchas molestias. Y ahora, si no les importa, quisiera hablar a solas con el inspector Goudge.

Con una leve inclinación de cabeza, el cirujano salió del dormitorio, seguido de John, muy satisfecho de haber cumplido con un deber patriótico; en el fondo, le seducía la idea de poder charlar con el famoso Agente Especial del

F. B. I.

—¿Un cigarrillo, Nelson? —ofreció Goudge, al quedarse solos.

—No, no me apetece; tengo la cabeza atontada.

—¿Que le sucedió? Cuando esta mañana, a primera hora, me enteré por los periódicos de lo ocurrido en «Gerard's»,

no podía imaginar que fuese usted el causante de aquella lucha. Le creía en Filadelfia, desde hace tres meses, desde que salió usted de aquí.

—Usted recordará que el

F. B. I.

intervino en la persecución de la banda secuestradora, cuando nos enteramos de que habían secuestrado a un coronel dos individuos vestidos con uniforme militar. Hasta entonces el Departamento de Policía de Nueva York había trabajado solo, no consiguiendo ninguna pista de la banda, a pesar de que cada semana aparecía un cadáver tirado en una calle, a las horas del amanecer. El coronel secuestrado fue hallado quince días más tarde, muerto, en una calleja del Bronx. Yo de esto me enteré después, ya en acción. ¿Qué es lo que logró usted descubrir sobre ese caso? Los periódicos no decían nada de Interés.

—Al intervenir el

F. B. I.,

por haberse usado uniformes militares para un delito, y usted desaparecer como por encanto, me dediqué a interrogar a los familiares del coronel. Fue una entrevista horrible. Su mujer parecía muda y no le arranqué ni un dato; pero el hijo mayor me confesó la verdad. Al día siguiente de desaparecer su padre, recibieron una llamada telefónica: les daban un plazo de una semana para reunir veinte mil dólares, si querían que el coronel les fuese devuelto vivo. Como es natural, la amenaza consiguiente de matarlo, si notificaban algo a la Policía. Pidiendo prestado a unos y a otros, lograron juntar el rescate y lo entregaron a los secuestradores.

—¿Qué medio emplearon?

—Más sencillo no podía ser. Les avisaron telefónicamente que la mujer del coronel llevase el dinero, en un sobre grande y de color azul, al andén sur de la estación del tren elevado de la Tercera Avenida con la calle Treinta y Cuatro. La cita era a las dos de la tarde. El sobre tenía que llevarlo en la mano y bien visible. Cinco minutos después de la hora señalada, angustiada la mujer al ver que pasaba un tren y otro, sin que nadie se le acercase, llegó un tren. La gente salía atropellándose, en bloque. E inesperadamente, un individuo, con el ala del sombrero muy bajada, se acercó y le arrebató el sobre de un tirón, metiéndose de nuevo en el tren, que

partía en aquellos momentos, mientras otro «pájaro» mantenía abiertas las puertas con el pie, disimuladamente. Aun cuando hubiese estado allí la Policía, no hubieran podido hacer nada. Todo estaba medido y calculado. Cuatro días más tarde apareció el cadáver del coronel, con un balazo en la nuca. ¡Son unos canallas! ¡Daría mi vida por conseguir llevarlos a la silla eléctrica! ¡Malditos sean!...

Tras la explosión colérica de Goudge hubo un pesado silencio en la estancia. Lester Nelson permaneció silencioso, como si no hubiese escuchado, pero en sus pupilas lucía una expresión siniestra. De haberle visto Sarah Kelly, en aquellos instantes, habría quedado horrorizada.

Nelson dijo, al fin, con voz ronca:

—No les basta con el dinero, tienen sed de sangre. Y eso que nosotros sólo conoceremos unos cuantos casos; ignoramos otros muchos, de gente secuestrada, cuyos familiares pagaron el rescate y se callaron. He estudiado detenidamente los casos conocidos, y juraría que el cerebro dirigente es propio de un loco. Secuestran siempre a las horas del anochecer y arrojan los cadáveres al amanecer, ¿no se ha dado usted cuenta de eso, Goudge?

—No, pero ahora caigo en que tiene usted razón. ¡Sí, es cierto! En el caso de Mills así fue, y en el de Toward, y cuando lo de Barnes. ¡Es curioso! No sé qué casualidad... ¡Bueno! Y usted ¿ha conseguido algo?

—A raíz de la desaparición del coronel Flannery, indagué en todas las ropavejerías, con ayuda de unos cuantos agentes especiales. Al fin, encontré a uno que había vendido dos uniformes de capitán a un individuo que apenas recordaba. Un tipo alto, de cara vulgar y ropa corriente, de confección. El ropavejero me dio un dato interesante: el comprador tenía un dedo de menos, el pulgar de la mano izquierda; se había dado cuenta mientras repasaban las insignias de los uniformes. El Departamento de Policía me localizó al individuo enseguida por los archivos de delincuentes y, a la vez, nuestro Laboratorio Técnico de Huellas me proporcionó una ficha completa.

—¿Era un profesional?

—Sí, un antiguo carterista, con antecedentes penales. En Filadelfia logré dar con él, y comenzó el espionaje. Desde el primer

momento vi que era un tipo duro, al que no se conseguiría hacerle confesar ni con el «tercer grado», y además pensé que él solamente sería un triste peón en el terrible juego desarrollado. No le detuve. De Filadelfia pasó a Chicago, donde se reunía con gente de la más baja estofa, pero sin cometer nada punible. Y ayer por la mañana se vino a Nueva York, y yo, detrás.

—Podía usted haberme avisado para echarle una mano.

—No podía yo sospechar lo que luego sucedió. Había tomado él una habitación en una casa de huéspedes, donde también me albergué yo al rato, presentándome como taxista. Al mediodía, por una de las criadas, me enteré de que el hombre de la mano sin pulgar había pedido un «*smoking*». Al cuarto de hora tenía yo otro; estaba claro que por la noche pensaba ir a divertirse a algún sitio elegante. A las once le vi salir muy atildado. Resultó fácil seguirle en «taxi», y llegamos a «Gerard's».

Muy decidido atravesó la sala de baile, subió unas escaleras y, después de preguntarle algo a uno de los camareros, se metió en un reservado.

—¡Es raro!

¡«Gerard's»

no tiene mala fama; al contrario!

—El caso es que no sabía cómo enterarme de lo que pasaba dentro, sin levantar sospechas entre los camareros. Pedí el reservado próximo, pero no conseguía escuchar más que un murmullo de conversación a través del tabique medianero. Aprovechando los momentos que el pasillo estaba desierto, salía y aplicaba el oído a la cerradura. Habría unos cinco hombres, a deducir por el metal de sus voces. Reían a carcajadas y brindaban a menudo; se conoce que festejaban algo.

—Y ¿no llegó a entender nada, Nelson?

—Brooklyn, Richey, Pease, fueron nombres que cacé al vuelo; nada más. ¡Ah! Y algunas palabras referentes a la próxima reunión. Entonces fue cuando oí lo de Brooklyn, pero no oí fechas ni lugar exacto. Tan ansioso estaba de enterarme de algo interesante, que la puerta se abrió y estuve a punto de caerme de boca en la habitación. Vi en una ráfaga cinco caras de asombro, cuando di un salto atrás y eché a correr hacía mi reservado. Pasado el instante de

estupor, ellos me siguieron, y en el justo momento de saltar por la ventana, para que no me acorralasen, sentí una sacudida en la pierna y una detonación apagada, de pistola con silenciador. Desde tan gran altura, la caída fue dolorosa, y gracias a que puse las manos antes en el suelo. Después me refugié en el coche de esta gente, de los Kelly.

—¡Maldita suerte!... ¡Y no haberse usted enterado de nada importante! ¡Y menos mal que escapó regular! Pues el resultado de la refriega suya no ha sido poca cosa. Se encontró en el patio de «Gerard's»

a un hombre muerto, con la muñeca destrozada, un balazo en la cabeza y con las dos piernas tronchadas.

—¿Con un balazo en la cabeza? Yo le disparé a la muñeca, y Kelly le atropelló al arrancar, pero lo de la cabeza yo no... — Manifestó Lester dubitativamente.

—Pues sí, así apareció. Alguno de los suyos lo remató para no dejar «soplones» en manos de la Policía. Y otro individuo, que se encontró en la carretera, junto al coche volcado, también estaba muerto, con una herida en el pecho y un orificio en la nuca.

—¿A nombre de quién está el coche?

—Era robado. Había sido robado aquella misma tarde. Y uno de los cadáveres ha podido ser identificado por la Policía, como de traficante en drogas; el otro es desconocido. He enviado las huellas al

F. B. I.;

tal vez en los ficheros tengan alguna referencia de ese «pájaro».

—Y ¿de los demás? Y ¿el de la mano sin pulgar?

—Ni rastro. Cuando llegó la Policía los vivos habían volado.

—Goudge, ordene una batida en todo Brooklyn, una batida secreta, buscando al hombre de la mano sin pulgar. Recuerde los nombres de Richey y Pease.

—Querido amigo, bien sabe usted que eso es buscar una aguja en un pajar. Brooklyn es Inmenso, y tampoco estamos seguros de que se hayan refugiado allí. Primeramente iré a la pensión donde usted se alojaba. Tal vez...

—No sea tan ingenuo, Goudge. Vaya de todas formas, por si encontrase alguna cosa, pero a él no lo hallará. Apunte la dirección. Calle Doscientas veintiséis, número ciento treinta y siete, piso

tercero, pensión Karl. Él había dado el nombre de Ernest Fuller.

—Bien, Lester, haremos todo lo posible por conseguir algo. Hoy escribiré a Washington, dando cuenta de su aparición y de su herida, a fin de que designen...

—Hágalo si quiere, pero también escribiré yo, explicando el curso de los acontecimientos. Este asunto no lo quiero abandonar; lo empecé y he de acabarlo yo. Espero que la herida curará pronto.

Lester Nelson hablaba con una firme obstinación, y en su tono al hablar con el inspector Goudge, se observaba que éste le respetaba por ser Lester del Estado Mayor del

F. B. I.

—Bien, Nelson, me marchó. Si necesita usted algo llámeme enseguida.

—Oiga, Goudge, le agradecería avisase a mi novia. Déjeme su pluma y un papel, que voy a anotarle la dirección. Ayer por la mañana llamé desde un teléfono público y no pude dar con ella; me dijeron que se había mudado. Hace varios meses que no nos vemos y ahora quisiera aprovechar mi reclusión. A usted le será fácil encontrarla. Que venga cuanto antes.

Y como Goudge viese un interés apasionado en el siempre frío Lester Nelson, se sonrió, diciendo humorísticamente:

—Querido amigo, está usted cazado. ¿Cuándo será la boda? Siga mi ejemplo: tengo siete hijos, otro en camino, y soy el más feliz de los hombres. No sea tonto y avíseme a tiempo para hacerle el regalo de boda.

Nelson sonrió a su vez, parecía un hombre distinto.

—Estoy deseándolo, Goudge. En confianza: le confieso que me encantan los chiquillos, y más si son míos. Me gustaría tener una parejita, ¡no siete como usted! ¡Mi paga no da para tanto!

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡No ponga esa excusa, Nelson! Gano yo menos que usted y mis hijos van siempre de etiqueta, aunque el padre lleve zurcidas las rodilleras. Y ¿cómo es ella?

Tardó algún tiempo Lester en responder. Su mirada se perdía, evocadora, en el techo. Luego, con vehemencia, expuso:

—¡Es una mujer maravillosa! Muy guapa, buena chica, inteligente y me quiere mucho. Hace ya dos años que somos novios.

—¡Bien callado se lo tenía usted! ¡Nada! ¡Nada! ¡Es usted muy celoso!

Los dos inspectores del

F. B. I.

se echaron a reír, y la despedida fue un vigoroso apretón de manos. Durante unos momentos habían perdido su personalidad de defensores de la Ley, para humanizarse, convirtiéndose en seres corrientes, en hombres.

John Kelly acompañó al inspector Goudge hasta la puerta de la calle. Y el joven regresó a la sala, prosiguiendo la conversación mantenida con su hermana y con su futuro cuñado.

—Quieras o no, Sarah, ese hombre se quedará aquí. Yo no me opongo a tus caprichos, y este mío has de respetarlo. ¡Con no pasar a su habitación, todo arreglado! ¡No tienes por qué verle siquiera!

—Pero eso es una chiquillada, John —exclamó William Rollins, irritadamente—. ¿A cuento de qué tener a ese tipo aquí? ¡Que se lo lleven al hospital!

John demostró que, a pesar de su juventud, era un hombre de firmes propósitos:

—William, no he pedido tu parecer. Hoy por hoy aquí no tienes nada que ver. Me disgusta que mi hermana se oponga a mis deseos, y a ella sí me agradaría convencerla —y dirigiéndose a su hermana—: Debemos estar agradecidos a estos hombres, Sarah; gracias a ellos disfrutamos de nuestras propiedades, no somos asesinados impunemente, y existe un orden que nos permite vivir como personas. Y ellos, por un sueldo ridículo, se juegan la vida a cada momento, mientras nosotros estamos descorchando botellas de «*champagne*».

Por un instante, Sarah Kelly permaneció silenciosa, como convencida, pero un significativo apretón en la mano, de su novio, la hizo argüir:

—Todo eso es cierto, John, pero... ¿qué van a decir nuestras amistades cuando sepan que tenemos de huésped a un vulgar policía? Y, además, con ese otro inspector sí estaría más a gusto, pero ese Nelson todos sabemos lo que es: un hombre sin entrañas, un salvaje, la Prensa ha referido en algunas ocasiones la forma que tiene de exterminar a los «gangsters». ¡Me dan náuseas verle!

—¡Esto lo arreglo yo enseguida! —aseguró el novio de la joven, dando un paso adelante—. Hablaré con él muy diplomáticamente, y le haré comprender que su presencia nos es molesta.

John se le puso delante y le miró a los ojos fieramente:

—¡Tú no harás nada, William! A ese hombre lo protejo yo, y no hay más que hablar. Tú métete en lo que te importe. Y tú, Sarah, no tienes perdón de Dios. ¿Qué van a decir nuestras amistades? ¡Que digan lo que quieran! Y no olvides, que si nosotros fuésemos pobres, esas amistades dejarían de serlo. O ¿es que todavía no te has dado cuenta de que el dinero nos hace ser inteligentes y simpáticos? A veces me gustaría que nos arruinásemos para ver lo que hacían todos los que dicen querernos.

Y subrayó mordazmente la frase, mirando con intención a William Rollins. Éste se mordió el labio inferior: la flecha había sido bien lanzada. Era muy rico, pero no dejaba de reconocer que Uno de los mayores encantos de Sarah Kelly, de su novia, residía en la cuantiosa herencia.

—¡Eres un grosero, John! —dijo ella, colérica—. No te consiento que insultes a mis amistades.

—Yo seré un grosero, pero tú estás ciega.

Y el joven dio media vuelta, saliendo de la estancia.

II

MUERTE EN EL CORAZÓN



UY mal transcurrió la noche para el herido. La fiebre le consumía, y en su delirio pronunciaba constantemente la misma frase: «¡Florrie, amor mío!... ¡Florrie!...»

Junto al lecho, John Kelly le velaba y secaba el sudor de la frente. A las horas debidas, le inyectaba fuertes dosis de penicilina, a fin de cortar una posible infección. Llegó el día. John se hallaba rendido de sueño y fatiga, pero sus manos eran firmes al renovar el drenaje de la pierna, y cuando su hermana Sarah entró, de puntillas, con una taza de café en la mano, el joven tuvo fuerzas

para sonreírle, manifestando así que su discusión del día anterior quedaba relegada al olvido. Los dos hermanos se querían mucho, aunque sus caracteres fuesen muy diferentes.

—¡Anda, vete a acostar, John! ¡Yo me quedaré! ¡Toma ahora esto!

—No, Sarah, no. Con el café y una ducha me quedaré nuevo. Sé que te costaría un gran trabajo quedarte a su lado, sola.

La joven miró al herido, que permanecía ahora más tranquilo, inmóvil, respirando profundamente, dormido. Así, dormido, no imponía tanto su rostro como cuando estaba despierto. Pero ella temía que se despertase; no sabía qué decir a aquel extraño hombre. Por ello no insistió, y ambos hermanos salieron juntos de la alcoba, indicando a una doncella que se quedase al cuidado del herido, puesto que ya toda la servidumbre se había enterado de su existencia.

Terminaba de desayunar John, cuando la doncella entró en el comedor anunciando:

—Ese señor se ha despertado.

El joven miró a su hermana, interrogativamente. Ella hizo un movimiento negativo con la cabeza, especificando a continuación:

—No, John, no te acompaño. ¿Para qué? No me es simpático.

John entró sonriendo en la habitación destinada al herido. Éste le acogió con una sonrisa; las últimas horas de sueño le habían reanimado extraordinariamente. Con voz grave, exenta ahora de asperezas, saludó:

—¿Qué hay, muchacho? ¿Qué tal me he portado? ¿He dado mucha guerra?

—No, inspector Nelson; ha sido usted un buen enfermo. ¡Vamos a ver ese pulso!

El joven observó su cronómetro, mientras mantenía cogida la muñeca izquierda de Lester.

—¡Es usted un roble! ¡Casi normal tiene el pulso! ¡Estuvo usted muy agitado toda la noche, y ahora!...

—¿Cuándo podré andar? —preguntó el inspector, con interés.

—Tiene que cicatrizársele la herida. ¿Hay apetito?

—Bastante.

Le fue servido un nutritivo desayuno, mientras el joven John no se cansaba de preguntarle sobre la organización del

F. B. I.,

tendiendo disimuladamente a que el Inspector Nelson le narrase sus famosas aventuras contra los forajidos. El

«Gun-man

Escarlata» contó algunas peripecias suyas, sin darse demasiada importancia; pero John no dejó de observar que al hablar de los malhechores empleaba no sólo un tono despectivo, sino cruel, como si le satisficiera describir los grandes y cruentos tiroteos que ocasionaban la muerte de sus contrarios.

John tuvo que reconocer que su hermana llevaba razón en parte, y repugnándole un poco estas manifestaciones, cambió de conversación, en tanto que Nelson se lavaba la cara en una jofaina dejada sobre la colcha, después de haberse afeitado diestramente con una máquina eléctrica. Al terminar de peinarse el negro cabello, Lester Nelson se había rejuvenecido.

—Por curiosidad, ¿dónde tenía usted escondida esa pistola tan pequeña? Yo le había registrado la ropa y...

—En un bolsillo secreto del «*smoking*», entre el forro.

—Usted tendrá una puntería excelente, ¿no, inspector?

—No me llames inspector, Kelly. Simplemente, Nelson. Eres un buen chico; te has portado muy bien conmigo, y espero que nuestra amistad se robustezca. Pues, sí; no tiro mal del todo. En la Academia practicamos mucho, y luego, me ha gustado ir de caza mayor, y eso siempre es un ejercicio estupendo.

—¡Ah! ¿Le gusta la caza? A mi padre también le gustaba mucho; iba a la sierra todos los finales de semana —manifestó John, con la tristeza del recuerdo en sus pupilas—. Por cierto que todavía conservamos un rifle magnífico, muy pesado; debe de ser para osos. Algunos amigos nuestros, que dicen ser entendidos en armas, aseguran que es de primera clase. ¡Voy a traérselo!

Al momento regresaba John con un soberbio rifle «Foster», provisto de recámara para quince cartuchos. Hábilmente maniobró Nelson con el arma, comprobando que su funcionamiento era perfecto; la munición se reducía a siete cápsulas.

—¡Buen rifle! No he tenido nunca este modelo, pero lo conocía. Está falto de limpieza, eso es todo. Recuerdo una vez que un amigo mío llevaba un rifle como éste. Habíamos ido a cazar a Shelley Mountains...

Nelson inició una narración de caza, con incidentes graciosísimos, que arrancaban carcajadas del juvenil John; pero no llegó al final de la historia, pues sonaron unos golpes en la puerta.

Era Sarah Kelly, que saludó fríamente al herido, sin preguntarle por su estado, y después, apresuradamente; comunicó a su hermano:

—Te llaman por teléfono, John.

—¿Quién es? —preguntó el muchacho, con pocas ganas de levantarse y perder el hilo de la narración cinegética, que le resultaba tan divertida.

—No sé; cogí yo el teléfono, y no se me ocurrió preguntarle...

—Oye, John; ahora recuerdo que necesitaré unas muletas o un bastón. ¿Por qué no lo encargas por teléfono? Ahí, en la chaqueta, tendré algún dinero —solicitó Lester.

Sarah quedóse sorprendida de la familiaridad empleada por el herido al dirigirse a John, y no pudo evitar un ligero arqueamiento en sus delineadas cejas.

—Sí, tiene razón, Nelson. Necesitará algún apoyo en cuanto se levante. No había caído en ello. Ahora, después, las encargaré. Voy a ver quién es ese «pelmazo»...

Quedaron a solas en la estancia Sarah y Lester. Ella había hecho un instintivo movimiento de seguir a su hermano, pero la retuvo su orgullo: no quería que el herido se diese cuenta de su temor. Acercóse lentamente a la ventana, como si le distrajese el dibujo geométrico de las plantas en el jardín. Nelson se abrochó el botón superior del pijama que le había prestado John al arreglarse, e, incorporado en la cama, prosiguió examinando el rifle, echándoselo al hombro y visando con él una imaginaria pieza.

También experimentaba Lester en su interior una antipatía extraña hacia Sarah; no tenía motivos, pero se confirmaba el aserto popular: «La simpatía y la antipatía son instintivas y recíprocas». Por educación hubiera dicho cualquier cosa a la joven, con tal de hablar; más alto le hacía enmudecer. Entretenido como estaba con el rifle, le sorprendió la voz, dura, de ella:

—¿No se cansa usted de jugar con eso?

Nelson, pasado el primer momento de sorpresa, se sobrepuso y miró a la joven con manifiesta ironía:

—¿Le asustan las armas? Perdone, lo ignoraba.

—No, no me asustan las armas, señor Nelson; pero me molesta verlas, y menos en mano de un... —se contuvo Sarah a tiempo; iba a decir «asesino».

Lester no podía adivinar el final de la frase, pero intuía una palabra hiriente, pues los ojos de la muchacha expresaban repugnancia.

—¿En manos de quién, señorita Kelly? —preguntó muy suavemente, sin abandonar la sonrisa burlona.

—De un hombre que sólo piensa en matar.

La expresión de Nelson tornóse seria; los labios, contraídos. Tras una pausa, preguntó roncamente:

—¿Qué le autoriza a hablarme así? ¿Porque estoy en su casa? Mañana ya no estaré. Y si es usted tan amable de convencer a su novio para que me diga las mismas palabras, se lo agradeceré muchísimo. Y ahora, ¡salga de esta habitación! —Y el herido se incorporaba en el lecho, amenazador, pálido, su rostro crispado, centelleantes de cólera sus pupilas. Y como Sarah intentase objetar algo, él mandó con voz sombría—: ¡Salga he dicho! ¡Salga! Si cree que su dinero le da derecho a insultarme, se ha equivocado. Si está usted acostumbrada a que la adoren esos inútiles idiotas que la rodean, no olvide que Lester Nelson sólo tiene un Dios. ¡Salga de aquí!

Asustada de la locura despertada por sus palabras, Sarah salió de la habitación, nerviosa, confusa e irritada a la vez.

Diez minutos más tarde John penetraba en la alcoba destinada al herido. El muchacho entró con cara de disgusto, comenzando por disculpar a su hermana:

—Nelson, siento mucho lo que ha ocurrido. No haga usted caso de...

—Esta noche ya no dormiré aquí, John —aseguró el herido, más calmado, con la cabeza reclinada en la almohada y una expresión fría en sus ojos.

—No debe usted hacer eso, Lester. Usted es un hombre de experiencia y sabe que a las mujeres no hay que hacerlas mucho caso. Son tan raras, que lo que digan no tiene importancia. Además, yo también soy el dueño de esta casa. Le invité a quedarse, y no debe usted despreciarme de esa forma.

—Esta tarde me iré. Haz el favor de traerme el teléfono para

pedir una ambulancia.

—Sea razonable, Lester. Yo no puedo consentir que se vaya de mi casa de esta manera. Usted tiene una deuda conmigo, y debe pagármela. Quédese. Olvide lo sucedido e imagine que mi hermana no existe.

En John Kelly se advertía un afán por defender su derecho de hospitalidad, y a ello se unía la admiración hacia el célebre agente del

F. B. I.

—Bien, John; por ti lo hago; me quedaré —accedió Lester, reconocido al noble comportamiento del muchacho—. No me gustaría que nuestra amistad se rompiera apenas nacida. Si alguna vez te encuentras en un apuro, de cualquier clase que sea, pídemela ayuda. Yo resuelvo igualmente un robo que una pena de amor.

John se echó a reír por la última frase del herido, que, ya sonriente, le preguntó:

—¿No tienes novia?

—¿Novia? ¡No me asuste, Lester! Lo que me interesa ahora es estudiar y terminar la carrera. Después, buscaré una buena muchacha...

—¿Que tenga mucho dinero?

—No es condición indispensable; el dinero ya lo tengo yo.

—Eres más sensato de lo que podía esperarse de un muchacho de tu clase. ¡Parece mentira que seas hermano de...!

—¡Lester, Lester! —le reconvino John, en broma y en serio—. Hemos acordado olvidar que mi hermana existe Y usted, ¿tiene novia?

—Sí; esta tarde creo que vendrá a verme. Encargué al inspector Goudge que la avisase. ¡Estoy deseando que venga! ¿Te imaginas lo que es querer de verdad a una mujer, y estar sin verla cerca de tres meses?

John no pudo responder, pues una doncella entró, anunciando que dos caballeros deseaban hablarle, y que esperaban en el «*hall*».

—¡Bah! ¡Serán esos que llamaron antes por teléfono! ¡Quieren enseñarme un catálogo de coches! ¡Si no me interesan, los despacharé enseguida! Hasta ahora, Lester.

Nelson quedó solo en la alcoba, y entornó los párpados, tal vez rindiéndose al sueño o a la evocación de su novia, de la mujer que

esperaba con tanta ansia.

Un cuchillo de luz solar penetraba por la abierta ventana, cabalgando en él aire aromatizado del jardín. A lo lejos sonaban las sirenas de los barcos, siendo la música de fondo el murmullo de la gran ciudad, con su eco ronco, cuajado de múltiples estridencias.

La puerta de la alcoba abrióse bruscamente y bajo el dintel apareció Sarah, con las facciones descompuestas, palidísima.

—¡Señor Nelson! ¡Nelson!

Lester abrió los ojos.

—¿Qué ocurre?

—¡John! ¡Están pegando a John! ¡Y registrando toda la casa! ¡Van a subir!

—¿Quiénes?

—¡Esos dos hombres que preguntaron por mi hermano! ¡Y después ha pasado otro! ¡Traen pistolas!

Como una fiera acorralada, así se incorporó Lester en la cama, mirando anhelante a todos sitios, sin importarle el dolor de la pierna al ser movida. En sus ojos brillaba una expresión inhumana; respiraba angustiosamente. Sabía que le buscaban a él, y no a Kelly, y si le encontraban, le matarían cobardemente. Un relámpago cruzó por sus pupilas al ver el rifle apoyado en la mesita. Alargó febrilmente el brazo, metiendo un cartucho en la cámara.

—¡Sarah! ¡Sarah! ¡Ayúdeme a bajar de la cama! ¡Muévase!

Y como ella tardase en acercarse, aún anonadada ante los acontecimientos, Nelson puso el pie izquierdo en tierra, y con la otra pierna encogida, a saltos, en pijama, cruzó la habitación hasta llegar a la puerta. Volvió la cabeza para preguntar:

—¿Por dónde vienen?

La joven señaló con la mano hacia la derecha. Sin titubear, arma al brazo, y haciendo esfuerzos para conservar el equilibrio en los saltos, el inspector del

F. B. I.

salió al pasillo.

Nadie a todo lo largo del corredor. Un silencio de muerte en la casa.

Al caer el pie izquierdo sobre la gruesa alfombra se amortiguaban los golpes, que sonaban fúnebremente. Se tambaleaba, apoyaba los hombros en las paredes cuando perdía el

equilibrio, pero su avance era efectivo, siniestro, amedrentador para todo el que le viese adelantar como un autómatas, dispuesto a morir matando.

En un empalme de la estrecha alfombra tropezó, cayéndose cuan largo era. Más aquel contratiempo no le impidió seguir adelantando, arrastrándose por el suelo, sobre el costado derecho.

Un sentimiento de vergüenza se apoderó de Sarah por su propia cobardía, y corrió a ayudarle a caminar, y al pasarle un brazo por la cintura, sintió que estrechaba un cuerpo atlético, de músculos tensos, de tigre. Llegaron al rellano de la escalera. Asomándose por la esquina de la galería, contemplaron todo el «*hall*»: estaba desierto, pero de una de las habitaciones provenía ruido de voces a través de la cerrada puerta.

Y entonces algo se movió detrás de una maceta, y dos detonaciones sonaron estrepitosamente; un par de proyectiles arrancaron parte de la esquina que protegía a Lester, quien se dejó caer a plomo, soportando la violencia de la caída con los codos, que le sirvieron de amortiguadores. A la vez dijo:

—¡Atrás, Sarah! ¡Déjeme a mí!

Y sin prisa, con una lentitud desesperante, apuntó por entre las columnitas de mármol de la balaustrada. Hizo fuego, y volvió a apretar el gatillo; todo realizado en un santiamén. Repercutieron fragorosamente los formidables estampidos. Un grito de dolor y después un golpe de un cuerpo humano al derrumbarse.

Disipóse el humo de los disparos y renació el silencio en la casa; del despacho no salía el rumor de la conversación: los que amenazaban a Kelly estarían sorprendidos, perplejos, sin saber la causa de las detonaciones y sin atreverse a salir al «*hall*» a enterarse por temor a caer en una encerrona.

Lester aguardaba, cubriendo la puerta con el rifle, como si estuviese en un puesto de caza. La pierna le dolía horriblemente a causa del esfuerzo realizado; más en sus labios no se veía ninguna crispación de sufrimiento. Sin volver la cabeza, dijo en voz baja:

—¡Avisé por teléfono a la Policía! ¡Que no toquen las sirenas y rodeen el coche que habrá parado delante de la puerta! ¡Pronto!

—Y mi hermano, ¿qué va a ser de él?

—No se preocupe —aconsejó Nelson serenamente—. No le matarán; intentarán salir escudándose en él. Yo me encargaré de

que no lo consigan.

—No, señor Nelson, no dispare usted. Lo matarán si usted les ataca.

—¡Vaya a telefonear! —ordenó secamente el agente, especial—. Su hermano se salvará.

Era tan imperioso su tono, que la joven obedeció sumisamente, confiando en las tranquilizadoras palabras del herido; pero ella no sabía que el propio Lester no hubiera dado un cigarrillo por la vida de John, quien tal vez ya estaría muerto para que no pudiese nunca identificar a los agresores.

El

«Gun-man

Escarlata» se pegó materialmente al piso, protegiéndose en el barandal inferior de la balaustrada, dominando con la vista y el arma todo el «hall», que proseguía en silencio, desierto.

Pasaron unos minutos eternos: varias vidas se hallaban en peligro y cada bando trataba de vencer al contrario mediante una argucia. Los malhechores llevaban la mejor parte si aún conservaban vivo a John; el muchacho les protegería a su pesar.

Nelson se incorporó una pulgada al oír que la puerta del despacho lanzaba un chasquido y comenzaba a abrirse una de sus hojas, muy despacio, sin verse a nadie, como movida por un resorte. La tensión de Lester llegaba al límite: de un instante a otro iba a decidirse la vida de varios hombres. Si la emoción embargaba su corazón, su pulso no lo acusaba.

La hoja de la puerta estaba ya abierta, pero no salía nadie. Momentos angustiosos. Y para colmo, el agente del F. B. I.

escuchó a su espalda una respiración agitada: Sarah había regresado de cumplir su misión, y seguramente el peligro le haría gritar y, en consecuencia, revelar a los malhechores el emplazamiento del oculto tirador.

—¡Váyase a sus habitaciones! —susurró Lester—. ¡Váyase! ¡Salvaré a su hermano!

—¡No me voy! —aseguró ella con terquedad—. Permítales que escapen con tal de que dejen a mi hermano.

—¡Cállese! —indicó Nelson, al ver aparecer en el umbral a John Kelly, despeinado, con la ropa destrozada y la cara sangrante.

El muchacho acusaba la paliza recibida por no confesar, y ahora su cuerpo magullado escudaría a sus mismos verdugos. Apareció el primero de éstos, asomándose preventivamente, con una pistola en la mano, cuyo cañón se apoyaba en la espalda de John. Miraba a un lado y a otro, y el no divisar a nadie en el «*hall*», tuvo que desconcertarle, pues llamó en voz baja:

—¡Charlie! ¡Charlie! ¿Dónde estás?

Se deducía fácilmente que el tal Charlie era el nombre del que yacía cadáver tras la gran maceta.

Lester apuntaba cuidadosamente; pero no apretaba el gatillo. Sabía esperar: conocía el mayor secreto de la experiencia. Y vio cómo el individuo se volvía a decir algo a otro que estaba dentro. Sus palabras resultaron ininteligibles. Y después...

Después John recibió un empujón, obligándole a andar. Le seguían dos hombres, con los sombreros calados, armas en mano, mirando alrededor, dirigiéndose hacia la puerta de salida, situada a unas cuantas yardas. Lester iba visando con el rifle la cabeza del primero, y cuando llegaba al medio del «*hall*», apretó el gatillo una sola vez. El forajido pareció un monigote desarticulado, desplomándose sin haber conseguido disparar siquiera.

El segundo, sorprendido de momento, reaccionó, dando un salto y agarrando por el cuello a John con la izquierda y ocultándose tras él. La peligrosa y desconcertante situación le impedía razonar serenamente, y a ello se debió que quedase quieto, gritando:

—¡Si disparáis, lo mato!

Lester no contestó, aunque oía a su espalda la voz de Sarah:

—¡Nelson, por Dios; déjelo que se vaya! ¡Que no mate a mi hermano!

Y estas palabras le hicieron ordenar:

—¡Estás rodeado! ¡Afuera tengo más gente! ¡Entrégate y escaparás con vida!

El malhechor cayó en la trampa y fue acercándose, aunque sin descubrir la parte superior del cuerpo. Lester le veía las piernas por entre las de John. Tirar a ellas hubiera sido muy peligroso. Le dejaba aproximarse, esperando que cometiese algún error. Y la equivocación se produjo cuando el bandido, deseando localizar al enemigo con la vista, asomó la cabeza por encima del hombro de John, asomando la frente. Un disparo y en ella se clavó una bala del

rifle, rozando la mejilla derecha del joven Kelly, que creyó llegado su último instante de vida. Con el cráneo deshecho, el forajido rodó por tierra. El y su compañero habían sido cazados a mansalva por el agente más astuto del

F. B. I.

John, sin saber de dónde disparaban, corrió locamente hasta sepultarse en la habitación de enfrente. Un estertor sonó a espaldas de Lester. Sarah habíase desmayado en el postrer momento, no resistiendo la emoción de ver a su hermano a salvo.

—¡John! ¡John, sal de ahí! ¡Soy Nelson! —gritó el «Gun-man

Escarlata», sintiendo que le invadía un profundo sopor, pasada la tensión del peligro que le llevó a realizar una hazaña increíble, dada su herida.

El rifle le pesaba, los párpados se le cerraron y se despeñó en el precipicio de las sombras, perdiendo el conocimiento.

Quando su espíritu remontó el negro horizonte del no ser, surgiendo de la nada, abrió los ojos, y a través de una neblina ondulante distinguió rostros conocidos y desconocidos. Le rodeaban los hermanos Kelly, el inspector Goudge, William Rollins, gente de paisano y uniformada. Hasta él llegó una voz que le parecía muy distante, aunque viese moverse los labios de Goudge.

—¡Animo, Nelson! ¡Hable, y no nos tenga más con el corazón en vilo!

Lester no repuso hasta que de su cerebro no desaparecieron las brumas del desvanecimiento, recordando ya todo lo sucedido anteriormente.

—¿Cogieron a los del coche? —Fueron sus primeras palabras, como si latiese en él con febril obsesión la captura de los malhechores.

—No; llegamos demasiado tarde. Encontramos a esos tres hombres...

—Investiguen enseguida para su identificación. En cuanto tengan reunidos los datos, pásenmelos.

—Le conviene no preocuparse de esto por ahora. Deje que yo...

—No puedo dejar en otras manos este asunto. Vienen por mí, y han estado a punto de conseguirlo. Ellos o yo, y prefiero que sean ellos los que caigan. ¿Cuánto tiempo he estado sin sentido?

—Tres horas —repuso Sarah, que aún conservaba la palidez cerúlea.

—Abajo están los periodistas, Nelson; quieren entrevistarle — notificó Goudge.

—¡Que se vayan al diablo! ¡No quiero verles! ¡Y al policía que cuente algo de mí le costará caro! ¡A esto hay que darle la menor publicidad posible! ¡Échenlos ustedes! —indicó furiosamente a los agentes de uniforme.

Lester Nelson volvía a ser el hombre duro, déspota, capaz de sacrificarlo todo para conseguir una meta, comenzando por sacrificarse a sí mismo.

Sólo cuando los extraños hubieron salido de la alcoba, pareció humanizarse, al preguntar a John:

—¿Qué tal estás? ¡Buen susto pasaste!

El joven tenía la boca hinchada de los golpes, y una tira de esparadrapo le cruzaba la frente.

—Gracias a usted estoy bien, Lester.

—Y gracias a él te viste metido en este lío, igual que tu hermana, que no os beneficia en nada en cuanto a nombre, además de que estáis corriendo un peligro constante sin tener por qué — advirtió William Rollins acaloradamente.

—Tiene usted mucha razón, señor Rollins —comenzó Lester a responder muy suavemente—. Yo soy el causante de que ellos dos estén en peligro; pero no soy culpable. Lo son las circunstancias, la casualidad. ¿O es que sus padres son responsables de haber traído al mundo un hijo tan... tan «especial» como usted? Sus padres no sabían lo que iba a venir, y luego, los pobres, tuvieron muy mala suerte.

Goudge y John se llevaron la mano a la boca, disimulando la risa. Pero el sarcasmo hirió a Sarah, y en su bello semblante se retrató un gesto colérico, a la vez que contenía por un brazo a su novio, excitado y dispuesto a contestar con la violencia. Fue ella quien repuso, adoptando un aire de reina ofendida, que excepcionalmente dirige la palabra a uno de sus más humildes súbditos:

—Inspector Nelson: recuerde que no está hablando con sus subordinados. William lleva razón. Si usted no hubiera entrado en esta casa esa gente no habría venido a buscarle. Ha salvado usted a

John de un peligro que usted mismo le creó. Convendría que su permanencia en esta casa fuese lo más corta posible, y así...

—Su permanencia en esta casa será la que él desee —afirmó rotundamente John—. Que nosotros nos viésemos mezclados en este lío fue una casualidad, y si estamos en peligro, lo soportaremos y nos aguantaremos hasta que se resuelva. Y si tú tienes miedo, te marchas a un hotel, y a ver si encuentras a un hombre que sea capaz de hacer lo que ha hecho el inspector Nelson. Y ahora, como está bajo mi cuidado, exijo que se le deje solo para que descanse.

—¡John! Pero ¿qué te pasa?... —exclamó Sarah, extrañada de la energía brusca de su hermano.

—Que estoy harto de obedecer a personas que no son de mi familia todavía. Y repito: ¡Hay que dejarle descansar!

Las últimas palabras de Lester a Goudge, cuando éste salía, fueron:

—Ponga alrededor de la casa tres agentes de vigilancia. Y para mañana téngame una cama preparada en cualquier hospital.

Era media tarde, y después de dormir la siesta. Lester se encontraba casi recuperado de lo ocurrido por la mañana. John le había vuelto a curar la herida, marchándose luego a la calle en busca de las muletas.

A través de la abierta ventana los declinantes rayos solares doraban las copas de los árboles. Nelson contemplaba el espacio abierto con envidia. Para su temperamento activo aquella retención en una cama le desesperaba. Sobre la colcha descansaba una novela, abandonada a las pocas páginas de lectura.

De su abstracción le sacaron unos golpes en la puerta. Era Sarah, que se atrevía a enfrentarse al herido.

—Inspector Nelson: la señorita Florrie Mannon desea verle.

—¿Florrie? —preguntó Lester, agradablemente sorprendido. De su viril faz borróse la expresión meditativa, para ser reemplazada por otra de pleno júbilo.

—Sí; eso ha dicho. Está abajo.

—Por favor, dígame que suba enseguida.

Al momento entraba en la alcoba Florrie Mannon, quedándose quieta un instante bajo el dintel. Era una mujer morena, de ojos grandes y negrísimos —igual que el color de sus cabellos, largos y recogidos atrás en un gracioso moño—. Sus labios, rojo grana, se

delineaban firmemente. La armonía de su silueta, unida a la elegancia del vestido, hacían de Florrie Mannon una mujer sugestiva, peligrosamente seductora.

—¡Hola, Florrie! ¡Pasa!

Ella vaciló antes de avanzar. Sus negras pupilas miraron tímidamente al herido.

—¡Hola, Lester! —saludó con voz cálida, mientras se acercaba al lecho.

Nelson la atrajo, besándola en la boca en un beso ardiente.

—¡Florrie, querida! ¡Cuánto deseaba verte! —musitó cuando sus labios se separaron, y quedó contemplándola de cerca, recreándose en la maravillosa belleza de su novia—. ¡Me parece un sueño volver a besarte! ¡He estado tan sólo lejos de ti! ¡Tu recuerdo llenaba mis noches, después de acecharme la muerte durante el día! ¡Imaginaba tu cara y sentía tus labios en los míos; pero cuando quería abrazarte, te desvanecías, huías de mí, como si ya no me quisieses! Me quieres, ¿verdad? Dime que me quieres.

Florrie bajó la mirada y no contestó. Le temblaban levemente los labios al soplo de una vacilación interior, y parecía entreternerla mucho seguir con un dedo los arabescos de la colcha. Un suspiro escapó de su pecho. Lester, sin perder la expresión amorosa, y con un tono de voz cariñoso, preguntó:

—¿Qué te ocurre, Florrie? ¿Pasa algo?

Sin mirarle, ella asintió con un movimiento de cabeza.

Nelson creía conocer a las mujeres, y atribuyendo la actitud de su novia a cualquier causa sin importancia, interrogó casi en broma:

—Cuando pones esa cara, debe de ser horrible lo que sucede. ¡Habla! ¿Qué ocurre?

—¡Voy a casarme con otro hombre!

Hubo un silencio espantoso en la estancia tras la confesión de Florrie, dicha lentamente, como si cada palabra abrasase la garganta de la joven. Un denso velo de seriedad empalideció la faz de Nelson, quien preguntó, no dando crédito a lo oído:

—¿Hablas en serio?

Nuevo gesto de asentimiento en ella, también pálida, emocionada, perdiéndose ahora su mirada en la lejanía, a través de la ventana.

Centellearon las pupilas de Lester, y seguidamente el brillo

amortiguóse como la brasa que comienza a apagarse. Endureciéronse sus facciones por la crispación violenta de las mandíbulas, semejando una máscara en granito. En las sienes podía notársele la hinchazón de las venas. El espíritu de Nelson estaba en una fermentación virulenta y su explosión sería terrible y demoledora, llegando hasta el asesinato. Se le veía luchar consigo mismo por dominar la turbulencia de su brutal carácter. Tenía blancos los nudillos de las manos, cerradas, hincando las uñas en el embozo de las sábanas.

Florrie Mannon se atrevió a mirarle, extrañada de su silencio. Y al ver aquel descompuesto rostro —descompuesto a fuerza de rígido—, se irguió, separándose del lecho. Tuvo miedo de lo que adivinaba en el

«Gun-man
Escarlata».

—¡Quieta ahí! —ordenó roncamente Lester, clavando sus ojos, como puñales, en la mujer que le había engañado.

Ella parecía hipnotizada, y obedeció. Los párpados del agente se cerraron durante un momento, y respiró profundamente, como si necesitase el oxígeno para purificar también el volcán de ideas homicidas que bullían en su cerebro. Por último, inquirió fríamente:

—¿Por qué me has dejado?

Y como ella no respondiese, él la alentó:

—No tengas miedo a decirme la verdad. Siempre es interesante saber por qué una mujer nos abandona, a pesar de que se le ha sido fiel.

—Lester, fue superior a mis fuerzas. Tú sabes que el amor cambia sin darnos cuenta, inconscientemente —manifestó ella, deseando disculparse de la forma menos dolorosa.

—No mientas, Florrie; sé que tú me querías de verdad. ¡No mientas! Odio la mentira, y para hablar ahora conmigo has de olvidar tu principal arma de mujer. ¿Por qué me has abandonado?

—Lester, yo no podía ser feliz contigo. Te quería, sí. ¡Te quiero! —confesó ella con lágrimas en los ojos—. Pero... ¡no puede ser!

—¿Por qué no puede ser? —preguntó él, excitado, casi gritando—. ¿Es que otro hombre te puede querer más que yo? Tu bien sabes que has sido la única mujer en mi vida. Que cuánto he tenido, mucho o poco, te lo he dado. Desde que te conocí no he tenido

tratos con otra mujer; te he sido fiel en cuerpo y alma. Dime: ¿cuántos hombres son fieles por completo a sus novias? ¡Y ahora dices que no puedes quererme! —matizó Lester con amargura—. ¿Por qué? ¡Todas las mujeres sois una cualquier cosa! El instinto os arrastra a un amor, y luego lo despreciáis u odiáis, también sin saber por qué, sin analizar vuestros sentimientos. ¡Vamos, contesta! ¿Cuál es el motivo de dejarme? Si es que sabes explicarte...

—Sí, sé explicarme —aseguró ella rotundamente, trocada su timidez en furia al ser ofendida—. A ti no se te puede querer. No puedes hacer feliz a ninguna mujer, aunque le gustes. Sí; vales mucho; todos te admiran; pero de qué sirve, si siempre estás ausente semanas y semanas, sin tener noticias tuyas, y constantemente se vive en un infierno, pensando que pueden haberte matado. ¡Yo no podía resistirlo más! Si yo quiero a un hombre, es para tenerlo junto a mí a todas horas, casarme con él y tener un hogar.

—¿Acaso no te prometí casarme contigo? ¿Crees, quizá, que yo no estaba ilusionado con eso? ¿O es que me consideras capaz de prometer en falso?

—Sí; no dudo que te hubieras casado conmigo; pero ¿qué matrimonio sería el nuestro? Tú siempre lejos de casa, y yo, sola, muriéndome de angustia entre cuatro paredes, con unos hijos que ni siquiera tomarían cariño a su padre por falta de trato. Y, además, sin dinero, sin poder vivir decentemente. ¡Tu sueldo no bastaría ni para vestir bien!

—¡Ah! ¡Vamos! —La interrumpió él—. ¡Ya salió la verdadera causa del rompimiento! ¡Mi sueldo no bastaría ni para vestir bien! Es verdad. Con mi paga, no tendrías para vestir como ahora vistes ni para asistir a teatros y fiestas, que tanto te gustan. No podrías resignarte a vivir modestamente, en un hogar humilde, aunque el marido te quisiese con locura. ¡Necesitas diversiones, vivir con lujo, para que los demás te admiren! ¡Acabas de matar mi amor! ¡Me das asco!

—No es eso solo, Lester. Reconozco que el dinero me atrae; pero no sólo es eso. ¡Es que yo no puedo casarme con un hombre como tú: manchado de sangre, un hombre que disfruta matando criminales, pero hombres al fin y al cabo! Tienes fama de sanguinario. ¿Por qué te llaman el

«Gun-man

Escarlata»? Todavía no he visto en ti remordimientos, y cuantas veces te rogué que abandonases el

F. B. I.,

me hablaste del deber, y hasta te burlaste de mis súplicas. ¡Yo no puedo casarme con un monstruo! ¡Adiós, Lester! ¡Hasta nunca!

—¡Quieta o te mato! —rugió Nelson, con los ojos inyectados en sangre, mirando alrededor instintivamente, en busca de un arma que no llegó a encontrar—. ¡No serás mía, pero tampoco de ningún hombre! ¿Quién es él? ¿Quién es? Será muy rico y satisfará todos tus caprichos, y te adorará como a una diosa. De esa forma sí se puede ser feliz, ¿verdad? ¿Quién es ese hombre?

Y como Florrie cerrase firmemente los labios, Lester hizo ademán de bajarse de la cama para obtener por la fuerza el nombre desconocido, pero ya odiado.

Ella, lanzando un grito de pavor, salió corriendo de la alcoba, cuya puerta había dejado descuidadamente abierta al entrar. Y al encontrarse en el pasillo, vió que en la habitación de enfrente —una biblioteca— estaban Sarah y Rollins, en pie, con expresión de susto. Era evidente que habían oído toda la disputa.

Fue William Rollins quién se adelantó hacia Florrie, exclamando con acento de sorpresa:

—¡Señorita Mannon! Pero ¿es usted la novia de,...? —Y señaló la alcoba del herido.

Tan desconcertada y nerviosa se hallaba la antigua novia de Lester, que penetró en la biblioteca, y llorando se dejó caer en una butaca. Sarah le dio a beber una copa de licor, ayudándola a recobrarse. Rollins explicó a Sarah en pocas palabras que conocía mucho al novio de Florrie, a Daniel Dixon, por negociar éste en hierros con su padre. En dos o tres ocasiones habían salido últimamente juntos, y entonces tuvo la oportunidad de conocer a Florrie, presentada por su futuro marido, Daniel Dixon, que estaba muy orgulloso de ella.

—¿Sabe Daniel que ha venido usted a ver a Nelson? —preguntó indiscretamente Rollins a Florrie.

—Sí —sollozó la joven—. Le dije que Lester me había llamado, y él mismo me animó a venir para romper de una vez.

—No llore usted más, señorita Mannon —dijo Sarah,

condoliéndose del sufrimiento de Florrie—. Ha sido un mal momento, pero ya se encuentra usted libre. Ha obrado usted con lealtad, y creo que no tiene nada que reprocharse. Con ese hombre no habría sido usted feliz. ¡Qué forma de amenazar! ¡Se imagina que está tratando siempre con delincuentes! ¡Le hacía falta una buena lección!

—¡Es un ineducado! Esa gente no puede portarse de otra manera. Es gente baja —afirmó Rollins despectivamente.

—¡No tiene sentimientos! Se enfada porque me gusta otro hombre, y hasta me ha insultado. Solamente de pensar que está cerca de mí, me da miedo. Necesito irme a casa ahora mismo, Daniel me estará esperando.

—¿Quiere que la lleve en mi coche? —se ofreció Rollins.

—No, gracias. Tengo un «taxi» esperando a la puerta.

Sarah despidió cariñosamente a Florrie, acordando que en un próximo día se reunirían.

Cuando Rollins acompañó a Florrie hasta la puerta de la calle, una doncella entró en la biblioteca, anunciando que llamaban por teléfono al señor Nelson. Sarah dudaba en entrar en la alcoba del herido, pero una fuerza extraña la impulsó a penetrar con el teléfono portátil en la mano.

Casi con miedo transpuso el umbral, y lo que vio la mantuvo en suspenso un momento: los ojos del

«Gun-man

Escarlata» estaban cuajados de lágrimas. ¡El

«Gun-man

Escarlata» sabía llorar!

Sarah, emocionada, notificó suavemente:

—¡Desean hablar con usted, inspector Nelson!

Lester alargó la mano para tomar el aparato, y al hacerlo rozó la piel de la joven. Sarah se estremeció al sentir el contacto, más frío que una lámina de hielo.

En silencio, la joven salió de la alcoba, y cuando cerraba la puerta, oyó decir al herido con voz tan grave, tan quebrada, que parecía surgir de ultratumba:

—¡Hola, Goudge! Olga: venga a recogerme enseguida. Lléveme a cualquier hospital.

III

UN S. O. S. AL «GUN-MAN ESCARLATA»



EFUGIADO en el portal de una casa, John Kelly aguardaba impacientemente, entreteniéndose en contemplar los efectos de luz conseguidos por sucios faroles que pendían de las fachadas en una calleja transversal de la avenida New Utrecht, en el populoso barrio de Brooklyn.

Lugar solitario a aquellas altas horas de la madrugada, cuya miserable soledad imponía temor a un hombre como John, extraño a los lugares frecuentados por el hampa neoyorquina. Tenía miedo; se pegaba materialmente a la cerrada puerta, disimulándose en la sombra, cuando pasaba alguna persona por la calzada. Ni siquiera fumaba, pese a su nervosismo, para así evitar ser visto a causa de la lumbre del cigarrillo.

Esperaba con ansia a Lester Nelson.

Desde el día que el

«Gun-man

Escarlata» se había marchado a un hospital, obstinado tercamente en hacerlo, hacía ya más de un mes, sólo tuvieron dos entrevistas. En la última, Nelson, ya restablecido totalmente, le había indicado esta dirección, ofreciéndose sinceramente por si John necesitase ayuda urgente; caso de que no fuese así, podría avisarle a la oficina del

F. B. I.

en Nueva York.

Y John, al transcurrir el tiempo, antes de lo que esperaba necesitaba ayuda del inspector Nelson, una ayuda urgente y eficaz. Por ello estaba esperando desde la una de la noche, y ya hacía rato que dieron las cuatro. Espera angustiosa, desesperante, que terminaría por destrozar los nervios de John si su amigo no apareciese.

El ruido de unos pasos puso en alerta al joven. Alguien se aproximaba por la misma acera. Al cruzar una zona medianamente iluminada pudo verse a un típico rufián de los barrios bajos y con no mucho éxito en sus fechorías, a juzgar por su raída vestimenta.

John protegióse en el esconce de la fachada, y se arrepintió de haber ido con ropa tan flamante, que no dejaría de atraer la mirada de cualquier ratero o atracador. Los pasos se acercaban cada vez más. Estuvo tentado de echar a correr, pero la necesidad de ver a Nelson le ataba a aquella maldita puerta.

Antes de lo que esperaba se encontró frente a frente con el hampón, que se había detenido, llevándose la mano a un bolsillo, como si buscase la llave. Y ambos se sorprendieron al estar tan juntos, sin distinguirse la cara a causa de la pobre iluminación. El primero en reaccionar fue el hampón, que se llevó la mano derecha

al bolsillo de la chaqueta, diciendo en voz baja:

—¿Qué hace usted aquí?

John sabía que estaba encañonado, pero lanzó un suspiro de tranquilidad: la voz era de su amigo Nelson. Con júbilo respondió:

—Soy John, Lester. John Kelly. ¿No me has conocido?

El supuesto hampón abandonó su postura fingida —el pecho hundido, la espalda encorvada— para recobrar su apostura habitual, creciendo mágicamente.

—¿Qué haces aquí, muchacho? ¿Qué sucede?

—Lester, ¡es horrible! Te he estado esperando toda la noche. Necesito hablar contigo.

—¡Calla! —le atajó el inspector del

F. B. I.,

a la vez que miraba alrededor, escudriñando las sombras nocturnas —. ¡Sube conmigo!

Abierta la puerta, a oscuras atravesaron un «*hall*», subiendo después por una escalera que crujía quejumbrosamente bajo los zapatos de los dos amigos, John había perdido el miedo solamente con sentir cerca al

«Gun-man

Escarlata». Solo, nunca se hubiese atrevido a meterse a oscuras en una casa desconocida. Le seguía, cogido al pasamanos de la barandilla, tropezando a veces.

El chasquido de una cerradura y un susurro de Lester:

—¡Pasa!

Cuando fue dada la luz, el joven vió que se hallaban en una pequeña habitación, de muebles baratos y maltrechos. Todo pobre y miserable, pero limpio. Fijóse en su amigo: Lester llevaba ahora un bigote de guías caídas sobre las comisuras de los labios, y al quitarse el sombrero, viejo y pringoso, quedó al descubierto su cabellera, partida ahora en dos por una raya central. Con estas dos transformaciones, Lester Nelson parecía otro hombre.

—¡Toma un cigarrillo, John, y cuenta! ¿Qué te pasa?

El joven Kelly dijo atropelladamente:

—¡Han raptado a mi hermana, Lester! ¡Tienes que salvarla!

Lester hizo un gesto de asombro, pronto reprimido, y luego demostró ser un hombre acostumbrado a las más inesperadas y desconcertantes noticias. Calmosamente se sentó en el borde de la

cama de hierro, encendió un cigarrillo, ofreciendo lumbre a John. Éste dio una chupada febril, y como viese la aparente impasibilidad de su amigo, sospechó que le tomaba por loco, y, sacando un papel del bolsillo, se lo tendió para demostrarle que decía verdad.

Nelson no cogió el papel con los dedos, sino que se puso unos guantes de goma, extraídos de un cajón de la cómoda, y leyó:

«Distinguido señor: Lamento comunicarle que su hermana está en mi poder, y no será puesta en libertad hasta que usted no tenga la gentileza de entregarnos

200 000

dólares en el momento que le avisemos. Le concedemos un pequeño plazo para que pueda reunir dicha cantidad en billetes de cien dólares. Sentiría mucho tener que hacer daño a su hermana si usted se negase a aceptar nuestra amable petición o si cometiese la imprudencia de dar parte a la Policía. Recuerde que está usted vigilado y que nuestros ojos y oídos ven y escuchan. Quedo muy agradecido de antemano a su aceptación».

No firmaba nadie. Sólo en la parte inferior veíase, dibujado a mano, la esfera de un reloj, cuyas agujas marcaban las cuatro y cuarto.

Lester miraba y remiraba el papel, dándole vueltas y más vueltas: pero observábase que su pensamiento estaba muy lejos. John aguardaba una pregunta que al fin llegó:

—¿Cuándo secuestraron a tu hermana? ¡Empieza a contar desde el principio!

—Aquel día que te marchaste de mi casa, había, estado Florrie Mannon a visitarte, y al salir se encontró con mi... con William Rollins, el novio de mi hermana. Resulta que se conocían de antes: el padre de William tiene negocios con Daniel Dixon, el novio de Florrie. A partir de aquel día, mi hermana simpatizó con Florrie, y las dos parejas salieron varias veces por la noche, a divertirse. Esta mañana, al levantarme y bajar a desayunar, pregunte por Sarah a los sirvientes, y resulta que había pasado la noche fuera. No me extrañó: a menudo hacen excursiones de tres o cuatro días. Y esta tarde, a primera hora, recibí esa carta.

—¿Por correo?

—Sí: aquí está el sobre. La echaron por la mañana en un buzón de la Séptima Avenida. Pregunté a los criados, y me dijeron que ayer por la tarde salió mi hermana, en compañía de William, de Florrie y de Dixon. Los cuatro iban en el coche de William, al anochecer, vestidos de etiqueta. Fui a casa del novio de mi hermana, y hablé con su padre. Él también había recibido una carta parecida a la mía, pidiéndole cuatrocientos mil dólares por la vida de su hijo. Llamé por teléfono a Dixon, a su despacho, y no había estado por allí en todo el día, con gran extrañeza de sus empleados. Fui a su casa, y su madre acababa de recibir otro anónimo, exigiéndole trescientos mil dólares si deseaba que Daniel y su novia quedasen en libertad. En las tres cartas la misma amenaza si se llevaba el asunto a la Policía. Ninguno lo hemos hecho. Quería pedirte consejo y ayuda, Lester.

—Consejos puedo darte los que quieras, John; ayuda, ninguna —dijo Nelson fríamente.

—¿No quieres ayudarme, Lester? Pero si yo creía que tú...

—Lo siento, John; tengo entre manos otra investigación más importante. Además, ése es un asunto de la competencia del Departamento de Policía de Nueva York; no se han infringido las leyes federales y, en consecuencia, el

F. B. I.

no puede intervenir.

El joven Kelly se levantó, angustiado, casi a punto de llorar.

—¡Lester, estáis, mintiendo! ¡Esa banda es la misma que tú persigues!

—Yo no miento nunca a un amigo, John —aseguró Nelson con firmeza.

—Pero sí me contaste en cierta ocasión quiénes eran los que te perseguían, los que te hirieron. Estoy seguro de que son los mismos: es la misma banda. ¿Por qué te niegas a ayudarme?

—No puedo ayudarte. Y mi consejo es que entreguéis el dinero, cuando os lo pidan, y no digáis nada a la Policía. Es la única probabilidad que tenéis de que esos cuatro regresen con vida —y al pronunciar Nelson las palabras «esos cuatro» se destacó un tono despectivo, que fue notado por John.

—¡No puedo creerlo en ti, Lester! —exclamó el joven, incrédulo ante el patente motivo que impulsaba a Nelson a no prestarle

ayuda, un motivo bastardo, innoble, impropio de quien él creía amigo suyo—. ¿Serás capaz por venganza, de no salvar a mi hermana y a los otros tres?

Nelson empalideció ante la acusación tan grave y no calumniosa. Las siguientes palabras brotaban de un odio contenido, de un rencor guardado amorosamente en el corazón:

—Ésta es una pequeña venganza solamente. John, muy pequeña. Contra tu hermana y su novio no tengo más que un desprecio tan grande como el que ellos me tienen, ni más ni menos. Pero en cuanto a Florrie, y a ese Dixon, es diferente. Ella me abandonó, dejándome destrozado —gritó Lester, perdiendo su impasibilidad habitual—, y él se aprovechó de estar yo ausente, abusando de su dinero para arrebatarme a la mujer que más he querido. Cuando te enamores de verdad, sabrás lo que es perder a una mujer que llenaba tu vida. Desde aquel día maldito, he caminado entre sombras, en una soledad horrorosa, y simulando una indiferencia que me hacía sangrar.

El inspector Nelson se había puesto en pie, y, erguido, con los ojos rebosantes de cólera, las facciones contraídas y las manos crispadas, semejaba un hércules enfurecido. Proseguía diciendo, en voz baja, ronca y no menos siniestra:

—Me llaman el

«Gun-man

Escarlata», y todos creen que soy un hombre sin corazón; los más amigos me conceden un corazón, sí, pero un corazón de piedra. ¿Por qué? Porque me han visto ser inflexible, al hacer justicia, porque no sonrío y tampoco me compadezco de los demás hipócritamente. Todo el mundo sabe reír, y fingir lágrimas, y decir palabras misericordiosas en lugar de repartir sus bienes entre los necesitados. La sociedad, la alta sociedad, me desprecia, me considera de más baja categoría que ellos. Ahí tienes la prueba en tu hermana y en su novio. Porque yo era un triste policía me consideraban impuro, al darme la mano se hubiesen contaminado. Ahora ha llegado mi momento, mi revancha, y no estoy dispuesto a ser condescendiente por nada ni por nadie. ¿No son ellos tan ricos, y tan puros, y tan elevados y tan cultos? ¡Pues que se las arreglen ahora como puedan! ¡Allá ellos!

Tras la última frase, Nelson quedó callado, con la mirada fija en

un adorno del mal azogado espejo. Respiraba precipitadamente, y en su rostro había gotas de sudor John Kelly, un muchacho que comenzaba a vivir, se hallaba anonadado ante la magnitud del horror de un alma retorcida, de un ser que parecía complacerse en alimentarse de odios. Cuando pudo hablar, dando por perdida su causa, y dirigiéndose hacia la puerta, sólo dijo:

—Perdona, Lester, por haberte molestado con esta entrevista. Creí que nuestra amistad significaba algo. Gracias por tu consejo; no daré conocimiento a la Policía, y entregaré el dinero —y al decir: «Adiós» no pudo entenderse, porque un sollozo de desesperación estrangulaba la garganta del joven.

Tenía la mano en el pomo de la puerta, cuando oyó a su espalda la voz de Nelson:

—Espera, John. Tú solo no podrás salir a la calle; hace falta llave.

John volvióse. Nelson continuaba en igual actitud, abstraído, ocupado su cerebro en aclarar un mare mágnun de pensamientos opuestos. Estaba seguro de que la banda que él perseguía era la misma que había raptado a Sarah Kelly y a los otros; no se conocían actividades de ninguna banda más de secuestradores y, además, existía el detalle de la hora del secuestro, la hora del anochecer; ya había comentado esta singular coincidencia con el inspector Goudge. Sabía también que, aunque se pagase el rescate, los cautivos no volverían más que muertos, y está certidumbre le hacía vacilar en su odio; de lo más íntimo de su ser surgían voces misteriosas acusándole de verdugo, de asesino, era la conciencia, y hubiese querido acallarla, amordazarla para no oírla. Aunque no triunfase, él debía de luchar por salvarlos, y si fuese necesario, sacrificarse por aquéllos a quienes odiaba.

Miró a John, al muchacho que tan noblemente se había portado con él, y no pudo resistir verle tan acabado, tan triste. Pasándole un brazo por el hombro le dijo lentamente:

—No llores, John; te ayudaré. No puedo asegurar el triunfo, pero haré todo lo posible por salvarles y que tú no sufras. ¡El «Gun-man

Escarlata» te lo jura!

El muchacho le devolvió la mirada con una sonrisa cristalizada a través de las lágrimas; y en silencio se dieron la mano.

—¡Dios te lo pague, Lester! ¡Yo siempre creí que tú eras bueno!

Una emoción desconocida embargó al agente especial: el mundo de la bondad le había abierto su primera puerta.

Al despedirse, Lester le dio el último consejo:

—Cuando te indiquen un lugar para que dejes el dinero, no lo lles, entrega una carta, diciendo que necesitas una nota escrita a mano por tu hermana, a fin de cerciorarte de que no se te engaña. De esta forma se conseguirán algunos días para que yo pueda planear el ataque y entrar en acción. Ellos aguardarán hasta que no reciban el dinero.

—Así lo haré, Lester. Pero ¿qué planes tienes? ¿Has conseguido algo en este tiempo?

—Nada. Llevo varios días, vestido como me has visto, vagando en las tabernas más bajas, y no he obtenido ni un dato. Esa banda no está compuesta por maleantes corrientes. Nadie sabe nada de ellos. ¡Es un misterio!

—¡Oh, Lester, matarán a mi hermana! Si no has conseguido nada, ¿cómo vas a...?

—No, no la matarán —aseguró Nelson firmemente, aun cuando en su interior no existiese tal seguridad—. Ya verás cómo yo consigo el éxito; me emplearé a fondo en este caso. Tú deja este asunto por mi cuenta y dedícate a estudiar, así pensarás menos en tu desgracia. Si desaparezco cualquier día, y necesitas algo o hubiese alguna novedad, visita al inspector Goudge, él sabrá aconsejarte. Ya le daré instrucciones.

John Kelly salió, en dirección a su casa, caminando por la lóbrega calleja.

El

«Gun-man

Escarlata» saldría al día siguiente camino de una aventura heroica, camino, posiblemente, de la lobreguez eterna.

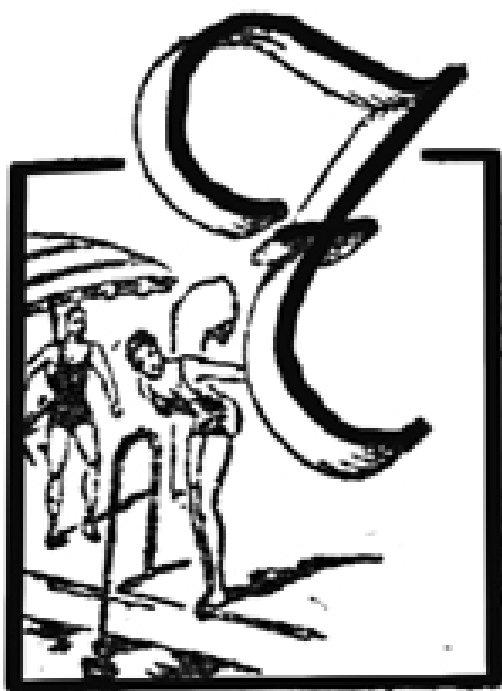
VALIOSOS PREMIOS EN EL
CONCURSO DE CULTURA POLICIACA

¡Pida las bases a su librero o a

EDITORIAL ROLLANI

IV

EL CEBO HUMANO



ENEMOS entre nosotros a lord Thomas Lindsay, en viaje de incógnito. Una nunca bien agradecida indiscreción de un alto empleado del Waldorf Astoria Hotel me ha permitido conocer al egregio huésped y a su amable e inteligente apoderado, míster Henry Northon. Ha sido una entrevista en exclusiva; y el multimillonario director de las finanzas inglesas, al saberse descubierto, dirigió sus primeras saluciones al pueblo americano, del que afirma haber copiado sus modernos

métodos de trabajo. Esta distinción nos honra sobre manera por venir de lord Thomas Lindsay, financiero que odia la política y la popularidad, prefiriendo actuar modestamente en la mesa de su despacho, ocultando sus repetidos actos de filantropía en socorro de los humildes. “City Times” saluda al ilustre y noble potentado, deseándole sea fructífera su visita a los Estados Unidos».

Lester Nelson, después de haber leído las anteriores líneas del «City Times», periódico de la noche, sonrió levemente, diciendo a su supuesto apoderado, un hombre de edad madura, con lentes de oro y aspecto de abogado:

—Bueno, Surday, ya hemos empezado; ahora veremos si hay suerte y me consideran buena presa. Yo saldré siempre solo, de forma que usted quede libre. Como apoderado mío, podrá usted firmar cheques y pagar el rescate.

Surday se echó a reír y preguntó, bromeando:

—Inspector: ¿tiene usted un millón de dólares en la cuenta corriente? No pedirán menos por lord Lindsay.

—¿Un millón? No creo que llegue a tener en mi cuenta más de siete dólares y cincuenta centavos. El caso es que muerdan el cebo; ya veremos si el anzuelo se les agarra bien.

—Es una empresa demasiado arriesgada la que usted intenta, inspector. Cuando usted expuso el asunto al Estado Mayor, todos le dieron por muerto; siguen considerándole como a un loco. ¡Es una empresa demasiado arriesgada!

—Es una empresa desesperada, Surday: pero no queda otro remedio. El

F. B. I.

no puede dejarse burlar por una banda de secuestradores y asesinos. Si yo fracasase, ustedes deben continuar la tarea. Una vida no significa nada, y menos una vida como la mía —aseguró Lester, con un dejo de tristeza.

—¡Qué hombre tan extraño es usted, inspector Nelson! En Washington todos le admiramos, y John Edgar Hoover, nuestro director, siempre le pone como modelo a las nuevas promociones de Agentes Especiales. Está usted adquiriendo fama de héroe.

Lester sonrió con una mueca de amargura.

Sonó el timbre del teléfono situado sobre una mesita de artística construcción en caoba. El Agente Especial Surday, como apoderado

de lord Lindsay se puso al aparato. De conserjería avisaban que varios periodistas deseaban entrevistarse con el insigne financiero.

—¡Que suban al despacho! —susurró Lester al oído de su subordinado, y cuando éste hubo transmitido la orden, y colgado, el inspector le aconsejó—: Yo no puedo entrevistarme con ellos; tal vez alguno me reconociese, a pesar del cambio.

—No lo creo, inspector. Con bigote y con la raya a un lado, parece usted otro. Convenía darle publicidad para...

—No, no debo arriesgarme; estos periodistas son el demonio. Yo me quedaré aquí, en la alcoba y usted recíbalos en el despacho, procurando que ninguno pase de la sala: a esa gente le gusta husmear demasiado. Hábleles de negocios, de minas carboníferas, de finanzas, de la devaluación de la moneda...: en fin, va está usted preparado para, disertar sobre estos temas Dígales que no les recibo porque me encuentro en cama con un fuerte resfriado. Destaque mucho mis riquezas, hable de grandes y valiosas propiedades, y recalque lo de mí filantropía. Y, sobre todo, no bable usted con acento nasal: se darían cuenta de que es usted americano. ¡A ello, Surday, que estarán al llegar!

Transcurrieron dos días de febril angustia para el

«Gun-man

Escarlata». Aquella forzada situación de espera, de aguardar a ser cazado, acababa con sus nervios. El, acostumbrado a atacar el primero y aprovecharse de la sorpresa, ahora se veía obligado a esperar que de un momento a otro, en cualquiera de sus salidas del hotel, le secuestrasen. Y si así no ocurría, aún sería peor: Sarah Kelly y los otros tres continuaban todavía, en poder de los secuestradores según informes de Goudge, transmitidos secretamente. Lester Nelson se imaginaba el dolor de su amigo John Kelly, y sufría, no por los raptados, sino por el muchacho.

En el tercer día, al anochecer, como todas aquellas tardes, Lester, en su papel de lord Lindsay, atravesó presurosamente el suntuoso «*hall*» del Waldorf Astoria, dirigiéndose a la puerta de salida. Su alta figura, y la serenidad y elasticidad de movimientos, se acusaban más con el bien cortado frac que vestía, el sombrero de copa, y el elegante bastón con puño de oro. Aparentaba ser un perfecto «*gentleman*», el verdadero aristócrata inglés, por sus modales, impasibilidad y distinción.

Apenas salió a la calle —la Quinta Avenida— el galoneado portero solicitó el coche de lord Lindsay. Lester jugueteaba con el bastón distraídamente. Cuando se vió rodeado por dos policías uniformados y un hombre de paisano, que le interpelló:

—Perdone: ¿es usted lord Lindsay?

Nelson se limitó a responder con una señal de asentimiento.

El individuo se levantó la solapa izquierda, enseñando la placa del Departamento de Policía de Nueva York, diciendo a la vez:

—Tenemos orden de «invitarle» a que nos acompañe a la comisaria. Se trata de algo relacionado con su pasaporte; una mera formalidad. Íbamos a subir a su apartamento, pero justamente cuando llegábamos hemos oído decir su nombre al portero. Aquí tenemos el coche —invitó obsequiosamente el individuo, señalando un coche de la Policía, parado junto al bordillo de la acera, cuyo conductor también aparecía uniformado.

Desde el primer momento, Lester supo que el momento ansiado y temido se había hecho presente. Ni aquéllos eran policías ni aquel tipo era detective; todo era una farsa para secuestrarle en plena calle. El instinto de conservación le aconsejaba resistirse y detenerlos, pero en tal caso echaría todos sus planes a rodar, quedándose con unos simples esbirros en la mano. Serenamente, arguyo:

—Les agradezco su invitación, señores; y a mi vez tengo el gusto de ofrecerles mi coche. ¡Aquí acaba de llegar! Es más confortable.

—Muy agradecidos, lord Lindsay, pero las ordenanzas nos lo prohíben. Le ruego suba en nuestro coche. Será cuestión de un cuarto de hora. ¡Vamos, suba! —indicaba el hombre de paisano, obsequiosamente.

Pero Lester sintió que algo duro se apoyaba en la cadera; estaba encañonado a través de un bolsillo. Fingió un gesto de sorpresa, contenido por la advertencia que le fue susurrada:

—¡Suba, o tendremos que matarlo aquí mismo!

Y el portero del hotel contempló, sin sospechar el drama que estaba desarrollándose ante sus inocentes ojos, el rapto del supuesto lord Lindsay.

Apenas estuvieron dentro del coche de la Policía, el conductor arrancó, avenida arriba. En el interior, una «Browning» salió al descubierto, encañonando a Lester.

—¡Ponga las manos atrás! —Mandó el hombre de paisano.

En un santiamén, las muñecas de Lester fueron esposadas diestramente, a la espalda. A su derecha, sentado uno de los uniformados, y a la izquierda el de paisano, amenazándole con el arma. En uno de los trasportines, el otro vestido de policía.

—Lord Lindsay, si estima usted en algo su vida, no intente resistirse ni pedir auxilio. Una persona muy importante tiene gran interés en saludarle.

Los tres se rieron groseramente. Lester, representando su personalidad de inglés, miraba al frente, con un gesto de aburrimiento que no dejaría de impresionar a sus secuestradores. Uno de ellos gritó al conductor:

—¡Eh, tú! Al cruce de Lafayette con Bond; hemos de recoger a *Currie*; nos estará esperando en una de las esquinas.

Hábilmente conducido, el coche se dirigía rápidamente al punto señalado, sorteando otros vehículos en aquel tráfico mareante de la gran ciudad. Los secuestradores fumaban, en silencio. Lester les observaba, procurando quedarse con los rasgos de todos ellos, para más tarde, si escapaba con bien de la peligrosa aventura iniciada, identificarlos.

En la esquina de Lafayette con Bond paró un momento el coche. El individuo de paisano se apeó, regresando al momento, acompañado de un tipo alto, de facciones repelentes, frente estrecha y nariz ganchuda; traía un largo paquete en la mano derecha. Al verle, Lester se encogió instintivamente, buscándole con la mirada la mano izquierda; le faltaba el pulgar. Era el mismo individuo al que él siguió durante largo tiempo de ciudad en ciudad, y cuya pista perdió a raíz de lo ocurrido, en Gerard's.

Por lo que antes había oído, el hombre de la mano sin pulgar se llamaba *Currie* entre aquella gente.

Inspeccionó de una ojeada a Lester por la ventanilla, y luego, sin decir palabra, sentóse junto al conductor, colocándose el voluminoso paquete sobre las piernas, diciendo algo en voz baja al chofer, que puso, en marcha el coche, tomando la calle Boverly.

Volviéndose en el asiento, *Currie* explicó a los otros tres compinches:

—Antes de marcharnos, tenemos que cumplir una misión. Acabo

de recibir una orden del jefe: hay que «liquidar» a un hombre dentro de un cuarto de hora. Todo está estudiado y listo.

—Pero *Currie*: ¡eso es una barbaridad! ¿Con este hombre aquí? —le argumentó el hombre de paisano.

—¿No te digo que acabo de recibir la noticia de actuar, Wells? Se retrasaron en dármele, y por un poco más no hemos perdido la ocasión. Cualquiera se presentaba luego al «boas», sin haber cumplido sus órdenes. En menos de un cuarto de hora he arreglado todo.

—¿Quién será el «fiambre»?

—No lo conocéis. Ya os lo señalaré en el momento justo. Ahora, tomad.

Desatando el envoltorio, quedaron a la vista dos ametralladoras ligeras Thompson, del calibre 45, con sus correspondientes cargadores de cien cartuchos, una escopeta de dos cañones, con ellos serrados a cuarta y media de los percutores.

—¿Sabrás manejar el «ukelele»? —preguntó *Currie* a uno de los disfrazados de policía, que permanecía mudo, como si fuese novato en aquellas nefastas lides.

—Prueba a ponerte a cien pasos, y te desabrocharé la chaqueta sin agrandarte los ojales.

Lester se estremeció de horror ante la matanza que se avecinaba. Conocía de sobra, por haberlas usado diariamente en la Academia, el poder mortífero de las ametralladoras Thompson, que los «gangsters» apodaban «ukeleles» en su argot, y más si un capacitado armero las disponía para tiro extrarrápido. Sin embargo, no había usado nunca la fea escopeta de cañones cortados que empuñaba el denominado Wells, el individuo de paisano. Sabía que en tiempos de Alfonso Capone, sus hombres las cargaban con postas para que ninguna de las víctimas escapase ilesa del atentado.

En la esquina de Boverly con Great Jones, subió otro individuo al vehículo, sentándose en el transportín que quedaba libre. En pocas palabras fue puesto al corriente. Era un tipo de mirada torva, que se limitó a sacar un «Colt» de gran calibre y comprobar que funcionaba bien.

Cuando el automóvil torcía, enfilando la Primera Avenida arriba, *Currie* explicaba el plan:

—El jefe me ha escrito todos los detalles. El «pájaro» ése está en

el hospital, visitando a un amigo suyo. Esperaremos a que salga; probablemente irá con alguno de sus «grugmen»[4]. Antes de que suban al coche, abriré yo el fuego; tenemos que dejarlos secos — afirmó por último, con una expresión feroz en sus pupilas.

Un grave problema se le presentaba a Lester, y no encontraba ninguna solución. De un instante a otro se vería obligado a presenciar un vil asesinato, sin poder evitarlo. *Currie* había hablado de que a la víctima le acompañarían sus «grugmen», deduciéndose de esto que se trataba de algún jefe de una banda de «gangsters», caído en desgracia del jefe de los secuestradores.

—¡Ahí está el coche! ¡Para aquí! —ordenó *Currie* al conductor, después de avizorar por una de las ventanillas y distinguir un largo y macizo «Rolls Royce», parado junto a la acera.

—¡Sobre todo, no aguardéis a que estén dentro del coche! — recomendó el hombre de la mano, sin pulgar, en voz baja—. Me he enterado de que lo han hecho blindar, y los cristales de sus ventanillas son de mica; no hay bala que los perfora.

A fin de romper en parte el largo silencio que hubo después, el individuo que había subido el último, y que no dejaba de observar al prisionero, preguntó:

—Qué, ¿os ha dado mucha guerra?

—Ninguna; es un hombre más frío que el hielo. Ni siquiera intentó resistirse. Se ve que es un «Tommy»[5] de los legítimos de pura raza.

Todos se echaron a reír, y Lester, inmutable, temió ser reconocido por *Currie*, aunque en los pasados tiempos de persecución siempre procuró no ser visto.

De nuevo el silencio en el interior del vehículo. El nerviosismo de la espera comenzaba a apoderarse de los pasajeros, que apretaban convulsivamente las armas, a excepción del conductor, que permanecía inmóvil en el «baquet», como si fuese una estatua.

La tensión trágica del momento hacía que en el cerebro de Lester se deslizasen pensamientos que antes no le preocupaban. Ahora comprendía lo que era actuar fuera de la ley. Dentro de unos instantes, varias vidas, criminales o no, serían segadas por unos miserables trozos de plomo; vidas que vinieron al mundo con dolor de la madre y que después continuaron causando sufrimientos a los demás y a sí mismos; y para que luego un dedo apriete una palanca

y una bala destruya lo que muchos años de dolor costó cultivar.

Currie y Wells tenían las facciones rígidas, descompuestas, prueba de que ni en su mismo hundimiento en el cieno de la maldad podían sustraerse a las graves acusaciones de la conciencia, que desde lo más recóndito del ser lanzaba ayes lastimeros.

—¡Ya salen! ¡Ésos son! —susurró *Currie*, señalando por una de las ventanillas de la derecha a un grupo de tres hombres que salía de la grandiosa puerta del hospital, descendiendo la escalinata de piedra.

El motor del coche se puso en marcha; era indudable que el conductor tenía bien aprendida la lección. Los «gangsters» corrían la mano con el arma, visando a las inmediatas víctimas, sin sacar los cañones fuera de las ventanillas.

Eran tres hombres; ya se divisaban nítidamente a las últimas luces de la tarde. Se acercaban al «Rolls Royce» charlando. El de en medio era el más bajo, con una cartera de cuero en la mano derecha; los otros eran hercúleos, estando de manifiesto que su misión consistía en escoltar al del centro.

Dieron, unos pasos más, y en el vehículo de la Policía, la voz de *Currie* sonó levemente:

—¡Ahora!

La escopeta de dos cañones hizo fuego con dos estampidos atronadores, y el par de ametralladoras comenzó su tableteo infernal, trepidante, capaz de acobardar al más valiente. Los tres hombres, cazados estúpidamente, no pudieron echar a correr. Recibieron los impactos con sacudidas violentas; sus cuerpos se retorcieron en posturas extrañas, y luego rodaron por la acera, deshechos, convertidos en masas sangrantes e informes.

—¡Adelante! —gritó *Currie*.

El chófer puso el coche en marcha y pronto dejaron atrás el macabro espectáculo. Todavía resonaban en los oídos de Lester el fragor de las detonaciones con un horrendo eco, y aún permanecía en su retina la visión de aquellos hombres acribillados de postas y balas del 45. A partir de entonces, se propuso llevar a *Currie* a la silla eléctrica. *Currie* era el tipo del perfecto cobarde: incapaz de reaccionar bravamente al recibir un puñetazo, capaz de asesinar a sangre fría por unos cuantos dólares, si la impunidad estaba asegurada de antemano.

Torcía el automóvil a la izquierda, tomando la calle Treinta y Tres, cuando el alarido de una sirena llegó hasta ellos. Habían sido muchos los testigos de la criminal escena, y habrían notificado a la Policía que los ocupantes de un coche oficial eran los asesinos. La persecución comenzaba.

El uniformado chofer tuvo que pisar a fondo el acelerador, pues el vehículo dio una brusca sacudida adelante echando hacia atrás a los pasajeros y simultáneamente comenzó a sonar una sirena en el propio coche, abriéndose paso fácilmente por entre el río de automóviles, no respetando las señales de cruce; y los mismos policías de tráfico, engañados al ver que avanzaba raudamente un coche de los suyos paraban la circulación; a fin de dejarles el paso franco.

La banda demostraba estar dirigida por un ser astuto, dotando a su automóvil de una sirena, que era el «¡Ábrete, Sésamo!» de la circulación.

Por la ventanilla posterior vieron que varios coches de la Policía les perseguían, ganándoles terreno, por ser de tracción delantera.

Wells iba a disparar con una ametralladora para contenerlos pero le contuvo la orden de *Currie*:

—¡No! Ellos no harán fuego mientras corramos por estas calles principales; aguardarán a que salgamos a las afueras, y para entonces...

Recorrieron calles y más calles torciendo vertiginosamente ora a derecha ora a izquierda.

Cuando enfilaron una calle casi solitaria, comprobaron que los perseguidores aún no habían doblado la última esquina.

—¡Quita la sirena! —Mandó *Currie* al chofer.

Y la carrera prosiguió, con menos alboroto, estando más de una vez a punto de estrellarse contra otros vehículos.

Lester había perdido el sentido de la orientación, a causa de cruzar calles y plazas, cuando haciendo el coche un viraje rápido, a la derecha, entraron en una calleja, apenas alumbrada por unos faroles que luchaban con la creciente oscuridad del anochecer.

El automóvil torció a la izquierda, cruzando un gran portalón, sobre el que campeaba un letrero: «Garaje». Se encontraron en un largo y amplio pasillo, donde un camión de mudanzas tenía abiertas sus puertas posteriores. Un tablero unía su interior con el suelo,

sirviendo de rampa. Habilidosamente, el conductor hizo que el coche trepase por el tablero, echando el freno cuando los morros del automóvil iban a chocar con la pared de madera que se levantaba al frente separando el «baquet».

Después, quedaron a oscuras; alguien del garaje había cerrado las grandes puertas posteriores, tras quitar la rampa.

Eran momentos angustiosos aquéllos, en la oscuridad, oyendo la respiración fatigosa de sus secuestradores, aún emocionados por la carrera.

Escuchóse el zumbido de un motor en marcha, y por el balanceo, se deducía que el camión salía del garaje.

—¡Estamos a salvo! —dijo en la oscuridad la voz de Wells, con un suspiro.

—¡No cantes victoria todavía! —respondió *Currie*.

Lester había comprobado que la inteligencia del misterioso jefe de los secuestradores alcanzaba al genio. Aquel ardid de usar un coche camuflado, como si fuese de la Policía, el detalle de la sirena, y además utilizar un camión de mudanzas para encerrar dentro el delator automóvil y escapar a todas las pesquisas de la autoridad, indicaban un fértil cerebro dedicado al mal.

—¿Qué te parece cómo «trabajamos», «Tommy»? —Escuchóse preguntar a *Currie*, burlonamente.

Lester no repuso, porque de responder hubiera dicho algo irreparable, de colérico y asqueado que estaba.

Otra voz dijo:

—Podemos fumar.

A la luz de los fósforos, Lester se cercioró del aspecto victorioso de los «gangsters». A través de las paredes del camión se filtraba el ronco rumor de Nueva York.

El chofer comenzaba a despojarse de su uniforme, y era el primero en fumar, con verdadero deleite; había demostrado ser un excelente conductor, inalterable al influjo de la emoción.

Otra vez la oscuridad, a excepción de las puntas alternativamente ígneas de los cigarrillos. Lester no pudo evitar un sobresalto al sentir que el camión habíase detenido en seco. Escuchóse la rota voz de Wells:

—¡Esas malditas paradas me hacen creer que van a registrar este cajón!

Otra vez en marcha. La alarma era infundada. Escuchóse el silbato de un policía de tráfico.

Un cuarto de hora más tarde, el camión se detuvo, en medio de un gran silencio. Al instante oyóse un chasquido metálico y las puertas posteriores se abrieron, penetrando una penumbra de luz eléctrica. Dijo una voz:

—¡Ya podéis bajar! ¡Está puesto el tablero!

El chofer del automóvil dio marcha atrás, y retrocediendo el vehículo rodó por la rampa al suelo, hasta detenerse con un frenazo. Salieron todos, menos Lester. Se encontraban en un espacioso garaje. Un individuo, con «mono», sosteniendo en sus labios una colilla apagada, recibió órdenes de *Currie* en tono quedo, imperceptible para Lester.

Con los ojos alerta, el inspector Nelson esperaba el curso de los acontecimientos. La principal causa de no oponer resistencia, aunque fuese fingida, radicaba en su interés por que no le golpeasen, para hacerle perder el sentido, y así podría conocer el camino que conduce a la guarida de la peligrosa banda.

Fue el mismo *Currie* quien, al rato, le indicó que se apease, casi con educados modales. Lester obedeció, agradeciendo ponerse en pie, pues había estado demasiado tiempo con los brazos atrás y en una forzada posición.

—¡Un momento, que vamos a quitarle las esposas!

Y cuando *Currie* y otro individuo le sujetaron los brazos, como si fuesen a despojarle de los acerados brazaletes, el Agente Especial sintió una picadura en el antebrazo izquierdo. Le habían engañado; todo fue una añaqaza para que se dejase poner una inyección. Lester experimentó, por primera vez desde que le capturaron, el deseo de rebelarse, pues sus planes quedaban frustrados, pero ya era tarde para reaccionar. A los pocos momentos, una laxitud especial fue inmovilizando sus miembros y en su cerebro adentróse un acorchamiento dulce que enseguida se transformó en sueño. Inerte, se habría derrumbado, si no hubiese estado sujeto.

El último pensamiento del

«Gun-man

Escarlata» fue le certidumbre de su fracaso; la amargura de la derrota.

VALIOSOS PREMIOS EN EL
CONCURSO DE CULTURA POLICIACA

¡Pida las bases a su librero o a

EDITORIAL ROLLANI

¿HOMBRE? ¿MONSTRUO? ¿DEMONIO?



ESTER nadaba vigorosamente por las embravecidas aguas del caudaloso río, contra corriente. Daba brazadas y brazadas, pero no conseguía avanzar, siempre en el mismo sitio, y a su espalda le aguardaba la muerte: un remolino. Miró a través y un grito de terror salió de su garganta, pero no se oyó, como si el mismo grito fuese mudo; perdía distancia, pese a sus esfuerzos. Y poco a poco, sofocado, cansado, iba retrocediendo hasta ser absorbido por el vórtice, a sus

profundidades abismales. Y girando, cual grano de trigo en el ciclón, fue zarandeado y traído y llevado entre capas fluidas y turbias. Y él luchaba por subir, por respirar en la superficie. Sacudía las piernas y se apoyaba en las manos, con enérgicos movimientos natatorios de ascensión, pero el remolino parecía tener brazos hercúleos y le sujetaba y sujetaba, arrastrándolo cada vez más abajo. Lester se hallaba a punto de desfallecer y dio la última sacudida, una sacudida sobrehumana en un inútil intento de salvarse, y entonces...

Entonces Lester se despertó, surgiendo su cerebro de la región de las pesadillas para incorporarse al mundo de la realidad. Abrió los ojos, quedándose extrañado de cuanto le rodeaba. Se hallaba en una alcoba lujosísima: paredes tapizadas en damasco, muebles de maderas preciosas, talladas por manos dignas del mejor artista, techo artesonado, y la cama donde él reposaba era de estilo Imperio, cama que hubiera hecho la delicia del mejor «connaissanceur». Frente a él, una puerta, de gris acero, que desentonaba del admirable conjunto, con una mirilla circular ocupada por un cristal.

Girando la cabeza sobre la almohada, a la izquierda, vió un gran ventanal, cruzado por gruesos barrotes de hierro, y tuvo la impresión de que a través de los cristales se divisaba un paisaje nevado, pero lo atribuyó a un espejismo a causa de su desvanecimiento anterior, pues bien sabía él que en Nueva York sólo hubo nieve en enero, y ya se encontraban a principios de primavera; además se demostraba que era una ofuscación suya con notar el suave calor que inundaba el dormitorio.

Y, sin embargo, este paisaje nevado, de Navidad, fue el que le trajo a la memoria los recuerdos de su aventura. Rememoró la picadura de la inyección. Aquella puerta metálica... aquella ventana enrejada...: estaba prisionero.

El hombre de acción que vivía siempre en Lester Nelson le impulsó a obrar. Quiso levantarse, logrando incorporarse, dándose cuenta entonces de que había sido echado vestido sobre la colcha. Y cuando puso los pies en el suelo, tomando la vertical, la cabeza parecía separársele del cuerpo, como si su cabeza tuviese la cualidad de flotar en loco torbellino; el suelo se inclinaba a un lado y a otro, y las paredes comenzaban a dar vueltas en una danza

fantasmagórica. Una sensación de náuseas, y tuvo que dejarse caer, desmadejado, en la cama. Aún persistían en él los efectos de la inyección.

Diez minutos, media hora permaneció tendido, recobrándose paulatinamente, ansiando levantarse con el fin de acercarse a la ventana, abrir la cristalera y aspirar el aire del exterior.

Al llevarse las manos a la cabeza, cercioróse de que le habían quitado las esposas, señal de que sus secuestradores estaban seguros de que no lograría escapar de aquel recinto. Y esta sensación de impotencia le indujo a intentar levantarse de nuevo.

Esta vez sí lo consiguió, pero de nada le serviría, pues la puerta se abrió, dejando paso a *Currie*, seguido de otro individuo, muy moreno, pelo negro rizado, nariz aguileña y un brillo extraño en las negrísimas pupilas. *Currie* entró, sonriente, sin arma alguna en las manos, diciendo obsequiosamente:

—¡Buenas tardes, lord Lindsay! ¿Ha descansado usted bien? Su largo sueño nos tenía ya muy preocupados; hasta el «boss» [6] me ha regañado por inyectarle una dosis excesiva de soporífero. Me daría usted un gran placer si me dijese que se encuentra repuesto y sin molestias.

—Dígale a su jefe que deseo hablar con él enseguida.

—Justamente tengo órdenes en ese sentido, lord Lindsay. Pero el «boss» es un hombre que gusta de lo delicado, de lo bien presentado, y usted no lo está, señor mío. Tiene usted cara de sueño, despeinado, y el frac no está debidamente planchado.

Y señalando *Currie* una cortina de grueso terciopelo, en color grana, prosiguió diciendo:

—Ahí tiene usted el cuarto de baño. Ducha y baño, lo que usted prefiera; agua caliente y fría, perfumes de todas clases, en fin, lo que usted guste. Pase ahí dentro, y haga el favor de darme su ropa. Se la plancharán mientras se arregla. Sería inútil hacer comprender a un ilustre aristócrata inglés la conveniencia de ir bien presentado. ¡Pase, por favor! El «boss» le espera dentro de media hora. ¡Por favor, lord Lindsay!

Y *Currie* señalaba las rojas cortinas con la mano derecha, manteniendo guardada la izquierda en el bolsillo, la mano sin pulgar.

Despreciando la evidente burla del malhechor, Lester

comprendía que no era descabellado asearse, y a la vez despejarse la cabeza con una ducha fría. Tambaleándose, pasó junto al otro individuo, el de la nariz aguileña y tez morena, entrando en el cuarto de baño. Cuando cayeron las cortinas a su espalda, rápidamente se registró los bolsillos; sólo aparecieron quinientos dólares, la falsa documentación a nombre de Thomas Lindsay había desaparecido; durante su sueño le registraron los bolsillos. Se palpó por encima del pantalón la pierna izquierda; sus dedos tocaron algo duro. Levantándose la pernera, apareció un corto cuchillo de ancha y afilada hoja sujeta con esparadrapo a la pantorrilla. Desde que salió del

F. B. I.,

años antes, nunca se separó del modesto acero, que en ciertas ocasiones le había valido, más que una ametralladora. Nadie podía imaginarse tal truco.

En un momento se desnudó, entregando el frac a *Currie*, a través de una rendija entre las cortinas. Luego oyó los pasos de ambos hombres y el chasquido de la cerradura de la puerta. Con sumo cuidado se quitó el esparadrapo y el cuchillo, para que el agua de la ducha no los humedeciese.

Veinte minutos más tarde, cuando *Currie* regresaba con la ropa planchada, había terminado de asearse, y en la misma forma, alargando un brazo solamente por entre las cortinas, recogió la prenda.

Vistióse, no sin antes volver a colocarse el cuchillo a la pantorrilla izquierda con las tiras de esparadrapo, que ya habían perdido parte de su adherencia.

Salió del cuarto de baño, diciendo con una fingida impasibilidad:

—¡Vamos a ver a ese señor!

—Por aquí, lord Lindsay; tenga la bondad de seguirme —invitó *Currie*, con evidente burla en la voz.

Un largo corredor, flanqueado de grandes ventanales, por los que Lester se cercioró de que su vista no le había engañado: la nieve cubría una gran extensión de terreno salpicado de árboles y montículos y algunas casitas cuyas chimeneas ponían con su humo la única nota de vida y color en el albo paisaje. A lo lejos, elevados murallones nívicos, formando una barrera infranqueable.

Subieron unas escaleras, *Currie* delante; Lester, detrás, seguido del silencioso individuo de piel morena. Cruzaron una puerta, vigilada por un hombre también de facciones exóticas, que les abrió sin decir palabra.

Otro corredor, escoltado de puertas cerradas y de las que no brotaba ningún ruido.

Y al fin *Currie* se detuvo ante un gran tabique de acero, partido en dos verticalmente por una raya casi invisible, pulsando una sola vez un botón gris que apenas sí sobresalía.

Transcurrió un minuto de espera. Lester no podía reprimir los latidos de su corazón ante el misterio que iba a descubrir: de un momento a otro conocería al maquiavélico jefe de los secuestradores, al hombre cuya existencia era ignorada por el F. B. I, y por el Departamento de Policía de Nueva York, al hombre que pedía fabulosos rescates, devolviendo luego sus presas, pero muertas, cadáveres que no podrían hablar ni contar su fantástica historia a los policías. Observó que *Currie* encendía nerviosamente un cigarrillo, como si le alterase la inminente presencia del «boss».

Dos minutos, tres minutos, cinco minutos y la puerta continuaba sin abrirse. *Currie* hizo ademán de volver a pulsar el timbre, pero cuando ya su mano derecha se levantaba, varió de trayectoria, recogiendo el cigarrillo que sostenía en los labios, dándole una chupada profunda.

Por fin, un leve ruido de motor en marcha en algún sitio del edificio, y el tabique comenzó a dividirse en dos hojas que se desplazaban cada una a un lado, como si fuesen sobre carriles.

Entraron *Currie* y Nelson solamente. Dos gigantescos perros lobos, echados sobre la gruesa alfombra, mostraron sus colmillos con un rugido ronco, pero permanecieron quietos. Era una habitación muy espaciosa, magníficamente amueblada, con una enorme biblioteca que cubría la pared de la izquierda. En frente, una alta mesa de despacho, en caoba primorosamente tallada. Y entonces, vió Lester, en el rincón de la izquierda, a un hombre atlético, con los brazos cruzados. Parecía hermano de los otros dos de tez bronceada y cabello negrísimo; eran de la misma raza, raza que el Agente Especial no podía descubrir de momento. Le estaba mirando fijamente, vigilando sus menores movimientos de curiosidad. No había nadie más. *Currie*, apoyado en el respaldo de

un sillón, jugueteaba con el cigarrillo, tragando saliva frecuentemente.

Nueva espera, aún más desesperante. No ignoraba Lester que aquel escenario era todo puro teatro, hecho así para impresionar a las víctimas; y él se propuso no dejarse sobrecoger por el ambiente y seguir hasta el final el papel elegido. Parsimoniosamente, se puso a hojear, una revista deportiva, como si en aquellos momentos le interesase mucho el «récord» alcanzado por un danés con un automóvil de carreras, sin perder de vista a los otros.

Hundióse un panel de la pared y los perros se levantaron, ladrando gozosamente, acudiendo a recibir al dueño, que había aparecido en el umbral.

—¡Quita, «Fer», no seas mal educado! ¡Quieta, «Z e»! —dijo con voz agradablemente modulada.

Currie le salió al encuentro, mientras Lester le observaba. Era un hombre alto, esbelto, de unos cincuenta años, vistiendo de «*smoking*». Sus rasgos tenían algo de diabólicos: las cejas altas y muy arqueadas, frente amplia, con nacientes arrugas; ojos rasgados, como si descendiese de raza amarilla. Las profundas entradas en el cabello escaso y muy planchado le conferían un especial aire de pensador. Y curiosamente, este aspecto se destrozaba por su nariz larga y ancha y sus labios de una finura exagerada, sensualidad y crueldad unidas a una inteligencia ya evidente con solo, mirarle a los ojos. Llevaba en la mano izquierda una larga boquilla de plata con un cigarrillo encendido.

Hacía caso omiso de Lester, escuchando a *Currie*:

—Jefe, lord Lindsay. También él desea verle.

Entonces, sí, miró a Nelson, de arriba abajo, sin impertinencia. Con una sonrisa en los labios hizo una leve inclinación de cabeza, saludando:

—Lord Lindsay, lamento tener que encontrarnos en estas circunstancias tan desagradables para usted. Siéntese, por favor —invitó, señalando uno de los sillones que había junto a la mesa de despacho. Y a continuación ordenó a su subordinado escuetamente —: ¡Salga, *Currie*!

La gran puerta de acero se cerró tras el hombre de la mano sin pulgar. El atleta del rincón continuaba en igual postura, como si fuese una estatua; quedaba claro que era el guardaespaldas de

confianza. Acariciando la cabeza de uno de los perros, el jefe sentóse frente a Nelson, ofreciéndole cigarrillos en una cajita de ébano. El inspector del

F. B. I.

aceptó, y también el fuego que se le ofrecía en un mechero de oro y esmeraldas, un objeto que no valdría menos de cincuenta mil dólares por el valor de las piedras.

Se miraron a los ojos los dos hombres, observándose mutuamente; intentando adentrarse en el cerebro del contrario. Rompió el silencio el jefe, con su tono educado y amable:

—Lord Lindsay, he de reconocer que es usted un hombre de valía. Los periódicos hablaban muy bien de usted, pero nunca creía que fuese capaz de comportarse tal como ha hecho al serle notificado que yo deseaba verle. Me molestan los gritos y los gestos dramáticos. Creo que el secreto de la vida consiste en no adoptar posturas extremas ante los acontecimientos, y veo, con sincero placer, que usted obra como yo pienso.

Detuvo un momento el fluir de sus palabras, cautivadoras por el tono, para dar una chupada a la boquilla de plata, que sostenía entre los dedos con una naturalidad que llegaba a ser elegante, de distinción. Dos columnas de humo brotaron de su nariz, y prosiguió hablando, mirando siempre a los ojos de Lester:

—Admiro su serenidad, lord Lindsay, su serenidad en estos momentos, que pueden ser muy decisivos para usted; pueden significar su vida o su muerte. Sería interesantísimo que fuese tan amable que me explicase su carácter, su forma de reaccionar en diferentes situaciones. Éste es mi gran placer desde que era muy joven: conocer a los demás, calar en lo más hondo de su ser y levantar el velo de apariencia para bucear en su bondad y en su maldad. Me gusta quitarle la careta al ángel y al demonio que todos llevan dentro, mejor dicho, que todos llevamos dentro; yo también tengo bondad, lord Lindsay. La sociedad me llamaría psicólogo por mis aficiones, yo me considero simplemente un refinado «*gourmet*» [7] de almas. Sea amable, y explíqueme su comportamiento actual, lord Lindsay; me hará usted un gran favor proporcionándome este placer.

Jamás en su vida azarosa, Nelson había tropezado con un hombre semejante. Sentíase fascinado por la cadencia de las frases,

las pupilas de su interlocutor, que hipnotizaban, y tuvo que frenar su propia voluntad, que estaba a punto de conducirlo a una explicación sincera, que significaría un suicidio.

—Señor... —comenzó, dejando a propósito la palabra en el aire, a fin de conocer algún dato del singular «boss» de los secuestradores.

—Llámeme Kerr, por favor.

—Bien, señor Kerr; siento decepcionarle, pero mi impasibilidad es la de muchos compatriotas míos. Estoy aburrido de todo, cansado de trabajar desde pequeño todas las horas del día, y por la noche igual, porque los negocios me tienen siempre preocupado. Para mí no hay un instante de diversión. Si asisto a una fiesta mundana, bailo, bebo y río, pero... las cifras siguen barajándose en mi cabeza. He amasado una fortuna y conseguido un título aristocrático, y, ¿para qué? Para tener más obligaciones aún. Las mujeres no pueden significar nada en mi vida: la luz del dinero las atrae como mariposas, pero yo, como hombre, soy un fracasado. Nadie me quiere por mí solo, nadie me miraría si estuviese arruinado. ¿De qué me sirve el dinero? —Y Lester terminó su fingida comedia, demostrando recordar las famosas lecciones de la Academia del F. B. I.

—Muy interesante su caso, muy interesante, lord Lindsay —aseguró Kerr, entornando los párpados, y dejando solo visibles dos rayas oscuras veladas por las blanquecinas volutas de humo del cigarrillo—. Pero aún no ha contestado a lo más principal. ¿Esa desilusión es acaso el origen de su impasibilidad actual? ¿No le asusta la muerte?

—La muerte para mí sería un descanso, señor Kerr. No quiero hacer frases grandilocuentes, pero ¿qué puedo esperar ya de la vida? Cuando sus hombres me rodearon a la puerta del hotel, y uno de ellos me encañonó con la pistola, ¿querrá usted creer que no sentí miedo? Me dejé arrastrar por curiosidad, comenzaba una aventura en mi vida, y quería paladearla, igual que a usted le gusta saborear caracteres. Todos tenemos una locura. ¿Quién puede asegurar que no está loco, que toda la Humanidad no está loca?

Y Nelson continuó disertando sobre lo que puede considerarse o no normal en la vida, mientras su interlocutor escuchaba cada vez más atentamente, con un brillo extraño en sus pupilas, los labios

entreabiertos, olvidándose hasta de fumar. Se habían encontrado dos potencias mentales frente a frente; el más fuerte vencería. Nelson terminaba:

—Y al final de esta aventura, ¿qué ocurrirá? Ya lo sé por anticipado y ésta es mi gran desilusión. Usted sabe que soy millonario: por eso me secuestró. Me exigirá unos miles de libras, yo se los daré, y quedará en libertad, porque ¿qué conseguiría usted con matarme, y por qué iba usted a cometer un asesinato conmigo? Yo no le he hecho nada, no nos conocíamos. Yo tendré menos dinero, y usted un poco más, y cuando lo exige es que lo necesita. Tengo a orgullo decir que de mi puerta no se marchó nunca un mendigo con las manos vacías.

La última frase fue un latigazo para Kerr. Se puso en pie de un salto, con la cara pálida, verdosa, y los ojos inyectados en sangre. La boquilla le temblaba entre los dedos. Había perdido la calma, los nervios le habían hecho traición ante el claro insulto, después de una disertación sobre temas psicológicos.

—¡Lord Lindsay...! —masculló roncamente, sin apenas abrir los labios.

Lester se había puesto también en pie, y miraba al otro, fríamente, como si sus palabras no hubiesen sido dichas con intención. Sólo en su voz se notaba una ligera ironía:

—¡Señor Kerr! ¿Qué le ocurre? ¿Le he ofendido en algo? ¡Perdóneme, si involuntariamente he dicho algo que le haya molestado! De todas formas, usted me decepciona; también para mí fue un placer conversar con alguien que no fuese vulgar, pero...

Observábase el esfuerzo sobrehumano del criminal jefe por contenerse y recuperar su habitual dominio. Lo consiguió enseguida, volviendo a sentarse, encendiendo un nuevo cigarrillo.

—Usted será millonario, pero yo estoy a punto de serlo, lord Lindsay. Y si su gusto es correr emocionantes aventuras, le garantizo que no será defraudado —la amenaza era clara, concreta. Lester ya sabía que estaba condenado a muerte en cuanto le secuestraron: por presenciar los asesinatos de tres hombres. Prosiguió el juego de fintas verbales:

—¿Tendría inconveniente en decirme en cuánto tasaré mi rescate, señor Kerr?

—¿Qué le parece medio millón de dólares?

—No es muy exagerada; peor hubiera sido medio millón de libras esterlinas.

A Kerr se le cortó la respiración solamente de ver la calma del secuestrado al hablar de cantidades tan fabulosas: confirmóse en su creencia de estar ante un hombre único en su carácter.

—Ya trataremos de este asunto después, lord Lindsay. Ahora se nos está haciendo demasiado tarde. Abajo nos esperan.

Precedidos por los dos perros lobos, y seguidos del hércules moreno, salieron de la habitación blindada, bajando las escaleras y recorriendo largos pasillos. Kerr, en voz suave, normal en él, aconsejaba a su presa:

—Por pura fórmula le aconsejo, lord Lindsay, que no cometa la locura de intentar fugarse; sería muy perjudicial para usted, porque fracasaría, y me dolería tener que castigarle. De esta casa nunca se ha escapado nadie con éxito. Lo intentaron dos hombres, en diferentes ocasiones; uno murió en la nieve, desangrado, devorado por los lobos; el otro no consiguió alejarse ni una milla, y murió también, desangrado, aunque no por los lobos.

Un involuntario escalofrío estremeció la columna vertebral de Nelson: los lobos humanos eran peores que los lobos animales.

Descendieron dos pisos, y, por último, penetraron en una gran sala, lujosamente amueblada y decorada, inundada de música de «jazz» —una radio emitía música moderna—. Sentados en divanes, o en pie, ocho personas tomaban el aperitivo, a juzgar por los vasos que sostenían en la mano. Charlaban, pero enmudecieron súbitamente al entrar el «boss». Nelson se rezagó un poco, al distinguir a Sarah Kelly, sentada junto a su novio, William Rollins; a Florrie Mannon, en pie, acompañada por un hombre de unos cuarenta años, de mediana estatura, algo obeso y bastante calvo; y otra mujer, reclinada indolentemente en un diván, mostrando con descaro el nacimiento de unas pantorrillas bien torneadas: a su lado. *Currie* con un vaso de «cock-tail»

en la mano derecha, mientras escondía en el bolsillo la mano sin pulgar. Junto a la radio, dos hombres, de «*smoking*», fumando.

Lester había ansiado y temido este difícil momento; su máximo temor radicaba en la posibilidad de que los secuestrados que le conocían no pudiesen reprimir su gesto de asombro, descubriéndose

toda la farsa. Por ello, se mantuvo detrás de Kerr, con expresión muy seria, como si realmente allí no hubiese más que desconocidos. Y sin embargo, mezclado a su temor había una satisfacción: las personas que él venía a salvar, aún vivían. En aquel tiempo de preparación para la personalidad de lord Lindsay, su mayor preocupación había sido llegar tarde y encontrar solo cadáveres ya enterrados, dejando de cumplir la palabra dada a John Kelly.

Los allí presentes cesaron de hablar, y tras fijarse primero en el elegante jefe, clavaron sus miradas en el nuevo «huésped». Sarah quedóse pálida bajo el maquillaje, y tuvo que apoyarse en su novio, que, como hombre, conservaba algo más de serenidad. Fue Florrie la que estuvo a punto de desbaratar los cuidados planes trazados. Los pasados días de angustia la enloquecían, y al ver a su antiguo novio —el hombre famoso por sus proezas temerarias— dedujo que estaba allí para salvarla, pero este razonamiento fue arrollado por el instinto; la alegría del encuentro la hizo dar unos pasos adelante. Nelson, sin mover las facciones, clavó una mirada fría, acerada, en los ojos de la joven, pareciendo hipnotizarla, oponiéndole una barrera helada que la contuvo, frenada por una mano invisible.

Kerr, ignorante de lo que estaba sucediendo, preguntó a Florrie amablemente:

—Buenas noches, señorita Mannon. ¿Desea algo de mí?

—Sí —repuso ella secamente, advertida a tiempo del error tan grave que había podido cometer—. ¡Estoy harta de permanecer encerrada! ¡Necesito pasear! Quise hablarle esta mañana, pero me dijeron que usted no estaba. ¿Por qué no nos mata de una vez? —terminó ella de decir, histéricamente.

—Señorita Mannon, por favor se lo ruego: no diga usted esas cosas, cálmese. ¿Quién ha pensado en matar a nadie? Estamos esperando que el asunto de ustedes cuatro se arregle, y después... después, a volar otra vez, como pájaros libres. —No la engañaron cuando la dijeron que estaba yo fuera; vine al mediodía, por eso no tuve el gusto de acompañarles en el «*lunch*». Mañana trataremos de satisfacer sus deseos. Y ahora permítame presentarle a un nuevo compañero de ustedes: lord Lindsay, que pasará unos días entre nosotros. Lord Lindsay— dirigiéndose a Nelson, —tengo el honor de presentarle a la encantadora señorita Mannon. Discúlpela, su belleza es excitante, y sus nervios, excitables.

El pérfido «boss» de los secuestradores superaba en elegancia y facilidad mundana al más refinado «*dandy*» de la corte inglesa.

Lester se apresuró a saludar, inclinándose con una reverencia ceremoniosa.

—Señorita Mannon, es un placer conocerla y admirarla.

Ella, de aturdida que estaba, se limitó a corresponder con un torpe movimiento de cabeza; creía ver visiones.

A continuación fue presentado Nelson a Sarah, que le tendió la mano apretándosela significativamente. Rollins saludó hasta con entusiasmo, esperanzado con la presencia del célebre Agente Especial del

F. B. I.,

del mismo que en Nueva York era despreciado. El hombre que acompañaba a Florrie, algo obeso y casi calvo, se llamaba Daniel Dixon, el prometido de la antigua novia de Lester.

Esté le odiaba, odiaba a Dixon antes de conocerle, y al verle ahora por vez primera sintióse tentado de echarle las manos al cuello y ahogarle en el sitio, destrozándole a bofetadas su cara vulgar. ¡Aquel hombre, con su dinero, le había arrebatado la felicidad! ¿Sería posible que una mujer renunciase al amor para unirse a un tipo vulgar, solamente por el dinero?

Cuando Dixon le tendió la mano, se la estrechó con energía, como si quisiera triturarle los huesos. Posteriormente le fue presentada la escotada mujer sentada en el diván. Era Eleonor Carroll, una famosa actriz de teatro. *Currie* le hacía la corte descaradamente.

De los hombres junto a la radio, uno de ellos, el de más edad, se llamaba Amadeo Nicolani, dueño de una cadena de restaurantes en los Estados Unidos; el otro, hombre de unos treinta y cinco años, alto, fuerte, con aspecto de deportista, se apellidaba Markey, hijo de un «rey del acero».

Y una vez terminadas las presentaciones. Lester pudo ver que dos silenciosos e inmóviles individuos de tez morena se hallaban en los rincones opuestos, guardianes de los secuestrados. El jefe se dio cuenta de su ojeada, y aclaró solícitamente:

—No son muy decorativos, pero sí necesarios. En cierta ocasión, mis «huéspedes» se amotinaron. Desde entonces coloqué vigilantes de vista. No quiero que se paguen con ingratitudes mis

amabilidades.

Y sonreía, con la boquilla de plata entre los labios, entornando los ojos, velados por el humo azulado del cigarrillo; tenía una faz diabólica, careta del mal.

Pasaron todos a la habitación contigua. Un comedor ocupado por una larga mesa de banquetes, sobre la que se veía una vajilla de plata, de valor incalculable. Tres criados esperaban a servir cuando los «huéspedes» se sentasen. Lester lo hizo junto a Kerr, que ocupaba la cabecera, presidiendo. Enfrente, el Agente Especial tenía a Sarah Kelly; a la izquierda a Daniel Dixon, que, inocente todavía de la verdadera personalidad de «lord Lindsay», le hacía preguntas sobre últimas noticias de Inglaterra. Nelson contestaba escuetamente, sin pecar de grosero, para no levantar sospechas.

Al primer plato se comprobaba que la cocina era selecta y que los vinos, casi todos franceses, ostentaban las mejores marcas. Kerr mantenía el eje de la conversación general, hablando lentamente, mientras comía, comportándose como un verdadero anfitrión. Varió por completo, al ver que *Currie* apretaba disimuladamente la mano de la actriz, sentada a su derecha. Con ironía, le advirtió:

—Señor *Currie*, sus transportes románticos están fuera de lugar, y me temo que usted también.

Y con una sonrisa de disculpa volvió a tomar la palabra, internándose por el intrincado bosque de la Medicina, manifestando sus conocimientos en este tema. Su profesión era médico alienista, o al menos conocía a fondo las distintas enfermedades mentales, pues se explayaba y recreaba al narrar casos clínicos que le habían ocurrido, detallando los remedios utilizados.

Todos sentíanse influenciados por el magnético acento de Kerr, olvidando que era el jefe de los secuestradores, el amo y señor de aquella prisión ilegal. El propio Nelson iba confirmando en su idea primitiva: Kerr era un genio dedicado al mal.

Y además descubrió algo importante: Sarah le gustaba a Kerr, pues éste, mientras hablaba, dirigíase casi siempre a la bella joven con una expresión admirativa, y ella se había percatado, rehuyendo mirarle. De esta situación sólo sobrevendrían desgracias.

La terminación de los postres les hizo regresar a la anterior sala, donde, escuchando la radio y sentados cómodamente tomaron los licores. Kerr no se separaba de «lord Lindsay», y éste deseaba

encontrar una ocasión de cambiar unas palabras con sus conocidos. Notábase en el ambiente una tensión especial, indefinible para los secuestradores, pero clara para Lester, al ver los movimientos torpes y las frases balbucientes de Florrie y de Sarah. Rollins conservaba la serenidad, y en un descanso en la conversación general —que ahora versaba sobre pintura moderna— preguntó al «boss», no muy atentamente:

—¿Ha recibido usted ya el dinero?

—Por favor, señor Rollins, no nos estropee la digestión. Hábleme de «negocios» en otro momento más adecuado —y como viese el gesto adusto del millonario, prosiguió—: Si le sirve de consuelo, sepa que su padre nos está dando largas, y mucho me temo que nos la quiera jugar, poniéndose de acuerdo con la Policía. Y con sus amigos ocurre exactamente igual. Se les remitieron las cartas de ustedes, para que se convenciesen de que vivían, y ahora están «demasiado» entretenidos en reunir el dinero. Les he dado de plazo hasta dentro de tres días. Al cuarto, si no han pagado, lamentaré tener que... —Y dejó en el aire unos puntos suspensivos que significaban la muerte—. Convendría que volviesen a escribir, haciéndoles comprender que aunque aquí se encuentren bien atendidos, la vida es agradable en la situación económica de ustedes. La única excepción que conozco es el caso de lord Lindsay, que, —con entera franqueza, y perdonen mi descortesía— considero superior a todos ustedes. Es la primera vez que ha entrado un hombre en esta casa sin temblar, es un hombre que ama la muerte como único descanso. ¿No es esto maravilloso?

Todas las miradas estaban fijas en Lester: Florrie le observaba con admiración mal reprimida, olvidando que ella le había despreciado; Sarah expresaba compasión en sus ojos, compadecía al hombre que había perdido el gran amor de su vida y por ello, la muerte no le aterrorizaba; Rollins envidiaba al ensalzado, y Dixon, sin saber todavía quién era «lord Lindsay», le contemplaba admirativamente, porque él sí había temblado al enfrentarse con Kerr, y aún seguía temblando. Los demás reflejaban curiosidad en sus rostros, incluso *Currie*, muñeco mecánico en manos del «boss».

Lester se creyó obligado a ser humilde.

—No exagere, señor Kerr; mi carácter no es obra mía, sino de las circunstancias que me rodearon. Yo soy un simple producto del

ambiente donde he vivido. La vida me ha enseñado a no creer en nada y en nadie, ni en mí mismo, porque también se traiciona uno a sí mismo. Me gustaría saber por qué ha montado usted esta organización criminal; usted tiene todos mis respetos, en este aspecto, aunque a veces pierda la serenidad. Ya que hemos entrado en este tema, ¿por qué no explica la causa de dedicarse a secuestrar gente? Estoy seguro de que el dinero no es el motivo principal. ¿Me equivoco, señor Kerr?

El siniestro jefe escudriñó la cara de Nelson, entornando los ojos, como siempre. Bailoteaba una sonrisa irónica en sus finos labios, pero había un extraño temblor en la mano que sujetaba la plateada boquilla. Tal vez en el fondo sentíase halagado de que no se le tomase por un simple malhechor; su orgullo de criminal requería ser alabado «debidamente». Tras paladear un sorbo de «sherry», comenzó a hablar en voz bajísima, que sonaba a ecos de historia:

—No, no se equivoca, lord Lindsay. Y en atención a su curiosidad, contaré que mi deseo en este «negocio» no es hacer dinero. El dinero sólo hace falta para tener «confort» en la vida; por lo demás, sobra. Crean que soy un pobre romántico. Me repugna el materialismo feroz de la época actual; las masas me dan la impresión de ser bestias hambrientas de placeres materiales, y al decir masa, quede claro que incluyo en primer lugar a todos los ricos, a los multimillonarios, que no saben ser ricos, ni nada. El siglo actual está matando el espíritu, hasta el día de la rebelión de la materia, que, como una amante demasiado amada, destrozará todo por capricho en un momento de cólera.

Hizo una pausa corta, para aspirar el humo de su cigarrillo. Prosiguió enseñuida:

—La vida me dio la existencia tardíamente, en contra de mi destino. Estoy seguro de que hubo un error. Mi destino era nacer hará unos dos mil años antes. Yo hubiese sido un gran emperador romano, con un poder absoluto sobre vidas y haciendas, y a la vez el más grande protector de las artes —poco a poco iba excitándose—. Por eso, al nacer en esta época, de límites y vallas, tuve que dedicarme a estas «actividades»; así consigo ordenar la muerte o la vida a mi alrededor. Tal vez no me hayan comprendido ustedes.

Nelson sí le había comprendido: Kerr estaba loco; tenía la manía de la grandeza, simpatizaba con los tiranos, porque su orgullo

desmedido alcanzaba la cima de la locura. A fin de hacerle hablar más, descubriendo parte de la personalidad del «boss» de los secuestradores, insinuó:

—Muy interesante, señor Kerr. Por mi parte, —sí le he comprendido. Pero ha dejado usted algo sin explicar. ¿Qué hace con el dinero?

—Ésa es una explicación de menor importancia. No sé quiénes son mis padres; nunca los conocí. Pasé mi niñez en Hong Kong; más tarde estuve en Inglaterra, estudiando Medicina, y luego pasé muchos años en Egipto. Allí hay un fermento antibritánico, un sentimiento de rebeldía, que me fue simpático, porque odio al viejo leopardo inglés. Y me decidí a ayudar la causa de la independencia, que trabaja en secreto y sin medios. Cuánto dinero gano se lo envío; nuestro triunfo no está lejano.

Ahora quedaba explicada para Lester la nacionalidad de los silenciosos criados de piel morena y facciones afiladas: eran egipcios, traídos a Norteamérica subrepticamente, para servir de escolta al más importante suministrador de dinero a la causa egipcia. Seguramente serían hombres incultos, fieles a Kerr como perros, dispuestos a matar y a dejarse matar si él lo ordenaba. En esto consistía el verdadero poder del criminal «boss»: en tener como escolta a hombres fieles, pues si se hubiese apoyado solamente en malhechores norteamericanos, pronto se habría resquebrajado su autoridad, dada la infidelidad y rebeldía de los «gangsters». *Currie* y los otros sólo eran simples ejecutores de órdenes recibidas, y sobre ellos pesaba la terrible amenaza de la muerte si intentaban concertarse con la Policía o con otra banda.

El viejo Nicolani, viendo comunicativo a Kerr, hizo una pregunta que también tenía intrigado a Lester:

—Señor Kerr, perdone mi atrevimiento, pero me gustaría saber por qué en las cartas pidiendo el rescate dibuja usted la esfera de un reloj, con las manecillas indicando las cuatro y cuarto.

—Está usted perdonado por su pregunta, señor Nicolani —repuso el jefe, amablemente—. Es un simbolismo. Esa hora significa los momentos del anochecer y del amanecer, aunque no se ajuste horariamente por completo. Desde pequeño me gusta la hora del anochecer por la belleza del crepúsculo, cuando el campo comienza a dormirse, hastiado de la labor diurna; una puesta de sol, en las

montañas, es lo más maravilloso de la Naturaleza; el espíritu parece salirse del cuerpo y volar él también con el sol, acompañándole en su huida tras el horizonte. Y de mayor, he paladeado en otra faceta la hora del anochecer; es el momento del amor, del amor puro, cuando, junto a la mujer que amamos, nos vemos envueltos lentamente en la penumbra, desdibujándose el contorno de las cosas; parece entonces que los instintos animales se adormecen, dialogando alma con alma. Es la hora gris. Y el amanecer también es atrayente: la vida se despereza, abandona su laxitud para incorporarse al torrente turbulento de la existencia. Anochecer y amanecer: horas grises. Y más tarde, cuando me dediqué a estas «actividades», elegí esas dos horas como símbolo; al anochecer secuestro, igual que la seductora luna rapta al sol, su amante; al amanecer, arrojo los cadáveres, víctimas en holocausto al astro rey, que supo escapar de los brazos de su novia. Créanme: en el fondo soy un romántico. Los hombres tal vez no me comprendan, pero estoy seguro de que las mujeres sí me entienden. ¿Verdad, señorita Kelly?

Kerr había enmudecido, ensimismado en sus pensamientos a la evocación de las actividades que le impulsaban al crimen. Los demás le miraban horrorizados, y disimuladamente fueron dejándolo solo, volviendo a reunirse por grupos en otros rincones de la gran sala, fingiendo charlar de cosas sin importancia. A su lado, quedó solamente Lester en espera de que el siniestro «boss» revelase más detalles de su vida, y que en el futuro servirían para identificarle y relacionarle con la política internacional de los Estados Unidos. Pero las revelaciones esperadas no surgieron, sino que Kerr dijo, volviendo a la realidad del momento:

—Le convendría escribir una carta, lord Lindsay. Usted sabrá a quién puede pedirle medio millón de dólares. Cuanto antes estén en mi poder, antes será usted puesto en libertad.

—No tengo prisa por salir de aquí. Una quincena de descanso me sentaría muy bien —aseguró Lester, seriamente.

El otro le miró, temiéndose que se burlasen de él.

—Pero a mí sí me urge coger ese dinero. Si luego a usted le gusta permanecer aquí unos días, hágalo; ya sabe que cuenta con mí «especial simpatía». Haga esa carta ahora mismo. ¿Con quién hemos de entendernos?

—Con mi apoderado, en el Waldorf Astoria. ¿No hay aquí teléfono? Se podía pedir una conferencia, y...

—No, lord Lindsay, aquí no hay teléfono. Estamos en unas regiones donde la civilización no llega. Hubiera costado mucho dinero tender una línea, y además, siempre sería un peligro. Este lugar es conocido, pero apenas si vienen extraños, en muy raras ocasiones.

—¿Tampoco tiene emisora, para... para ponerse de acuerdo, con su gente de Nueva York? —preguntó Lester, adoptando un aire inocente, como si estuviesen tratando de una organización normal.

—No; lo interesante aquí es estar aislados del mundo. Será mejor que escriba una carta, la que yo le dicte. Ahí tiene papel, y tome pluma.

Al cabo de un rato, el escrito quedaba redactado de la siguiente forma:

«Estimado Henry: Mi vida está en grave peligro. Es de vida o muerte que usted consiga

500 000

dólares antes de diez días, y se los entregue a las personas que se lo pidan para esa fecha. Consiga una transferencia de nuestro Banco de Londres, como si fuésemos a hacer en Nueva York una importante compra. No se le ocurra avisar a la Policía, porque entonces no volvería a verme. Hágalo pronto y como se le dice».

Firmó Lester con el nombre de Thomas Lindsay, y la dirección era la de su supuesto apoderado: Henry Northon. Habitación número 293. Waldorf Astoria Hotel. Nueva York City.

Kerr cogió la carta, usando el pañuelo de bolsillo; no quería dejar huellas delatorias en el papel. Se puso en pie, y lanzando una ojeada en rededor, se fijó en Sarah, a la que dijo en voz alta:

—Señorita Kelly, tengo el gusto de invitarla a tomar una copa de «*champagne*» en mis habitaciones. ¿Acepta?

Ella quedóse alelada, lívida su faz; sabía lo que significaba la invitación. Negó con la cabeza. Kerr repitió la oferta. Rollins también había comprendido el terrible significado, pero su cobardía, su miedo a oponerse a los caprichos del jefe, le

mantuvieron callado, dejando abandonada a su novia en manos de un canalla.

—Permítame, señor Kerr, intervenir en algo que no me incumbe directamente —dijo Nelson, muy sereno, sin alzar la voz, sabiendo lo que se jugaba—. Usted es un caballero, y no puede hacer eso. De otro hombre lo esperaría, menos de usted. Usted se halla muy por encima de esas cosas. ¿Verdad que es así, señor Kerr, que no necesita, de la violencia para...?

El «boss» escuchaba a Nelson, perplejo, halagado en su demoníaco orgullo, olvidando de momento el capricho y convenciéndose una vez más de que «lord Lindsay», un hombre de importancia, le reconocía como superhombre, como genio.

Con una inclinación de cabeza, el temible criminal salió de la sala, seguido de *Currie*. Quedaron solamente los «huéspedes», vigilados por las dos estatuas vivas de los rincones, que, si no oían algunas conversaciones, no perdían de vista a ninguno.

Sirviéndose una copa de licor, y encendiendo otro cigarrillo, Lester, como si huyese del aburrimiento, se acercó al apartado grupo de sus conocidos, que conversaban en voz baja:

—¿No hay más diversiones que charlar después de cenar, señores? ¿Ni siquiera hay naipes? En vez de jugarnos dinero, puesto que no lo tenemos, podríamos jugarnos cualquier otra cosa.

—No, lord Lindsay —repuso Rollins, recalcando demasiado el tratamiento—; no estamos de humor para jugar, como usted comprenderá. Preferimos conversar.

Y a continuación comenzaron a dialogar en tono más bajo, de forma que no se les entendiese a alguna distancia. Fue Sarah la primera en interrogar:

—¿Cómo es que está usted aquí, señor Nelson?

—Lord Lindsay, señorita Kelly —corrigió Lester, irónicamente—. Conviene que se acostumbren a mi título nobiliario. Pues estoy aquí, para salvarles. John me habló de lo ocurrido, y él consiguió que me decidiese a jugarme la vida por ustedes cuatro —terminó, matizando la palabra «cuatro».

Comprendieron lo que quería decir, y Dixon se mordió los labios nerviosamente, señal de que ya estaba enterado de la verdadera personalidad del «lord Lindsay». No se atrevía a sostenerle la mirada, avergonzado de ser el hombre que le quitó la novia.

—¿Cómo cayeron ustedes? —interrogó a su vez Lester.

—Salíamos los cuatro en coche, cuando nos rodearon y obligaron a obedecer. Luego, nos pusieron unas inyecciones. Al despertar nos encontramos aquí —explicó Rollins.

—¿No han intentado escapar?

Los otros dos hombres permanecieron callados. Habló Florrie, impulsivamente:

—Dicen que no hay medio de salir de esta cárcel. No lo han intentado siquiera. Lester, ¡sácanos de aquí! Tú puedes hacerlo. ¡Tú lo puedes todo!

El

«Gun-man

Escarlata» miró conmisericordia a su antigua novia. Ahora sí, ahora sí lo necesitaba y le pedía ayuda. Pero en Nueva York... Tuvo que reprimirse la naciente explosión de ira. Sí, tenía que salvarlos, o al menos intentarlo, aunque tuviese que sacrificarse por unas personas que no se merecían sacrificio alguno; John Kelly le tenía cogida la palabra.

—Confíe en mí, señorita Mannon —dijo Lester, tratándola como si fuese una extraña—. Antes necesito darme cuenta de dónde estamos. ¿Conocen la casa por completo?

—No —aseguró Sarah—. Este piso y el de arriba solamente. Estamos vigilados. Nuestras habitaciones tienen rejas, y el paisaje que se ve lo mismo puede ser del Canadá que de Alaska. Afuera tiene que hacer un frío horrible.

—¿No se le ha ocurrido nada, señor Rollins?

—Nada. No sé cómo salir de aquí, y me temo que este hombre me mate, aunque le entreguen el dinero. ¿Por qué no se lo han dado ya? Si usted ha visto a John, sabrá por qué no ha pagado mi padre mi rescate. Le escribí una carta.

Mientras el novio de Sarah hablaba, precipitadamente, convulso, Nelson observaba en sus ojos el pavor a la muerte, la desesperación de verse impotente para escapar, y lo que era peor, hablaba en primera persona de singular, como si la salvación de los demás no significase nada para él.

—No sé nada sobre el rescate —mintió Nelson, y luego, para evitar que las mujeres sufriesen la tortura de la agonía, de saberse sentenciadas a muerte pagasen el rescate o no, comentó—: No hay

por qué tener ese miedo, Rollins. Este hombre esperará a coger el dinero, y después les pondrá en libertad. Ya le han oído ustedes; él no saca nada con matarles; lo que quiere es dinero.

—¡Ya lo decía yo! —confirmó Florrie, ilusionada fácilmente, y dirigiéndose a Dixon—: No sé cómo tu familia no nos ha pagado ya el rescate, Daniel.

Sarah sonrió amargamente: ella sabía la mentira de Nelson, porque cuando él estuvo en su casa, convaleciente, le había oído comentar con el inspector Goudge que la banda de secuestradores mataba a sus víctimas en cuanto recibían el rescate, para eliminar a posibles delatores. Pero no quiso objetarle; supondría volver a la angustia de los primeros días. Si Nelson falseaba la realidad, algún fin le guiaría.

Con el pretexto de servirse otra copa, Lester se alejó del grupo, incorporándose al formado por la actriz, Nicolani y Markey. Momentos después, les preguntaba abiertamente cuánto supiesen sobre la casa. Fue Nicolani, el viejo, quien respondió, no sin antes lanzar temerosas miradas a los silenciosos vigilantes:

—Llevo aquí tres meses y...

—¿Tres meses? —preguntó Lester, extrañado.

—Sí, lord Lindsay, tres meses. Por aquí he visto pasar a bastantes personalidades, que no han durado más de una semana; llegaban, hablaban del rescate, y a los pocos días desaparecían misteriosamente. Y la causa de que yo esté aquí y lo que estaré, se debe al dinero. No soy dueño único de la cadena de «restaurantes Nicolani». Tengo un socio, que reside en Roma, y yo no puedo vender nada sin consentimiento suyo. Solamente, cada mes recibo mis ganancias, y esto es lo que el señor Kerr espera de mí. Varias veces me ha dicho que cometió un grave error conmigo. Mi mujer ha prometido que a final de mes entregará lo recaudado, y así estaremos hasta que Dios quiera remediarlo.

—¿No ha intentado fugarse?

—No; es imposible salir de aquí. Kerr tiene todo previsto. Hace quince días justamente, trajeron secuestrado a un célebre boxeador, ya retirado, pero con mucho dinero. Entró fanfarroneando, y en la misma noche intentó fugarse. Logró llegar hasta el piso bajo, a costa de matar tres hombres, pero se encontró con la puerta última. No pudo abrirla ni encontrar al que tenía la llave. Se le echaron los

demás encima, y lo encerraron... Kerr estaba ausente. Cuando él vino, nos obligó a presenciar una escena horrible —aseguró el anciano con espanto en sus ojos.

—¿Le castigaron? —preguntó Eleonor Carroll, la actriz, en una de esas preguntas innecesarias que suelen hacer las mujeres.

—Nos llevaron atados a dos pisos más abajo que éste, a un gran salón de paredes desnudas, donde hacía un frío horrible. Aquello parecía un mausoleo. Él que había intentado fugarse, el boxeador, colgaba por las muñecas de unas cuerdas pendientes del techo. Estaba desnudo. ¡Hicieron con él atrocidades! ¡No quiero recordarlas! Kerr dirigía el suplicio, y sus hombres le obedecían como si estuviesen locos; parecían hipnotizados, no eran hombres, eran fieras. ¡Lo trituraron! Ese Kerr que ustedes ven aquí no tiene comparación con él de aquella noche: parecía un demonio. Yo creo que está loco.

—¿En qué región cree usted que nos hallamos?

—No lo sé de fijo, pero posiblemente en el Canadá.

En tanto que Nicolani se explayaba sobre sus deducciones respecto al emplazamiento de la guardia de Kerr, Lester observaba a Markey, el hijo del «rey del acero». Le notaba una excitación singular, consumiendo cigarrillo tras cigarrillo, sin dejar de cambiar de postura, como si un ejército de hormigas le corriesen por la piel. Sin conocerle a fondo, no se podía achacar a nada definitivo su nerviosismo.

Eran las doce de la noche, cuando *Currie* apareció en la lujosa sala, rogando a los «huéspedes» que se recluyesen en sus respectivas habitaciones. Aprovechó la ocasión para dirigir veladamente palabras galantes a la actriz, detalle que fue aprehendido prontamente por Lester.

ENCONTRARA USTED **UN CUPON** EN
LA **SEGUNDA EDICION** DE «¡CULPABLE!»
para el original
CONCURSO DE CULTURA POLICIACA
¡VALIOSOS PREMIOS!

VI

TRAICIÓN



CERCABASE la hora de descender a tomar el «lunch», y Lester apenas si había terminado de arreglarse. Como no tenía otra ropa, seguía usando el frac con el que fue secuestrado. Se miraba en el espejo del cuarto de baño, mientras se colocaba el cuello de pajarita, mecánicamente, pues su pensamiento se hallaba efectuando los datos obtenidos y de la realidad de las circunstancias. Llevaba tres días prisionero en la hermética casa. Por voluntarias revelaciones del viejo Nicolani, y por indiscreciones de *Currie* —más desenvuelto y parlanchín a

causa de la súbita ausencia del «boss»—, habíase enterado de algunos detalles de importancia. El piso más bajo estaba destinado a manicomio, donde se encontraban recluidos legalmente varios dementes; pretexto de Kerr para justificar el aislamiento de la casona en aquellas inhóspitas regiones. Los sirvientes egipcios — casi todos conocedores del idioma inglés— sumaban unos treinta y cinco, armados, dispuestos a asesinar alevosamente a cuántos desobedeciesen las órdenes de su jefe, al que adoraban como a un dios. Todos los secuestrados dormían en el mismo piso, en habitaciones diferentes, cuyas puertas daban a un corredor, vigilado día y noche por un egipcio. A través del ventanillo de su puerta le había observado Lester, comprobando que no se dormía en la guardia; para que acudiese a asistir a un secuestrado, bastaba con pulsar un botón, en conexión con una bombillita roja que había sobre cada puerta.

Currie, el hombre de la mano sin pulgar, era el único hombre no egipcio al servicio del criminal jefe; quedando de manifiesto que Wells y los otros «gangsters» actuaban solamente en Nueva York, siendo verosímil que desconociesen a Kerr; de esta forma se evitaban delaciones peligrosas.

Mientras se colocaba la corbata de lazo, recordaba el nerviosismo y el mal humor constante de Rollins, atemorizado; y el respeto que le tenía Dixon, una sumisión irritante, como pidiéndole perdón por haberle arrebatado la novia. Florrie, mujer desconcertante, parecía ignorar la existencia de Daniel Dixon, su novio, y en cuanto veía a Lester se colocaba a su lado, dirigiéndole miradas ardientes, admirando en él al hombre fuerte, astuto e intrépido, el único que podía sacarla de allí con vida. Y Sarah Kelly, que no había dejado de preguntarle por su hermano y de manifestarle su agradecimiento al exponerse a fin de salvarlos, y especialmente a ella, de las garras de Kerr. Colocábase Lester el frac, y su cerebro continuaba en ebullición. Durante los dos anteriores días había estado meditando el plan de evasión, y no llegaba a madurarlo; era una empresa difícil y arriesgada, en la que el fracaso supondría la muerte. Las puertas de los dormitorios de los secuestrados se cerraban por fuera, con un cerrojo, sin cerradura. El vigilante del pasillo, si quería pasar a otro piso, tenía que llamar a la puerta metálica, siempre cerrada y con un ventanillo circular a la

altura de un hombre, para que el vigilante de la escalera principal le reconociese. Y así había otros tres guardianes más, noche y día, turnándose, en los restantes pisos. Las habitaciones particulares del jefe quedaban en lo alto, totalmente aisladas hasta para sus mismos secuaces.

Horas enteras había permanecido Nelson contemplando el nevado paisaje del exterior, por las ventanas, protegidas con gruesos barrotes cruzados y dobles cristales que dejaban entre sí una cámara de aire, tal vez para obstaculizar la entrada del frío.

98 La

luz de que disfrutaban se debía a una pequeña central térmica, situada en una casita anexa al edificio principal, que a más de la energía eléctrica proporcionaba el vapor para la calefacción, según revelaciones indiscretas de *Currie*, cada día más encaprichado con la belleza de vampiresa de la actriz Eleonor Carroll.

Unos golpes en la puerta de la alcoba sacaron a Nelson de sus meditaciones y oyóse la voz de un egipcio, advirtiéndole que el «*lunch*» estaba preparado. Terminó de arreglarse, y momentos después descendía al piso inmediato inferior, donde ya se encontraban tomando los aperitivos los restantes secuestrados.

Eleonor Carroll, Nicolani y Markey, ignorantes aún de que «lord Lindsay» era el célebre agente del

F. B. I.,

le acogían cortésmente, pero sus conocidos le recibían siempre con ansia, como si él pudiera, por arte de magia, decirles de un momento a otro: «Amigos, cuando queráis podemos marcharnos; ya lo tengo todo arreglado»; y esta responsabilidad pesaba agobiante sobre el

«Gun-man

Escarlata», que no veía ningún camino de fuga, y sin más arma que el puñal cogido a la pierna izquierda por las tiras de esparadrapo, que renovaba todos los días con el rollo pedido a *Currie* bajo el pretexto de querer protegerse unas rozaduras en los pies.

Disimulando su propia impotencia, saludó cordial y animadamente a todos, llevando consigo una aureola de optimismo contagioso. Aviváronse las conversaciones de los grupos, pero al entrar al comedor, se apagaron de nuevo al ver aparecer a Kerr, tan misterioso como siempre, acompañado de sus dos perros lobos y

seguido del hercúleo egipcio. Todos le creían ausente y no le esperaban. Aquello fue una ducha helada. El «*lunch*» parecía una comida de condenados a muerte. Solamente Lester preguntó, mientras tomaba una copa de vino:

—¿Qué tal, señor Kerr? Pronto ha dado usted la vuelta.

—Es un viaje largo, pero en avión se hace corto. He estado en Nueva York.

—¿Qué hay de lo mío? —preguntó Nelson, sin mucho interés.

—Bien, hasta ahora. Su carta le fue entregada a su apoderado; esperemos a ver qué pasa. Por cierto, que su desaparición ha causado un revuelo enorme en la Prensa; todos los diarios hablan de usted, como si se tratase de un rey. Tiene usted una fama envidiable, y yo, execrable. Todo el mundo pide mi cabeza; menos mal que la tengo bien asegurada sobre los hombros.

—¡Bah, no haga caso de la Prensa, señor Kerr! Unos días de bullicio para hacer más grandes las tiradas, y luego, el olvido. Estoy seguro que mi apoderado cumplirá mis órdenes. La carta era concreta.

—En eso confío, lord Lindsay. Su asunto es muy diferente al de los demás —y dirigiéndose a Sarah, su novio, y a Florrie y a Dixon —: De ustedes no se ha recibido el dinero, pese a nuestro ultimátum; he dado de plazo cuarenta y ocho horas; si en ese tiempo no he recibido noticias de que han pagado el rescate, me veré obligado a dar un castigo ejemplar, y ese castigo ya pueden imaginarse en qué consiste. ¡No estoy dispuesto a que se rían de mí! ¡Si yo pido dinero, se me tiene que entregar; de lo contrario, las consecuencias serían funestas para ustedes! ¡Ya lo saben: cuarenta y ocho horas les quedan de vida! Y usted, señor Markey, mañana será puesto en libertad; le llevarán en avión a Chicago. Su padre ha pagado la cantidad estipulada.

Markey. Al oír la noticia, no pudo reprimir su alegría, quedándose sin habla por la emoción. Nelson le miró conmisericordiosamente: Markey ignoraba que aunque se pagase el rescate, sólo había una forma de escapar de Kerr: muerto.

La atención de todos se centró en Florrie; que comenzó a reír histéricamente, quebrantados sus nervios por la amenaza del jefe. Era una muchacha sin entereza, y no podía resistir la angustia de la agonía. Su risa trocóse en un ahogo asfixiante, hasta que se cayó de

la silla, desmayada, rodando por la alfombra. Su novio iba a recogerla, cuando sonó acremente la voz de Kerr:

—¡No se muevan! ¡No será nada grave! ¡Ya sabemos que las mujeres son unas comediantes! Hay que terminar la comida...

Daniel Dixon, atemorizado, tembloroso, volvió a su sitio. Pero fue Nelson quién se opuso a la tiranía del «boss»:

—Señor Kerr: permítame que recoja a esta mujer, si no por compasión, por estética; no es agradable comer junto a una persona desvanecida. Estoy seguro de que usted comprende mis palabras.

Cuando todos esperaban una reacción violenta del jefe, escucharon algo increíble:

—Lord Lindsay: es usted un hombre admirable. Tiene mucha razón: amo la estética ante todo. Ordenaré a uno de mis hombres que la lleve a su habitación.

—Permítame, señor Kerr, ser yo quien la lleve. Convendría que la señorita Kelly me acompañase: las mujeres saben actuar en estos casos... Ustedes pueden seguir comiendo.

Y sin esperar el asentimiento, se acercó a Florrie y arrodillándose, la levantó en brazos sin esfuerzo alguno. Su negro cabello colgaba en suaves ondas, como un mar de ébano. Seguido de Sarah, y de un egipcio, salieron del comedor, llegando poco después a la alcoba de Florrie.

Al depositar Lester a su antigua novia en el lecho, sintió una emoción rara: era un hombre de hierro, implacable, pero su corazón le traicionaba, no podía sustraerse al recuerdo de un amor perdido, de un cariño roto que le hizo sangrar.

El egipcio había quedado fuera, en el corredor, y Lester se volvió de espaldas, tras haber cerrado la puerta disimuladamente, mientras Sarah desnudaba y acostaba a Florrie, reanimándola con unas fricciones de colonia. El despertar de la joven fue desgarrador. Cogida a las manos de Nelson, le imploró con lágrimas en los ojos:

—¡Lester, Lester, no me dejes; sácame de aquí; sálvame! ¡No quiero morir, Lester! ¡Por nuestro antiguo amor, sálvame! ¡Tú lo puedes todo, Lester! ¡Te querré mucho; te quiero mucho! ¡Nos van a matar!

—Sí, Florrie, sí; yo te salvaré. ¡No tengas miedo! ¡Recuerda que yo siempre venzo! ¡No llores y duérmete! ¡Muy pronto estaremos todos a salvo! ¡Vamos, no llores, y descansa! ¡Duérmete!

Y así, con palabras cariñosas, prometiendo una salvación que ni siquiera vislumbraba, fue adormeciendo a Florrie, devolviéndole la tranquilidad y la confianza, hasta que la joven quedó dormida, pasada la crisis nerviosa.

Quedaron Sarah y él frente a frente. Ella estaba pálida, cerúlea su piel delicada, con una expresión de horror en los verdes ojos. En voz baja, grave, dijo:

—Señor Nelson, usted es nuestra única esperanza. Sé positivamente que aunque paguen el rescate, moriremos —bajó la vista al suelo, prosiguiendo—: No quiero morir tan joven, pero no es eso lo que más me asusta. Kerr me desea; sería mil veces peor que la muerte, me volvería loca. Por Dios, señor Nelson, ¡mátelo usted, mátelo! —De sus ojos brotaban lágrimas silenciosas, que le corrían por las mejillas hasta detenerse en las comisuras de sus descoloridos labios.

Pese a la trágica súplica, los labios de Lester sonrieron amargamente. «Esta mujer que ahora le pedía matar a un hombre, ¿era la misma que le despreciaba por llamarse el “Gun-man Escarlata”? No quiso hablarle de ello; hubiera sido inoportuno».

—No conseguiríamos nada con matarlo, señorita Kelly; sus hombres nos destrozarían. Estoy buscando una solución, y aún no la he encontrado; pero la encontraré. Confíe en mí.

Y con esta escueta respuesta salió de la habitación, regresando al comedor, donde Rollins permanecía inmóvil, sin probar bocado, temblándole las manos. Kerr, presidiendo, parecía un dios inexorable, cruel y sanguinario.

Cada uno pasó la tarde en su propia habitación, y la cena fue penosa, notándose una atmósfera tensa, que presagiaba tormenta. Pero no ocurrió nada. La presencia del «boss», recreándose en el miedo ostensible de sus víctimas, impedía todo conato de rebeldía.

La velada continuó fría, sin conversaciones, ensimismados los «huéspedes» en sus tétricos pensamientos. Lester observaba y no perdía detalle. Florrie y Sarah, juntas, sin hablarse, fingiendo escuchar las noticias de la radio. Markey, contento de su próxima libertad, charlaba en voz baja con Nicolani. Dixon Quería entretenerse con los naipes, haciendo solitarios, pero no sacaba ninguno. Y Rollins era el que más preocupaba a Lester, porque le veía nervioso, lívido, mordiéndose los labios y mirando de reojo a

Kerr, que leía un voluminoso tomo, arrellanado cómodamente en un sillón, fumando en su larga boquilla de plata, como si ignorase el drama de los que le rodeaban. La Carroll apenas si contestaba a las bromas de *Currie*, inoportuno y maleducado como de costumbre.

Durante la cena, Nelson había notado que el número de sirvientes se había duplicado, y que vigilaban los movimientos de los «huéspedes», contando los cuchillos, por si les faltaba alguno; Kerr redoblaba su vigilancia, temiendo una loca agresión.

Eran más de las doce de la noche cuando se retiraban a sus habitaciones, tras una velada penosísima. Al penetrar Lester en su alcoba, oyendo el ruido del cerrojo a sus espaldas, sentóse meditativamente en el borde de la cama. Era de todo punto imposible alargar más la difícil situación: varias vidas humanas estaban a la merced caprichosa de un criminal, y nadie, a excepción del

«Gun-man

Escarlata» se encontraba capacitado para enfrentársele.

La vida de aquellas personas, el honor de Sarah Kelly y la vida de él mismo, pendían de su inteligencia y audacia. Recordó cuantas enseñanzas había recibido en la Academia de Quántico, por los profesores más experimentados del mundo, cada uno en su especialidad, y por último, grabáronse en su mente las tres palabras: «Fidelidad, Bravura, Integridad». Ahora necesitaba apoyarse en la palabra central del lema, en la bravura, en el coraje que necesitaba para imponerse y dominar o burlar a tantos enemigos como le rodeaban.

Apagando la luz, se echó sobre la colcha, sin desnudarse, y mientras fumaba, su cerebro trabajaba activamente, buscando la codiciada fórmula de la libertad.

Una hora más tarde había fraguado el plan de fuga, un plan loco, temerario, pero inmejorable a pesar de sus peligrosas condiciones. Le hubiera valido de mucho la ayuda de algunos de los «huéspedes», pero no podía pedírsela por si acaso fracasase en la empresa, y el castigo recayese en varios.

Levantándose el pantalón, arrancó las tiras de esparadrapo que le sujetaban el puñal a la pierna, y con el acero en la mano pareció sentir una confianza increíble. Con este arma no produciría alboroto al actuar; en aquellos momentos le valdría más que una pistola.

Paso a paso, se acercó a la puerta, asomándose por el circular ventanillo. A través del grueso cristal vió al vigilante egipcio, de turno aquella noche, paseándose a lo largo del pasillo, fumando calmosamente. Iba a pulsar el botón que encendía la luz roja del exterior, cuando, con gran sorpresa por su parte, divisó el parpadeo rojizo de la bombilla correspondiente a la habitación de William Rollins.

El vigilante también lo había visto, y se acercó a la puerta, descorriendo el cerrojo, no sin antes llevarse la mano al bolsillo derecho de la chaqueta, probablemente empuñando un arma de fuego. Salió Rollins, muy pálido, con profundas ojeras. Lester le veía mover los labios, hablando algo que no podía percibir. El egipcio hizo un movimiento de hombros, como expresando mal humor, y luego, ambos se perdieron por el corredor, a la izquierda, saliéndose del campo visual de Nelson.

Éste lamentaba la maldita ocurrencia del novio de Sarah, que le echaba por tierra sus planes, haciéndole perder tiempo; y seguramente, para cualquier asunto sin importancia. Además de no querer dejar a Rollins en poder de Kerr, es que mientras el vigilante no regresase, no podía hacerle abrir la puerta.

Resignado, y sin apartarse del ventanillo, se dispuso a esperar pacientemente el regrese de William.

William Rollins y el vigilante egipcio se encontraban poco después ante la gran puerta de acero que protegía las habitaciones particulares del «boss». El joven millonario estaba nervioso, estrujándose materialmente las manos, mirando al suelo y paseándose en un corto trecho. La espera le ponía frenético; no estaba habituado a que le hiciesen aguardar.

Al fin se abrió la puerta, corriéndose en dos; cada una se corría a un lado, y penetraron en una grande y lujosa sala. Los dos perros gruñeron al inoportuno visitante. Kerr estaba sentado en una butaca, en batín, con grandes solapas de raso, fumando y leyendo a la luz de una lámpara de mesa con tulipa, quedando el resto de la estancia en una penumbra acogedora. En uno de los rincones, inmóvil como una estatua, el hercúleo guardián.

Con expresión de disgusto observaba el jefe a Rollins, que se había quedado ante él, en pie, asustado.

—¡Bien!... ¿Qué quiere usted a estas horas?

—Señor Kerr, ¡usted no puede matarme! —aseguró William, hablando atropelladamente.

—¿Que no puedo matarle? ¿Quién me lo va a impedir? Y ¿por qué no? —preguntó el «boss» sarcásticamente, divertido de aquella afirmación de su «huésped».

—Guardo un secreto que bien vale mi vida.

—¡Ah! ¿Usted tiene un secreto tan importante, que quiere canjearlo por su vida? ¡Vaya, vaya, señor Rollins, no sabía que fuese usted un vulgar comerciante! Pero ha venido a tratar con una persona que no negocia. Ese secreto puedo arrancárselo en cuanto quiera. ¿Usted ha leído algo sobre los tormentos en la Edad Media?

Un escalofrío recorrió el cuerpo del joven, hombre fuerte de cuerpo, pero débil de espíritu, por haberse criado en un ambiente de molicie. Casi chillando, dijo:

—¡No lograría usted arrancármelo a la fuerza, señor Kerr! Le revelaré mi secreto si me promete la libertad.

—Por favor no se ponga usted así; le sienta muy mal el papel de héroe. He observado que le faltan a usted bastantes cualidades. En fin, es muy tarde, y tengo sueño. Diga de una vez lo que sabe.

—Júreme antes que me pondrá en libertad.

—Las personas educadas no juran, prometen solamente. Le prometo que le sacaré de esta casa.

—Y ¿me dejará en libertad?

—Si usted desease ir a cualquier sitio, yo no se lo impediría —aseguró el «boss», parsimoniosamente, sin interesarle, al parecer, la anunciada revelación tan importante. Pensaba que un cadáver libre poco podría desear.

—Confío en su palabra. Mi secreto es que. —Rollins inclinó la cabeza, mirando la alfombra, avergonzado de su propia felonía—. Lord Lindsay no es lord Lindsay, es un agente del F. B. I.

Su verdadero nombre es Lester Nelson. Le llaman el «Gun-man-Escarlata»; por este apodo le conocerá usted.

Kerr se echó a reír, exclamando:

—¡Qué fantástico es usted! Tiene usted la fantasía de un buen novelista. Usted, que nunca ha trabajado, por ahí podía ganarse la vida decentemente. ¡Me ha hecho usted gracia!

—Le he dicho la verdad, señor Kerr.

El «boss» se puso serio repentinamente, pasando a encolerizarse.

—¿Cree usted que se me puede engañar con tal bobada? O ¿es que piensa que soy tonto y no conozco a las personas? Desde el primer día que usted entró en esta casa, me di cuenta de que era un inútil, un parásito que no merecía más que la muerte. Y lord Lindsay es un hombre de una vez, que tiene todos mis respetos, aunque tenga que eliminarlo. Es educado hasta el refinamiento, inteligente, da gusto hablar con él. Ningún agente del F. B. I.

podría fingir de esa forma; y además, la Prensa y la gente le conoce. ¡Esta argucia de usted le va a costar cara! —Y dirigiéndose al criado egipcio le hizo una señal de que agarrase a Rollins.

Éste se debatía entre los musculosos brazos del vigilante, implorando:

—¡No me haga nada, señor Kerr! ¡Le juro por lo más sagrado que le digo la verdad! Déjeme explicarme. Le contaré a usted toda la historia completa, y entonces comprobará que no puedo inventar una mentira así. Además, le daré detalles que usted conoce. Yo sé lo que ocurrió en el «*dancing*»

Gerard's

y en casa de los Kelly, y en...

Kerr había ido serenándose, terminando por quedarse muy serio, con un brillo amenazador en sus pupilas; las afirmaciones de William le habían intrigado.

—¡Suéltalo! ¡Ahora hable, Rollins, y cuidado con mentir!

Balbuciente, tartamudeando, sudando copiosamente, humedeciéndose los labios a cada pausa, fue narrando cuanta sabía de Lester Nelson, dando detalles y más detalles verídicos, traicionando al hombre que había buscado voluntariamente la muerte por salvarles.

Cuando terminó, quedóse confuso y callado, esperando el premio de su traición, como un moderno Judas; Kerr preguntó siniestramente:

—Entonces, ¿fue él quien me mató a cinco hombres en dos ocasiones?

Rollins asintió con la cabeza.

Hubo un largo silencio en la estancia. El «boss» paseaba, volviendo sobre sus pasos, meditando. La boquilla de plata no se

apartaba de sus labios. La crispación de sus facciones a la luz de la lamparilla de mesa, se aumentaba, dándole un aspecto diabólico, amedrentador.

Detúvose ante Rollins, que aguardaba la recompensa.

—Tengo que cerciorarme antes. Mañana aclararé este asunto. Ahora, márchese.

—¿Cuándo me va a dejar usted en libertad?

Kerr se le quedó mirando, irónicamente.

—¿En libertad? ¿Para usted solo? —Rollins repuso afirmativamente con unos movimientos de cabeza—. Y... ¿su novia?

—Si ella me acompaña, mucho mejor. Le quedaría muy agradecido, señor Kerr.

Nunca más justa la imagen del gato jugando con el ratón.

—El caso es que, por su confesión, sólo puedo conceder la vida a una persona; no vale más. ¿Qué decide? ¿Ella o usted?

Rollins no contestó; su silencio significaba una respuesta clara.

—¿Qué clase de hombre es usted, Rollins? ¿Tanto aprecia su vida? Y ¿para qué? ¿Qué hace usted de útil en el mundo? —Y como el joven no le respondiese, el jefe le ordenó—: ¡Márchese! ¡Quítese de mi vista!

—¿Cuándo, cuándo quedaré en libertad, señor Kerr?

—¿Cuándo? ¿Cuándo? —repitió el «boss», descompuesto por la ira—. ¡Nunca! ¿Me oye bien? ¡Nunca! Los traidores al amor y a los amigos no merecen compasión. Será usted el primero en morir, y con la peor de las muertes. ¡Lléváoslo, y que no salga más de su habitación!

A rastras tuvieron que sacar a Rollins del apartamento particular del jefe de los secuestradores. Lloraba, gritaba, gemía; pero sólo encontró unos ojos fríos y crueles, que le sentenciaban a la más horrible de las muertes.

Desde el ventanillo, Lester vio regresar a Rollins, que se tambaleaba al andar, pareciendo ebrio, o aniquilado por una gran desgracia. Hubiera dado cualquier cosa por saber lo ocurrido, pero ni remotamente podía sospecharlo.

Unos minutos más tarde todo volvió a quedar en calma. El vigilante reanudaba sus paseos a lo largo del pasillo, tal vez para no dormirse.

Reinaba un pesado silencio en la casona; Lester sentía el latir de

la sangre en sus sienes como golpes de martillo. ¡La hora de la acción había llegado! ¡La hora gris para él, porque gris es el velo de la muerte, la compañera que le aguardaba inflexiblemente si cometía el más pequeño fallo en su descabellado plan! Pasaron por su memoria las antiguas hazañas, las loables heroicidades en pro de la ley, y experimentó un legítimo orgullo de llamarse el

«Gun-man

Escarlata». ¡El

«Gun-man

Escarlata» no podía fracasar! ¡Qué importaba si sentía lacerado su corazón por un amor desgajado! ¡El

«Gun-man

Escarlata» carecía de sentimientos, los asfixiaba en lo más profundo de su ser, para convertirse en un agente del

F. B. I.,

la organización anticriminal honra de su país! ¡Ante la patria, las tragedias particulares quedaban disminuidas!

Sin vacilar, con el pulso firme, apretó el botón de llamada. En la derecha empuñaba el pequeño puñal. Y así, encogido junto a la puerta, con los músculos de las piernas tensos y prestos a dar una acometida de felino, aguardó el instante del ataque.

Sonaron los chirridos del cerrojo al descorrerse. Nelson adivinaba que el egipcio recelaba de la oscuridad de la habitación, y que tenía empuñada la pistola, preventivamente.

—¿Qué desea?

La respuesta surgió de las tinieblas en forma de brazo, largo, poderoso y rápido como una serpiente boa, arrollándose al cuello del vigilante y tirando de él hacia dentro rudamente, a la vez que se colocaba a su espalda, poniéndole con la otra mano la punta del puñal en la garganta.

—¡Suelta la pistola, o te mato! —amenazó en voz baja, ronca, escalofriante—. ¡Levanta el brazo derecho!

Y cuando el sorprendido hombre iba a reaccionar valientemente, desobedeciendo la orden, Lester soltó el puñal, dejándolo caer al suelo, y agarrándole por la muñeca derecha, se la torció con un movimiento de «jiujitsu», atrás y a izquierda, a la vez que le pasaba una pierna por delante, y con un brusco empujón le tuvo arrodillado a sus pies, retorcido, lanzando un gemido de dolor, un

lamento hondo, de bestia herida; tenía el hombro descompuesto. El arma sonó amortiguadamente contra la alfombra, al desprendérsele de los dedos; la sorpresa y el sufrimiento le habían impedido apretar el gatillo.

—¡Cállese! ¡Cállese! —susurró siniestramente el «Gun-man Escarlata».

Y con facilidad de prestidigitador, calculando en la oscuridad, le descargó un golpe a la nuca con la mano derecha abierta, rígida como una tabla. El vigilante se desplomó, sin conocimiento. Lester había empleado el famoso golpe de «jiujitsu» llamado «yotoy» por los japoneses, inventores y maestros en esta clase de lucha.

Con movimientos seguros y rápidos, cerró la puerta por dentro, atrancando una silla, y cubrió la ventanilla con una toalla. Encendió la luz. Tendido sobre la alfombra, en una postura desmadejada, de cuerpo descompuesto, yacía el egipcio, respirando débilmente. A su lado, un revólver de mediano calibre, que pasó a un bolsillo del Agente Especial, tras comprobar que funcionaba perfectamente.

En Vilo levantó al pelele humano, depositándolo en la cama. Le fueron registrados los bolsillos: cigarrillos, fósforos, un pañuelo y unos papeles escritos en caracteres arábigos, indescifrables para el «Gun-man

Escarlata»; ni una sola llave. Con la destreza que da la práctica, le ligó los tobillos y el brazo a los barrotes niquelados de la cama.

Era cuestión de vida o muerte no desperdiciar los preciosos instantes. Dudó en pedir, ayuda a los compañeros secuestrarios, pero otra vez la responsabilidad le hizo ser cauto: no podía, no debía jugarse a una carta la existencia de tantas personas. Su obligación era exponerse él sólo para alcanzar el triunfo; sí fracasaba...

Recogió el puñal, y después humedeció la cabeza del desvanecido, golpeándole a la vez la cara, para hacerle volver en sí.

Un suspiro y unos ayes de dolor, y el vigilante fue recobrando el sentido. Al darse cuenta de la realidad, no hubo miedo en sus ojos; hasta parecía desafiar a su atacante con la mirada, seguro de que nadie podría escapar con vida de la casona. Así se confirmaba por sus palabras:

—¡Las pagaré todas juntas, lord Lindsay! ¡Cuando el jefe se

entero!...

—¡No se enterará, o por lo menos tú no lo verás! —aseguró sombríamente Lester—. ¿Cómo se sale de este piso? ¿Quién abre la puerta?

Los labios del prisionero permanecieron cerrados, con una mueca burlona.

—Lo sentiré por ti si no hablas. ¡Contesta!

Igual mutismo en el vigilante.

Lester no quiso amenazar más, sino que cogiéndole por la muñeca le movió unas pulgadas el brazo descompuesto. El rostro del egipcio enrojeció como la púrpura, hinchándosele las venas de la frente. Sus dientes rechinaron bajo el horrible sufrimiento, pero resistía denodadamente, y no contestaba. Pulgada tras pulgada, el brazo iba desplazándose. El prisionero se retorció, intentando romper las ligaduras, pero era infructuosa su resistencia. Al fin, con un aullido de dolor, sofocado por la mano izquierda del inspector, dijo:

—¡No! ¡No! ¡Déjeme! ¡Hablaré! ¡Suélteme!

Sin soltarle, Nelson le hizo las mismas preguntas de antes. Débilmente contestó el atormentado:

—Hay un vigilante en la escalera. Acudirá al llamar. El abre, quitando el cerrojo.

El

«Gun-man

Escarlata» recordaba perfectamente que la puerta que daba a la escalera tenía también un ventanillo circular a la altura de una persona. Ideó rápidamente la treta a emplear para franquear este obstáculo. Repentinamente preguntó:

—¿Cómo se dice «Abre» en tu idioma?

El prisionero, sin tiempo a razonar, repuso enseguida, con una palabra corta, de pronunciación gutural. Fue suficiente para Lester, que había cogido el sonido. Y a continuación le preguntó:

—¿Cuántos hombres estáis en la casa? Y ¿cómo están repartidos?

—Treinta y cinco. Veinte están durmiendo, en el piso bajo; cuatro más vigilando las escaleras; uno, con el jefe, en sus habitaciones, y el resto, guardando a los locos.

—¿Quién tiene la llave de la puerta de salida?

—El segundo jefe.

—¿Dónde está ahora?

—Duerme abajo, junto a los otros.

—¿En la misma habitación?

—No; en otra de al lado.

—¿Cómo se sale de este valle? ¿Qué medio utiliza el jefe?

—El jefe utiliza un avión; nosotros salimos por el desfiladero.

Éste era un dato que Lester desconocía por completo. Lo del avión se lo suponía, pero que hubiese un desfiladero no lo sospechaba siquiera.

—¿Cuántas plazas tiene el avión?

—Tres.

—¿Dónde lo guarda?

—No lo tiene nunca aquí. El avión regresa a...

—¿Adónde? ¿Dónde estamos?

—Esto es Alaska. El avión vuelve a Nueva York.

Al oír Alaska, Lester comprendió que su lucha sería en vano; se encontraban en un territorio deshabitado en muchas millas a la redonda. Tentado estuvo de resignarse al Destino, y no poner en peligro su vida y la de los demás, aumentando los sufrimientos con una aventura peligrosísima, destinada de antemano al fracaso. Pero el instinto de conservación y el espíritu de lucha que latía en él, le hicieron sentirse con renovadas energías.

—Vamos a salir de aquí. Irás llamando a cada puerta, pidiendo que te abran. Si intentas engañarme o advertir a tus compañeros hablándoles en tu lengua, no tardarás en morir.

El prisionero fue desatado y obligado a ponerse en pie; el brazo le pendía del hombro, como rama desgajada por el huracán. El intenso dolor le tenía acobardado, y estaba dispuesto a obedecer cuanto se le ordenase. El sufrimiento y la amenaza que se leía en los ojos de «lord Lindsay» le harían cumplir las órdenes, aunque luego el «boss» fuese inclemente en su castigo.

—¡Venga, afuera! ¡Vamos abajo! No digas en árabe más que la palabra «Abre»; si oigo algo más, dejarás de hablar para siempre —aseguró Nelson, girando el puñal, cuya hoja acerada desprendía reflejos hirientes.

Salieron de la habitación, y anduvieron por el corredor. Lester detrás, empuñando el revólver con la izquierda, y el puñal con la

derecha. Al llegar a la puerta que daba a la escalera, el egipcio quedó paralizado, dubitativo, pugnando por buscar una forma de advertir a su compañero.

—¡Llama! —Le mandó el inspector, leyendo en su pensamiento, a la vez que él se agachaba.

Dos golpes seguidos, una pausa y otro golpe. Transcurrieron unos momentos de febril tensión. Luego, se abrió la mirilla, apareciendo parte de una cara. Escuchóse una frase en lenguaje desconocido. El vigilante repuso con la palabra que significaba «Abre» en árabe; no se atrevía a decir más, porque junto a sus piernas un hombre le tenía encañonado.

Oyóse el descorrer de un cerrojo; la puerta empezaba a abrirse, y todavía Lester dudaba en la forma de operar. No podía dejar atrás enemigos vivos, que darían la voz de alarma. Pero ¡matarlos a sangre fría!... Tampoco tenía tiempo para entretenerse en ligarlos y amordazarlos, si es que encontraba con qué hacerlo. ¡Las circunstancias le obligaban a matar, a matar, enrojeciendo aún más su apodo de

«Gun-man

Escarlata»! Recordó los viles asesinatos cometidos por aquellos desalmados. ¡Mataría!...

Apareció en el umbral el otro vigilante, medio adormilado. Se despejó su cerebro enseguida al verse encañonado por uno de los «huéspedes», surgido mágicamente del suelo. Antes de que pudiese resistirse. Lester, intimidándole, le hizo entrar en el pasillo. Cerró la puerta con el pie, y ordenó a los dos enemigos:

—¡Poneos de espaldas!

Y cuando hubieron obedecido, se aproximó al vigilante de la escalera, por detrás, y en un abrazo de relámpago le clavó el puñal en el corazón. Al separarse, un hombre desplomándose, herido de muerte, y un acero tinto en sangre. El vigilante del brazo descompuesto creyó llegado su último instante de vida, y suplicó en inglés:

—¡No me mate! ¡No me mate! ¡Le ayudaré a escapar!

—No te mataré si no intentas tenderme una trampa ¡Vamos abajo!

Descendieron por la amplia escalera. Delante el egipcio, temblando de pavor. Detrás, un humano convertido en fiera.

Tropezaron con la puerta del piso inferior. La llamada, la espera angustiada y la aparición de otro vigilante. Antes que pudiera ponerse en guardia, recibió dos puñaladas en el vientre, mientras sobre su cabeza caía el cañón de un revólver. Rodó por el suelo, en bruscas sacudidas de estertor.

Bajaron más. Otra puerta, y parecida tarea sangrienta se realizó. A la derecha quedaba el piso destinado a los locos. Hasta Lester llegaban los gritos salvajes de un demente, que resonaban con ecos trágicos en el silencio de aquella noche horrible. Nervios de acero hacían falta para no desmayar en la empresa.

Sólo quedaba por invadir el piso bajo, el más peligroso de conquistar, por dormir en él muchos enemigos.

Descendieron los últimos peldaños.

—¡Llama muy flojo, y no olvides que te juegas la vida! — advirtió Lester al hombre del brazo descompuesto, cuyas piernas le flojeaban.

Otra vez la llamada en clave, y el aguardar, y el temor a ser descubierto en la última etapa del intento. Agachado, con las armas en las manos, Nelson escuchó las palabras de un enemigo a través de la mirilla. Las palabras en árabe como respuesta, y el rechinar de los goznes. De un salto se puso en Pie el

«Gun-man

Escarlata», tirándole un tajo al cuello al vigilante. Erró el golpe, a causa de la precipitación, y dio en vacío, pero cuando el sorprendido hombre iba a gritar, la punta del acero se le hundió en la garganta, convirtiéndose su petición de auxilio en un estertor ronco, agónico, capaz de estremecer al más valiente. Quiso agarrarse al marco, y sus dedos se relajaron, sin fuerza. Quedó tirado en el suelo, junto a la pared.

—¿Dónde duerme ese segundo jefe, el que tiene las llaves?

El egipcio del brazo descompuesto no era ya un hombre, había perdido el cerebro: era una máquina dócil en manos de una máquina inteligente y cruel. Fue guiando por un estrecho pasillo hasta desembocar en un amplio «hall», cuyas luces estaban apagadas. Hacia la izquierda se dirigía el vigilante, y pegado a sus talones, Lester, encañonándole y haciéndole sentir a intervalos en la espalda la dureza del arma. Andaban en la oscuridad, rasgada solamente por el débil resplandor que provenía del alumbrado

pasillo que acababan de dejar.

—¡Aquí es! —aseguró el egipcio en voz baja.

Siguiendo el plan trazado, Nelson se embolsó las armas y rápidamente le echó las manos al cuello, apretándole brutalmente, hasta que el hombre perdió el conocimiento, notándolo por el peso de su cuerpo ahora sin el sostén de las piernas. Fue dejado, exánime, pero con vida, detrás de una butaca.

Temiendo caer en una celada si entraba de improviso y se encontrase con el dormitorio general de los egipcios, empujó suavemente la puerta que se encontraba ante él. Estaba abierta, no tenía llave echada, y pulgada a pulgada fue empujando, hasta poder asomarse. La oscuridad era total. Hizo oído: un solo rumor de respiración. Allí dormía una persona únicamente. El hombre del brazo descompuesto no le había engañado.

Paso a paso fue adentrándose en la alcoba, sin empuñar arma alguna, guiándose por el ruido de la respiración. Tropezó con una silla. Unos segundos estuvo inmóvil, temiendo que todo se hubiese perdido a una yarda del hombre que poseía la llave para salir de la maldita casona.

Por fortuna, el durmiente no se despertó, continuando con igual ritmo de respiración. Con los brazos extendidos, como un ciego, Lester avanzó de puntillas sobre el entarimado piso, que crujía, escandalosamente a la menor presión. Cuando menos lo esperaba, sus rodillas tropezaron con el borde de la cama, y orientándose por el respirar acompasado dio dos pasos laterales a la derecha, hasta tocar la pared. Sus dedos recorrieron, tanteando, los barrotes metálicos de la cabecera, hasta sentir la blandura de la almohada, y entonces...

De un salto cayó el

«Gun-man

Escarlata» sobre el lecho, sujetando con su cuerpo el del durmiente, a la vez que sus manos enlazaban el cuello en una presa irrompible. Apretaba salvajemente, con los pulgares hundidos en la garganta para que no emitiese ningún sonido. Su gran peso frenaba las sacudidas instintivas del durmiente, que poco a poco fue cesando en los forcejeos hasta quedarse inmóvil, perdido el conocimiento. No quería matarle, le sería muy necesario, y por ello aflojó la presión de los dedos, soltándolo.

A la luz de un fósforo distinguió el interruptor de la luz, y lo hizo girar, alumbrando la estancia. Habitación amueblada lujosamente, denotando pertenecer a una persona de categoría dentro de la nefasta organización de Kerr. De dos zancadas se llegó a la puerta, echando el pestillo por dentro.

Mientras dejaba que el lugarteniente se recobrase —hombre de unos cuarenta años—, él se dedicó a atarle de pies y manos con tiras de la colcha, y después, a registrarle la ropa que aparecía tirada sobre un diván, y a registrar el armario, empotrado en la pared. Su búsqueda no fue infructuosa, porque encontró varias llaves de diferente tamaño, pero de nada le servían hasta que su prisionero no volviera en sí.

Más que nunca, ahora que tenía el triunfo en su poder, Lester sufría la tortura de la espera. Temía que cualquier egipcio se levantara por cualquier causa imprevista y descubriese los cadáveres dejados en la escalera principal, poniendo en conmoción a todos los moradores de la casa con sus voces de alarma.

Cuando el segundo jefe comenzaba a removerse en la cama, con síntomas de recobrar los sentidos, le puso un pañuelo en la boca.

Unos momentos más tarde, al abrir el egipcio los ojos, no podía dar crédito a lo que estaba viendo. Debía de creer que se trataba de una pesadilla, pues hizo un inútil movimiento con el brazo derecho, como si quisiera pasarse la mano por los ojos y convencerse de que todo era obra de una fantasmagoría. Las palabras de Lester le demostraron que no era sueño, sino realidad.

—¿Cuál de estas llaves abre la puerta de salida? Contéstame con un parpadeo —e iba mostrándole, el manojó, cogiendo una por una.

El prisionero miraba fijamente, pero no pestañeaba. Estaba decidido a callar y no ser responsable de la fuga de «lord Lindsay». Éste, al llegar a la última sin obtener resultado, comprendió la decisión del egipcio y se dispuso a convencerle de que no era el momento más adecuado para adoptar una posición de terquedad. Sacando el puñal, se lo acercó al cuello y comenzó a trazarle un círculo, arco sangrante, doloroso. Llenáronse de lágrimas los ojos del lugarteniente, y movía la cabeza desesperadamente, queriendo hurtarse al agudo acero. Pero Lester le mantenía cogido por los cabellos, y el bárbaro suplicio dio resultado. El egipcio expresaba con la mirada el ansia de hablar. Nelson apartó el puñal, volviendo

a mostrar las llaves.

A lo cuarta, el prisionero pestañeó repetidas veces. Con ella en la mano, el

«Gun-man

Escarlata» salió al «*hall*», buscando la puerta de salida. Estaba situada a la izquierda. El pasador de la cerradura cedió blandamente a la palanca de la llave. Tiró hacia sí Lester y la hoja de la puerta se abrió, penetrando por la rendija el soplo helado de la noche. ¡Afuera estaba la libertad!, podía escapar, con la seguridad de que no sería notada su ausencia en unas horas, y para entonces... Pero el cumplimiento de la misión que allí le había llevado le obligó a entornar la puerta, volviendo a atravesar el «*hall*».

Con el hombre del brazo descompuesto, dejado unos minutos antes detrás de la butaca, llevándolo a rastras, penetró en la alcoba del lugarteniente, que tenía empapada de sangre la almohada. La herida era superficial, pero sangraba abundantemente. Lester le lió una toalla al cuello, a fin de cortar en lo posible la hemorragia, y a continuación, en un santiamén, amordazó y ató al vigilante inconsciente a una pata de la cama. Le había prometido no matarle y cumplía su palabra.

Dejando apagada la luz de la alcoba, salió, regresando al piso de los secuestrados. Cuando subía la escalera iba quitándoles las simas a los vigilantes muertos.

¡Con cuánta emoción abrió la puerta de Rollins! Éste, al escuchar la corta explicación de Nelson, no podía creerlo. Empezó a vestirse atropelladamente, olvidando su traición pasada, enfebrecido ahora por la realidad de la fuga, de la liberación, escapando a la sentencia del siniestro «boss». Entre los dos se encargaron de ir despertando a los demás, recomendándoles que reprimiesen sus gritos de alegría y se diesen mucha prisa, poniéndose la ropa de más abrigo que encontrasen.

Florrie estuvo a punto de desmayarse y cubrió de besos el rostro tenso, rígido, de Lester; Sarah le cogió las manos y con la mirada, rendida y admirativa, le dio las gracias. El viejo Nicolani parecía un chiquillo de quince años, a juzgar por sus ágiles movimientos mientras se preparaba. Markey fue el único reacio a la descabellada fuga, porque él creía en su próxima liberación, tal como le había

prometido Kerr.

Se convenció de su error cuando Lester le confesó quién era. El nombre del

F. B. I.

causó sensación en Markey, y fue el más sereno en los preparativos. Desde el primer momento, Lester sabía que sería su mejor ayudante en la empresa. Dixon se quedó sin habla, y se ponía los pantalones al revés y los zapatos sin calcetines. Eleonor Carroll, loca de alegría, besó en los labios al inspector, que a todo trance; quería convencerle de que la aventura no había hecho más que comenzar. Pero el mágico nombre del

F. B. I.

proporcionaba una seguridad desmedida, como si varios centenares de Agentes Especiales estuviesen rodeando la casa y Kerr se encontrase ya, con sus hombres, en un calabozo.

Sufrieron el primer sobresalto cuando salieron a la escalera, en fila, pasando junto al apuñalado cuerpo del guardián, rodeado de una macabra mancha roja. Sarah observó a Lester, y él le sostuvo la mirada, manteniendo una expresión pétrea, inhumana. Ella comprendió por vez primera por qué el

«Gun-man

Escarlata» había matado a tantos delincuentes: porque en muchas ocasiones se había jugado la vida a cara o cruz. Sin embargo, imponía el rictus cruel del inspector.

Cada hombre había recibido un arma de las pertenecientes a los vigilantes. A la cabeza, Lester, descendiendo sin hacer ruido al pisar, volviéndose con frecuencia para ordenar sigilo y cuidado. Al segundo, tercero y cuarto cadáver dejado atrás, los secuestradores comprobaron que la tarea realizada por Nelson había sido extraordinaria, y esta misma emoción les hizo ser precavidos, sabiendo que sus vidas todavía estaban en peligro.

A toda costa, Nelson quería que las mujeres y Nicolani salieran de la casa. Y así lo hizo, conduciéndolos afuera, mientras él, con Rollins, entraba en la alcoba del lugarteniente del «boss» y Markey y Dixon quedaban agazapados en un rincón del «*hall*», cubriendo la retirada en una posible alarma.

El segundo jefe de la banda fue vestido de prisa y corriendo, a la fuerza, y el cordón de una cortina le enlazó la cintura, sujetando

Lester el otro cabo. De esta forma no se le escaparía en el exterior.

Salieron de la casona, volviendo a cerrar por fuera, sigilosamente, temiendo despertar a alguno de sus moradores. Echó la llave y luego la tiró a la nieve, en la que se hundían los pies.

Púsose en marcha la singular comitiva, cogidos de la mano, para no perderse en las tinieblas de la noche. Al frente marchaban Lester y el lugarteniente, al que iba preguntando:

—¿Hacia dónde cae ese desfiladero?

El prisionero, atemorizado ante la evidente crueldad del Agente Especial, repuso, sin intentar mentir:

—Hacia la derecha.

En aquella dirección encaminaron sus pasos.

—¿Quién lo vigila? —preguntó Nelson, adivinando que Kerr no podía cometer la insensatez de dejar libre el único paso que conducía al maldito valle.

—Dos hombres, en una cabaña.

Prosiguieron avanzando, sin hablar, hundiéndose en la blanda nieve. El frío sesgaba la carne como afilado cuchillo, dada la poca ropa de los secuestrados, que ni siquiera había podido coger mantas, por no haberlas en la casa, a causa de la alta temperatura de la calefacción.

Los hombres habían recibido el encargo de Lester de cuidar de las mujeres. Rollins de su novia, Dixon de Florrie y Markey de Eleonor, a retaguardia. El anciano Nicolani andaba detrás del inspector, sintiendo que sus piernas no le obedecían como él hubiese querido.

Gracias a la violencia del ejercicio pudieron soportar la penosa caminata durante una hora sin perder contacto entre sí. Temblaba de frío y le castañeteaban los dientes al lugarteniente cuando señaló una luz al frente.

—Ahí están los guardianes del desfiladero.

Indudablemente era un hombre inteligente, pues había aprendido enseguida que con «lord Lindsay» no se podía jugar; aún se hallaba bajo la inverosímil realidad de que los secuestrados estuviesen en libertad; nadie lo había conseguido, y mucho menos en tal número. Además, el lacerante dolor en el cuello le tenía intimidado, y su futuro se presentaba incierto, por lo que estaba dispuesto a todo con tal de conseguir clemencia del «aristócrata

inglés».

—¿Tienen perros?

—No.

Nelson dio las órdenes pertinentes a sus compañeros y fueron acercándose a la cabaña, que apenas si se distinguía bajo el casi nulo resplandor del cielo encapotado. Guiaba el rayo luminoso que brotaba de una ventana, y cuando estuvieron cerca, Lester se destacó, encargando a Markey de la custodia del jefecillo, aproximándose a la puerta, a la que se llegaba por un camino endurecido con pala y a fuerza de pisar, pues por las otras fachadas la nieve se levantaba en altos montones. A la izquierda se distinguía una especie de cobertizo.

Escuchó el ruido de unos pasos sobre un tablado, en el interior. Alguien se hallaba de guardia; pero el lugarteniente había hablado de dos vigilantes; probablemente, el otro estaría durmiendo. Echándose hacia atrás para tomar impulso, con un revólver al frente y la pierna derecha levantada, se lanzó contra la puerta en una acometida demoledora. Las maderas se resquebrajaron, cediendo y dando paso a Nelson, que dominó la situación con su arma y con la vista.

Un hombre, junto a la encendida estufa, se había vuelto al oír el inesperado estrépito, reflejándose en su faz —de facciones egipcias— la natural sorpresa; y otro, acostado, se incorporaba en ropas menores, alargando el brazo para alcanzar una chaqueta donde seguramente tendría un arma. Una detonación, y una bala le impidió conseguir su propósito, quedándole tronchada la muñeca derecha.

—¡Manos arriba!

La orden de Nelson, que ante los asombrados secuaces de Kerr tomaba proporciones de demonio por su gesto, fue cumplida, no atreviéndose a defenderse. Y su asombro llegó al límite al ver entrar a su lugarteniente y a varias personas más, armadas y amenazando. Cualquier ademán de resistencia sería la muerte; optaron por esperar el curso de los acontecimientos.

En un momento fueron cacheados y atados de los brazos. Al de la muñeca horadada, el propio Nelson le aplicó un pañuelo, a fin de contenerle la hemorragia, Mientras los secuestrados se apoderaban de ropa, alimentos, bebidas alcohólicas y armas de cañón largo —

dos rifles «Winchester»— y las mujeres se calentaban junto a la estufa, el inspector salió afuera con el otro guardián del desfiladero, a fin de registrar lo que hubiese utilizable bajo el cobertizo.

Se alumbraban con una lámpara de petróleo y a su luz pudo observar que no había nada de interés, excepto una pequeña máquina limpianieves, con el motor averiado. Buscaba algo más entre diferentes sacos, cuando se oyó una detonación en el interior de la cabaña, y a continuación otra.

Extrañado, con el prisionero por delante, regresó, enfrentándose con una escena que le produjo náuseas: William Rollins, el «delicado» novio de Sarah, empuñaba un revólver todavía humeante, y a sus pies, retorciéndose en los estertores de la agonía, el lugarteniente de Kerr. Los demás estaban horrorizados, en especial las mujeres.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Lester.

Rollins se volvió para decir bravuconamente:

—¡Acabo de dar su merecido a este canalla! Ya no nos sirve para nada.

—Pero ¿intentó agredir a alguien?

—No. Lo hice porque así tenemos un enemigo menos. ¿No irá usted a ponerse ahora sentimental? Y a éste también voy a darle lo suyo.

Y cuando apuntaba al herido en la muñeca, un golpe de Lester en el antebrazo le obligó a soltar el arma. Enfurecido, Rollins inquirió:

—¿Quién es usted para pegarme, Nelson? Si se ha creído que...

—Yo aquí soy el responsable y el jefe, y no tolero que se haga algo sin mi permiso —repuso serenamente Nelson, aunque por dentro le consumiera la rabia—. Ha hecho usted mal en matarlo. Eso es...

—¡Era un criminal! Además, también usted ha matado a varios en esa casa. Y yo le aplaudo, y por eso he querido evitarle esta molestia.

—No es igual, Rollins. Allí no había más remedio, sí queríamos salir sin que hubiese alarma; pero ahora, estos hombres están atados y no pueden defenderse ni ponernos en peligro. Usted ha cometido un asesinato, y por ello le llevaré a los tribunales si escapamos con bien.

—¿Usted? Usted, ¿un miserable policía llevando a William Rollins a los...?

No llegó a terminar la frase, porque Lester, de un directo a la mandíbula, le hizo rodar por el suelo como si fuese una pelota. Y cuando Rollins iba a incorporarse para repeler la agresión, el zapato del inspector le golpeó en el pecho, volviendo a tenderlo. Y entonces le puso el pie en el cuello, diciéndole:

—Rollins, si quiere usted pelea la tendrá, pero en otra ocasión. Ahora necesitamos salir de aquí. Vuelvo a repetir que ha cometido usted un asesinato y que le denunciaré cuando sea oportuno.

Y como el otro tratase de revolverse en el suelo. Lester le golpeó la cara por tres veces, vengándose de las ofensas recibidas de él desde que se conocieron. Era una pequeña venganza, que tuvo la virtud de apaciguarle la ira. Y gracias a eso consiguió Sarah que dejase ponerse en pie a su novio.

Markey y Nicolani intervinieron, afirmando estar de parte de Nelson, pero aconsejando, y con razón, que no eran momentos de ponerse a disputar.

Una mirada rencorosa, de odio a muerte se cruzó entre los adversarios.

Un cuarto de hora más tarde, la expedición se alejaba de la cabaña, donde quedaban vivos dos hombres, atados y amordazados, y un cadáver. La expedición fugitiva se encaminaba a la entrada del desfiladero, que ya se vislumbraba en la oscuridad, por las dos moles elevadas que cejaban en medio una brecha más oscura.

Lester iba a la cabeza, y detrás los demás, en fila, cogidos por la cintura a una misma cuerda, con el fin de no extraviarse y de escapar a la muerte si daban un paso en falso, bien en un precipicio o en una hondonada cubierta con nieve demasiado blanda. A causa de haber salido a registrar el cobertizo, Nelson había quedado con la ropa que los demás despreciaron en la cabaña, llevando sobre el «frac», solamente, una chaqueta de no muy grueso paño, que se le quedaba cortísima por pertenecer a un hombre de menor estatura. Sentía un frío horrible en las piernas, y el rostro comenzaba a quedársele helado bajo la fría y fuerte corriente de aire que se deslizaba por el desfiladero como por un embudo.

Caminaron durante una hora, hundiéndose en la esponjosa nieve, apenas cubierta por una delgada capa de hielo que no resistía

el peso de una persona, y entonces tenían que detenerse para sacar al compañero del apuro, y de nuevo la marcha, lenta, dificultosa, luchando contra el viento, la temperatura glacial de las alturas y la obscuridad, su mayor enemigo.

Pero Lester seguía adelante, apretadas las mandíbulas, en su afán de alejarse cuanto antes del valle. Le temía al amanecer. A tan lento paso, motivado especialmente por la debilidad de las mujeres, Kerr y los suyos les darían caza enseguida. Y volver a la casona, sería regresar a una muerte segura e inmediata.

Cuando salieron del desfiladero, les pareció que salían de una tumba, y agradecieron la calma del ambiente nocturno. Reunidos en corro, deliberaron, mientras se pasaban la botella con bebida alcohólica, para reanimarse artificialmente, bajo la vigilancia de Lester, sabedor del peligro que sobrevendría si se abusaba. A lo lejos oíase el aullar de los lobos en manadas hambrientas. Rollins, dando por conseguida la victoria, defendía su criterio de buscar un refugio y pasar la noche allí mismo. Las mujeres le apoyaban, y Dixon. Pero los demás se oponían a tan descabellada situación. Habló el

«Gun-man

Escarlata»:

—Mientras tengamos fuerzas hemos de andar; además aquí no encontraremos ningún refugio, tendríamos que descansar al descubierto y nos congelaríamos. Nuestra única salvación es andar, despacio o de prisa, pero andar hasta el alba, alejándonos de Kerr. Es posible que encontremos alguna cabaña de cazadores.

Todos parecieron quedar convencidos con sus palabras, y se reanudó el avance, descendiendo ahora por un declive pronunciado, cuyo fin no se distinguía. El horizonte quedaba reducido a unos cuantos pasos de distancia, y esto era lo más temible si el terreno era muy accidentado.

Hora tras hora, caminaron, subiendo y bajando lomas, tropezando y volviendo a incorporarse, comenzando a sentirse presas del desfallecimiento. El cansancio por el ejercicio y el sueño rayaba en lo infrahumano, y si seguían adelante, sobre todo las mujeres, era por miedo a caer nuevamente en poder del aborrecido Kerr. El alcohol corría de unos labios a otros por más de la cuenta, para contrarrestar el frío. Y las primeras consecuencias se

observaron en Florrie, más débil, que caía una y otra vez, pese a que Dixon la ayudaba en lo posible, pero él también se encontraba agotado. Era un hombre de edad madura, acostumbrado a una vida cómoda, sin practicar deportes.

Nicolani, por su edad, y aunque se esforzaba por no rezagarse, cayó sobre la nieve, medio dormido, y cuando le instaban a que se levantase, repuso con acento dulce:

—¡Déjeme, déjeme descansar! ¡Estoy muy bien aquí! ¡Dormiré un rato y luego seguiré!

Las lágrimas afluyeron a los ojos de Lester al escucharle. Él sabía que si el anciano se quedaba allí, no volvería nunca más a levantarse, durmiendo el sueño eterno. Esta placidez era la primera embajadora de la muerte. Quitóse la chaqueta cogida en la cabaña y con ella envolvió al pobre viejo, y, llevándolo en brazos, siguió avanzando, el primero, dispuesto a morir si fuese preciso con tal de salvar a los demás.

Liviano era el peso de Nicolani, pero a la larga pesaba como el plomo, y Lester sentía que sus brazos comenzaban a dormírsele, a quedársele acorchados, como si no los tuviese. Iba a pedir un momento de descanso, para reaccionar, cuando se oyó en la noche el grito de Dixon:

—¡Florrie! ¡Florrie!

La antigua novia de Lester había caído también, de fatiga, sumergida en el engañoso sueño.

—¡Llévela en brazos, Dixon! —le recomendó Lester.

—¡No puedo, Nelson, no puedo ni conmigo mismo! ¡Le pondré mi ropa, pero yo no puedo con ella!

Y así lo hizo. La manta que llevaba liada al cuerpo la cedió a Florrie, envolviéndola en la prenda. Y entonces, Markey, comprendiendo la situación, sin decir palabra, cogió en sus brazos a la desvanecida joven. Nelson no se había equivocado; Markey era un hombre de verdad.

La expedición prosiguió adelante, siempre adelante, sin meta fija, pero cada vez dejando más millas a la espalda, huyendo del terror.

Y la tercera persona en caer fue Sarah Kelly, quien hasta el último instante aguantó como pudo, experimentando unas sensaciones singulares: primeramente deseos intensos de llorar ante

la impotencia de seguir andando, y deseos de arrojarle a la nieve para descansar en una somnolencia dulce, que le atraía con sus brazos amorosos. Se desplomó, sumergida en un profundo sueño, sujetando con la cuerda a sus compañeros.

Formaron un corro a su alrededor, y al ver que Rollins permanecía inmóvil respirando fatigosamente, Lester le indicó:

—¡Abríguela! ¡Tómela en brazos, y vamos!

—Yo no la llevo, no puedo con mi cuerpo. Y la ropa me hace falta a mí.

Eleonor Carroll, quien Inexplicablemente resistía tanto como los hombres, dijo débilmente:

—Señor Rollins, es su novia, va a ser su mujer.

—No estamos ahora para fijarnos en esas cosas. Si es necesario huir más, será muy triste, pero el que caiga, caiga.

Markey no pudo contenerse:

—¡Canalla! ¡Es usted un miserable!

—No discutan, no podemos estar aquí parados. Haga el favor de coger a Sarah, Rollins —dijo Nelson demasiado «amablemente», al mismo tiempo que se oía el metálico chasquido del percutor de un arma.

Maldiciendo por lo bajo, el aludido obedeció; no ignoraba que el «Gun-man

Escarlata» era capaz de descerrajarle un tiro a la menor protesta.

Sólo pudieron recorrer una milla más. La actriz era presa del frío, y los dientes le castañeteaban. El avance tenía que interrumpirse. Reanimaron a Eleonor con un poco «cognac»; solamente de verla, a la luz de un fósforo, daba pena. Estaba palidísima, presentando los primeros síntomas de congelación, pues de la primera fase, congestión, rojiza, se pasa a la lividez, y por último al amoratamiento, preludio de la muerte.

—No nos queda otro remedio que hacer un refugio —aseguró Nelson.

—Y ¿cómo? —inquirió Rollins, que no había visto ni un árbol, ni rocas, ni leña, ni nada que pudiese servir para construir una edificación provisional y rudimentaria, pues la cobertura nívea alcanzaba varias yardas de espesor.

—Haciendo un agujero en la nieve. En él nos meteremos.

—¡Nos vamos a helar más todavía! —protestó el irritante

William.

—¿Qué sabe usted? Menos hablar y pongámonos a la tarea.

Bajo la dirección del inspector del

F. B. I.,

rompieron la helada y dura costra, cavando una amplia fosa en la blanda y esponjosa nieve, que parecía caliente en comparación con la temperatura del aire. Y después, habilidosamente, Nelson fue cerrando la boca, formando una especie de bóveda con nieve apelmazada y helada al contacto con la atmósfera, dejando una abertura cuadrangular por la que cabía el cuerpo de una persona, en vertical.

—¡Baje usted primero, Markey, y vaya recogiendo a quien le vaya entregando! ¡Entre usted también, Rollins, y haga algo útil!

Los dos compañeros saltaron al interior, y fueron recogiendo los cuerpos exánimes de los demás secuestrados. Por último, advirtiéndolo, Lester saltó al interior, y subido en la espalda de Markey consiguió tapan la abertura del techo con una manta puesta por fuera, y sujeta con unas bolas de nieve.

A la luz de un encendedor colocaron a las mujeres, y las reanimaron con frotamientos y sorbos de alcohol y después se acomodaron lo mejor que pudieron, muy juntos, prestándose calor unos a otros. Las respiraciones y el calor animal fue templando algo la temperatura. El sopor de un sueño profundo les hizo olvidar la no envidiable situación.

Este improvisado refugio recordaba haberlo aprendido Lester en las enseñanzas de la Academia del

F. B. I.,

comprobado cómo eficaz por distintos exploradores, con falta de tiempo para formar los bloques de nieve y construir un «igloo», a estilo esquimal.

El primero en despertarse fue Nelson, por haber escogido el lugar más incómodo, junto a una pared, que le tenía humedecido el «frac» y el cuerpo. Para moverse tenía que despertar a los demás y así lo hizo, juzgando que ya se habría hecho de día. De pie sobre las espaldas de Markey, destapó la abertura, echando la manta a un lado. La luminosidad del sol penetró en bloque y los fugitivos sintieronla alegría de ver la luz. Les amedrentaba la densidad de las tinieblas durante la noche, recorriendo, lugares desconocidos,

cuajados de precipicios. Ayudándose unos a otros, lograron salir del refugio.

El sol se levantaba sobre el horizonte; serían las diez de la mañana, y su resplandor débil pero muy blanco, envolvía como un sudario la ilimitada extensión nevada que se extendía alrededor, dañando a la vista. A un lado, al norte —si se tomaba la orientación por el sol— se distinguía la cima de una lejana y alta montaña, probablemente la que encerraba en su cúspide el pequeño valle dominado por Kerr. El resto del panorama era quebrado con algunos llanos de regular superficie; sobresaliendo las copas albas de un bosque de abetos. Ni una señal de humanos. Desolación y calma, calma absoluta, imponente en su belleza árida y carente de vida. Y siempre aquel silencio sobrecogedor, alma de las grandes regiones nevadas.

Animados, sintiendo que la salvación, más o menos pronto, sería alcanzada, comieron abundantemente de los alimentos cogidos en la cabaña del desfiladero. Lester aconsejó que no comiesen nieve para sustituir al agua, pues su sed sería mayor; y derretir la blanca sustancia helada no podían efectuarlo por evitar hacer fuego, que elevaría al cielo una reveladora columna de humo.

Con el triunfo en el corazón, emprendieron la marcha, huyendo de la alta montaña. Las primeras millas fueron duras, pues todavía tenían entumecidos los miembros, pero el ejercicio y el calor suave del sol les fueron tonificando los músculos. Más este mismo sol muy pronto les acarreó una grave dificultad. Con sus rayos arrancaba reflejos deslumbradores del albo manto, que cansaban la vista, obligando a entornar los ojos, y por tanto, se exponían a caer en una hondonada o a chocar con el de delante, provocando una interrupción en el avance.

Nicolani acusaba más que ninguno el cansancio de la jornada nocturna; sus años eran muchos. Las mujeres, por el contrario, parecían remozadas, por haber dormido en más cómoda postura que los hombres y mejor abrigadas. Nadie quiso contarle a Sarah Kelly el comportamiento de su novio cuando ella perdió el conocimiento, exhausta; lo encontraban inoportuno, pero Eleonor Carroll, una mujer decidida, tenía el propósito de decirle lo ocurrido en cuanto se viesen a salvo por completo.

Los reflejos de cada grano de nieve igualaban en brillantez a la

más valiosa obra de joyería, y los ojos se ofuscaban, formándose una cortina de múltiples coloridos en la retina, impidiendo ver el horizonte. Comentaron que se conocían ciertos casos de ceguera por este motivo, y ya el miedo penetró en ellos, deseando la muerte antes que verse privados de la vista para siempre.

Lester comprendió que alguno debía de sacrificarse y servir de guía, y que los demás le siguiesen, cogidos a la larga cuerda. Sin darle importancia, y alardeando fingidamente de que él no experimentaba la menor ofuscación, acaparó el peligroso puesto, aconsejándoles que cerrasen los ojos y se dejasen conducir, Markey y Dixon protestaron de tal determinación, queriendo ser ellos los sacrificados, pero Rollins permanecía callado, egoístamente. La terquedad de Nelson se impuso.

Pasó la hora del mediodía y continuaban marchando, infatigablemente, viendo cómo el horizonte, siempre igual, iba retrocediendo ante ellos, pero no desmayaban en su avance, aunque lento. Iban con los ojos cerrados, excepto Lester que pese a su precaución de mirar a través del enrejado de las pestañas, sentía como puñales en la vista al recoger la reverberación solar sobre la nieve. Notaba que su visibilidad disminuía por grados, bailándole ante los ojos ráfagas densas, oscuras, rasgadas súbitamente por chafarrinones de vivo colorido.

De buena gana hubiera querido ser relevado en el puesto de guía durante algunas horas, pero temía que el sustituto se equivocase, y la comitiva comenzase a dar vueltas, perdiendo la orientación gradualmente, o despeñándose. Las horas de luz se agotarían muy pronto; y otra vez la peligrosa noche.

Sería ya media tarde cuando el ruido de un motor les hizo detenerse. Miraron al cielo, y a los lejos distinguieron un puntito que volaba, creciendo por segundos.

—¡Túmbense y no se muevan; cúbranse con nieve! ¡Seguramente será el avión de Kerr, que viene a localizarnos! —ordenó Lester.

Todos le imitaron, menos Rollins que, en pie y agitando los brazos, hacía señales al aeroplano, diciendo a la vez:

—¡Qué van a ser enemigos! ¡Será cualquier avión de los que comunican Dawson con los puestos militares del Ártico!

Tentado estuvo Nelson de obligarle a echarse, amenazándole con la pistola, pero no quería sembrar más discordias, y, en realidad, tal

vez él estuviese equivocado y William llevase razón; nadie podría asegurarlo.

La aeronave iba acercándose a gran velocidad y, ante el asombro general, dio dos vueltas por encima de los fugitivos, a media altura, y se alejó, con la proa en dirección a la alta montaña, cobijo de Kerr. Ahora sí que no quedaba duda alguna a Lester sobre la identidad de los tripulantes del avión; se trataba simplemente de un vuelo de reconocimiento, para a continuación preparar la captura con los medios que tuviesen al alcance. Y todo por culpa del testarudo y torpe de Rollins.

No eran momentos de iniciar una nueva disputa, sino de obrar:

—¡Ese aeroplano pertenece a Kerr; vuelve a decirle que nos ha localizado! ¡Tenemos que huir enseguida de aquí, cambiando de dirección, pues nuestras huellas están bien claras! ¡Adelante!

De nuevo el avance, ahora más fatigoso por haber aumentado el tren de marcha, arrastrándose unos a otros con la cuerda que les unía, desesperados, desvanecidas las locas ilusiones de libertad. William tuvo que soportar los acres reproches de la actriz, que le calificaba con todos los adjetivos insultantes que se le venían a la boca. Sarah le miraba reprobatoriamente, volviendo a cerrar los ojos, heridos por la luz amarillenta del atardecer, arrancando reflejos turbios del vasto campo nevado.

Al frente, Nelson, cambiando de rumbo, deseoso de llegar a unas alturas que se divisaban en el horizonte, donde podrían guarecerse y pasar inadvertidos, o, en último caso, utilizarlas como baluartes para la defensa del ataque que no tardaría en realizarse. Más sus ojos sufrían, lagrimeaban, y con titánicos esfuerzos lograba mantener los párpados sin cerrar por completo.

La sed, la fatiga, la inquietud y el gélido viento que nacía, cortando la cara de los fugitivos, fueron acabando con su resistencia, y el avance hacía más lento, inseguro, propio de personas que experimentan los primeros síntomas de desesperación ante lo imposible, infiltrándose en ellos la venenosa esperanza de que Kerr tuviera clemencia.

Faltaría media hora para que el sol desapareciese tras la recta línea del horizonte, cuando la atmósfera se conmovió al rumor de unos poderosos motores. En lo alto, acercándose a gran velocidad, tres aviones.

Lester miró a un lado y a otro: no vio ningún punto estratégico para la defensa, y en aquel llano los aparatos podrían aterrizar perfectamente con aquellos largos esquíes colocados en lugar de las ruedas.

—¡Formemos un grupo! ¡Las mujeres en el centro, tendidas! ¡Markey y yo usaremos los rifles! ¡Con los revólveres no hagan fuego hasta que estén a tiro! ¡No serán más de nueve hombres! ¡Si ahorramos munición podremos resistir y vencerles!

Formaron el corro, cubriendo los hombres todas las direcciones de ataque, y las mujeres, en medio, tendidas, no sintiendo el frío a causa de la emoción.

Uno de los aviones, arriesgándose, cruzó por encima de los fugitivos, a muy baja altura, ametrallándoles sin éxito, afortunadamente. El detalle de que el aparato no picase para disparar indicaba que la ametralladora era portátil, ligera, manejada por un hombre asomado por la borda. Eran aeroplanos tipo «Fokker», antiguos, de empinadas alas. Y cuando el mismo avión intentaba repetir la maniobra, Lester le disparó al pasar y tuvo que aproximarse mucho al blanco con sus proyectiles, porque el enemigo no repitió la maniobra, sino que imitó a uno de los otros, que ya comenzaba a planear para el aterrizaje, mientras el tercero se mantenía a respetable altura, dando vueltas y más vueltas, como cóndor vigilando a su indefensa presa.

Con gran desesperación, Lester tuvo que confesar:

—No los veo; la vista me falla. ¿Quién sabe tirar bien con rifle?

Rollins le arrebató el arma de las manos, afirmando fatuamente que tenía varios trofeos de tiro en su casa.

Con un deslizamiento largo y suave, los dos aeroplanos aterrizaron, saltando seguidamente de sus carlingas seis hombres, con las armas en las manos, que podían ser rifles o ametralladoras ligeras. Eran ametralladoras; enseguida se dedujo por el tableteo seguido de sus detonaciones. Los proyectiles comenzaron a silbar alrededor de los fugitivos, que se echaron en la nieve, ofreciendo el mínimo blanco, y contestando con los rifles; pero la puntería era muy deficiente, por tener las manos heladas, sin guantes.

—¿Qué hacen? —preguntó Lester, tendido también, intentando ver la lejanía sin conseguirlo.

Sarah repuso, aprovechando una pausa en el fragor del tiroteo:

—Nos están rodeando; cada vez se acercan más.

—Markey y Rollins que se coloquen en direcciones contrarias, y cubran los dos campos con los riñes. Dixon y Nicolani, que se sitúen a los lados y que disparen cuando estén a tiro.

Obedecieron sus consejos, y durante un momento contuvieron al enemigo, levantando las balas nubecillas de nieve. Pero pronto los secuaces de Kerr, arrastrándose, y aprovechando los menores repliegues, adelantaban, acercándose, sin dejar de hacer fuego con las ligeras ametralladoras, cuyos continuos estampidos se perdían secamente en la inmensidad solitaria del páramo. Sus ráfagas mortíferas causaron la primera víctima: Nicolani, al levantar un poco la cabeza a fin de buscar un blanco, recibió en la frente dos balazos que le dejaron sin vida, aún más enteco su escuálido cuerpo.

Florrie rompió a llorar, congelándosele las lágrimas sobre el enrojecido rostro; Eleonor empuñó rabiosamente el revólver abandonado, demostrando ser una mujer de entereza, y Sarah cubrió con su pañuelo la cara del muerto, mirándole apenadamente.

El silbar de los proyectiles alcanzaba el zumbido de una colmena de abejas molestadas. Triunfante sonó la voz de Markey al gritar:

—¡Uno menos! —Y al proferir gozosamente la noticia de haber herido a un delincuente, se contrajo y sus manos soltaron el rifle. Una bala enemiga le había tocado de muerte.

Dixon ocupó su lugar, corajudamente, mostrando una hombría con raíces en la desesperación del acorralamiento. Pero su gesto sería inútil. Rollins, en cuanto había visto caer a Markey, y sabedor de la ceguera que imposibilitaba al

«Gun-man

Escarlata», enarboló el rifle, con un pañuelo blanco atado al cañón. Tenía miedo a morir como sus compañeros y pedía la paz, rindiéndose.

Si Lester hubiera podido verle, no le habría dejado realizar tal humillación; humillación inútil, puesto que la crueldad de Kerr sería inflexible, y siempre se moriría mejor luchando cara a cara, que ser torturado horas y horas para luego terminar muriendo.

Al escuchar el cese del tiroteo, Nelson preguntó:

—¿Qué ocurre, Sarah?

—No hay munición para resistir —mintió ella, temiendo que el

inspector cometiese una locura—. Estamos cercados. Se vienen aproximando —y no pudo decir más a causa de los sollozos que la amordazaban.

—No llore, Sarah; ni tú tampoco llores, Florrie. Es mejor morir respirando aire libre.

—No venga ahora con estupideces, Nelson —gruñó Rollins—. La culpa es de usted, por habernos asegurado la libertad. Si no le hubiésemos hecho caso, a estas horas ya estaríamos en Nueva York, porque seguramente habrán pagado el rescate.

—¡Cállate, William! —suplicó su novia, con voz desfalleciente—. Trata de arreglar la situación lo mejor que puedas, pero no le echas la culpa a nadie; Nelson no la tiene.

Lester intervino, notándose en su voz un acento extraño, como si en su interior estuviese verificándose una lucha de reacciones.

—La culpa ha sido mía, y además quiero que se me achaque toda la responsabilidad; tal vez Kerr les perdone. ¿Por dónde vienen? ¿Viene Kerr? —preguntó, abriendo los párpados con un gesto de dolor y mirando sin ver en todas direcciones; a su alrededor sólo sombras.

Dixon explicó, balbuciendo:

—Son ocho; distingo a *Currie*; viene el primero, con una ametralladora. Les queda muy poco para cogernos. ¿Qué hacemos, inspector?, ¿por qué no resistimos?

—Si no hay munición es inútil defenderse. A toda costa ha de salvarse a las mujeres. Dixon, quiero decirle algo, por si acaso no puedo después. Ya no le odio por quitarme a Florrie, Defiéndala como un hombre —y haciendo una pausa, llevándose la mano a los ojos para amortiguar el resplandor, exclamó—: ¡Si viniese Kerr!... Pero ese *Currie*...

Hízose el silencio en el vasto páramo nívco, oyéndose solamente el suave gemido de la nieve bajo las fuertes y altas botas de los enemigos, que estaban a pocas yardas de los prisioneros, sin dejar de encañonarlos a la luz cenicienta del anochecer.

—¡Tiren las armas! —Escuchóse la voz de *Currie*, detenido a corta distancia, y con un gesto bestial en su rostro, casi oculto por el gorro de punto.

Presurosamente, Rollins fue recogiendo las armas y arrojándolas lejos, deseoso de mostrarse obediente a los vencedores. Se había

puesto en pie, con los brazos en alto, siendo imitado por Dixon. Las mujeres se habían incorporado, y temblaban de miedo y de frío.

El desalmado *Currie*, el hombre de la mano sin pulgar, se acercó cautelosamente, adelantándose a sus hombres, impaciente por paladear el triunfo obtenido. Al ver que Nelson continuaba sentado, le largó un puntapié a la espalda, gritándole:

—¡Levántate, perro! Como se te ocurra gastarme una mala jugada de las tuyas, voy a destrozarte los sesos.

—No le pegue, *Currie* —rogó la actriz, aprovechándose de la antigua ascendencia que tenía sobre el bandido—. Se ha quedado ciego, de la nieve.

Currie se echó a reír a carcajadas, exclamando:

—¡El famoso

«Gun-man

Escarlata» está ciego! ¡Vaya un esbirro del

F. B. I.!

¡Aunque estés ciego, te juro que vas a ver las estrellas dentro de muy poco! ¡El «boss» te tiene preparado un buen homenaje, «lord Lindsay»!

Sus compinches le corearon, saciándose de revancha, mientras ataban los brazos de los fugitivos. *Currie* entregó la ametralladora a uno de los egipcios, pidiendo ser él quien atase las delicadas muñecas de la bella actriz.

El tercer avión, que había permanecido planeando, a motor parado, acababa de deslizarse con sus largos esquíes sobre la nieve, a alguna distancia.

En tanto, Nelson, todavía sentado, conservaba una serenidad sorprendente en su cara, sin crispación en las mandíbulas. Pero en su mente trataba de averiguar cómo Kerr había logrado descubrir su verdadera personalidad. Y conocedor del horrible fin que le esperaba, fraguó un plan de ataque, de locura última.

Poniéndose primero de rodillas, consiguió levantarse, y luego, con los brazos al frente y los párpados cerrados, llamó, adoptando el tono de suficiencia de «lord Lindsay»:

—Señor *Currie*, quiero contarle algo muy interesante para usted.

¿Recuerda lo que ocurrió en el

«Gerard's»?

¿Y en Filadelfia? El

F. B. I.

sabe de usted muchas cosas, y antes o después logrará cogerle si usted las desconoce. A cambio de mi vida, le daré estos datos.

El forajido se le quedó mirando, extrañado, haciendo memoria. Y quiso pasarse de listo: aunque lo deseara, no podría salvar la vida de Lester Nelson, pues el «boss» le tenía sentenciado, pero eso poco importaba para prometerle en falso y así enterarse de lo que sabía el F. B. I. sobre él, para en adelante, a su regreso a Nueva York, no caer en una trampa.

—¡Trato hecho, Nelson! ¡Su vida a cambio de esas noticias «tan importantes»!

—No creo conveniente que lo oigan los demás, por usted.

Currie miró a sus compañeros burlonamente, como si accediese por broma al capricho del ciego, pero en el fondo no le parecía mal; tenía muchos «asuntos» en su haber, y a nadie le interesaba más que a él.

—¡Bien! ¡Ven por aquí!

Guiándose por la voz del forajido, Lester le siguió, pisando con cuidado, pero, a su pesar, se hundió en la nieve, necesitando la ayuda de *Currie*, que lo agarró rudamente de un brazo, tirando hacia sí. Rollins, olvidando durante un instante su pavor, sonreía irónicamente, contento de que sus compañeros supiesen que el tal «Gun-man

Escarlata» era menos valiente de lo que alardeaba.

Llevado por *Currie*, Lester le acompañó un corto trecho, hasta que el hombre de la mano sin pulgar se detuvo, preguntando con insolencia:

—¿Qué es eso tan importante? ¡Pronto, que va a venir el jefe!

Frente a frente. *Currie* parecía más alto a causa del grueso ropaje y el gorro que llevaba. Lester en «frac» arrugado y mojado, aparentaba ser mucho menos corpulento y hasta ofrecía un aspecto ridículo, ennoblecido solamente por sus ojos cerrados.

—El

F. B. I.

empezó a seguir la pista cuando matasteis a aquel militar, con los uniformes que comprasteis en una ropavejería. ¿Recuerdas aquello?

—Sí, ya me acuerdo, pero no creía que...

Lester no le dejó terminar, pues guiándose por su voz le echó

rápida­mente las manos al cuello, y poniendo los músculos en tensión, apretaba y apretaba cada vez más, sacudiéndole al mismo tiempo. Le poseía una cólera in­frahuma­na, y *Currie* no conseguía desprenderse del lazo de acero, aunque se retor­cía y trataba de desprenderse, descargando puñetazos al pecho del cie­go, que los resistía sin acusar los golpes. Sintiendo que los pulmones le estallaban, sin poder respirar, dio un empujón, cayendo ambos contrin­cantes sobre la nieve, pero los dedos no soltaban el cuello, que comen­zaba a amoratarse.

Los egipcios, sorprendidos del inesperado ataque de «lord Lindsay», perdieron un tiempo precioso, hasta que echaron a correr en auxilio de su compañero, y cuando llegaron a ellos, con las pistolas en la mano, no sé atrevían a disparar, por temor a herir a *Currie*, que tan pronto estaba abajo como arriba.

Se arrojaron encima de los que peleaban, más ya era tarde. *Currie* había dejado de resistirse y presentaba los ojos desorbitados, ahogado por las manos férreas del

«Gun-man

Escarlata», que no dejó de apretar hasta que recibió un culatazo de revólver en la nuca, perdiendo el conocimiento.

Cuando el frío orificio del cañón de un revólver se apoyaba en su sien para darle el tiro de gracia, oyóse la seca voz de Kerr, que había descendido del tercer avión:

—¡No lo matéis! ¡Llevadlo con los otros a los aparatos! ¡A *Currie* dejadlo ahí!

VII

LA DROGA ENLOQUECEDORA



RA medianoche cuando los fugitivos que quedaban con vida, sufrían la presencia ponzoñosa de Kerr en su despacho, después de haber sido trasladados en los aparatos «Fokker» a la casona. Otra vez prisioneros del diabólico criminal, que se sonreía, sentado cómodamente, fumando en la larga boquilla de plata.

Ante él, las tres secuestradas, pálidas y temblorosas; Rollins, próximo a llorar de miedo; Dixon, demacrado, pero soportando a veces la burlona mirada del «boss»; y Nelson, con los ojos cerrados, repuesto ya de sus sentidos. A ambos lados de los «huéspedes»,

varios vigilantes egipcios, contemplándolos con furia asesina.

Kerr disfrutaba sobre manera y, paladeando las palabras, decía:

—¡Otra vez juntos! Es tanto mi cariño, que sentí mucho que se marchasen de esa forma, matándome a varios hombres. Por la muerte de *Currie* estoy francamente agradecido al señor Nelson, mejor dicho a «lord Lindsay», pues pienso seguir llamándole así, en honor a su inteligencia y audacia. Crea, «lord Lindsay», que lamento muchísimo su ceguera, porque va a perderse algunas escenas muy emocionantes, aún para un valiente inspector del

F. B. I.

—Gracias por su dolor, señor Kerr —dijo Lester, siguiéndole la corriente, conocedor de las excentricidades del «boss»—. También yo lamento mucho estar ciego, aunque supongo que poca importancia tiene ya. Abusando de su amabilidad, quisiera que me explicase cómo ha conseguido usted conocer mi verdadera personalidad; será un motivo más para admirarle.

—En este caso no cabe admiración posible hacia mí, lord Lindsay. Usted me engañó a la perfección; es la primera vez que se me tiende un lazo y caigo en él. Me enteré porque todavía quedan en el mundo repugnantes traidores.

—¿Traidores?

Rollins escuchaba, deseando que la tierra se abriese bajo sus pies y le tragase, con tal de no soportar la vergüenza de verse despreciado por su vileza.

—Sí, un traidor que va a ser el primero en recibir el pago que merece. Su amigo Rollins, el multimillonario William Rollins, el hombre que está prometido a la deseada Sarah Kelly, mujer de la alta sociedad neoyorquina.

La revelación de Kerr produjo expresiones de asombro en los secuestrados. Ninguno dijo nada, pero con sus miradas escupieron desprecio al traidor. Sarah lloraba en silencio; momentos antes, mientras esperaban a que les recibiese Kerr, Eleonor Carroll le había, contado al oído el comportamiento egoísta de William en la fuga, repitiéndole sus palabras, negándose a tomarla en brazos cuando se desmayó; y ahora, además, se enteraba del execrable comportamiento de su novio con el hombre que se había arriesgado a salvarles, después de las ofensas que se le infirieron en Nueva York.

Lester también permaneció callado, sin insultar ni recriminar al traidor. La muerte estaba cercana, y los odios y rencores se diluían, al aproximarse el momento de ser juzgado por el Supremo Hacedor.

Kerr proseguía hablando, tras saborear el efecto de su declaración:

—¿Qué podía usted esperar de un ser inútil, lord Lindsay? Él me ha contado el motivo de que usted cometiese la locura de meterse voluntariamente aquí. Hombres que no saben luchar porque no han luchado nunca, sino siempre venciendo a fuerza de dinero y recomendaciones. Le aseguro, lord Lindsay, que siento de verdad que usted sea del

F. B. I.,

organización a la que admiro por su valía, y sé positivamente que no querría aliarse conmigo; yo necesito un hombre como usted a mi lado, y me haría el amo de los Estados Unidos. *Currie* no me servía, y tampoco me fiaba de él. Me hizo usted un gran servicio con matarlo. Y, además, los hombres de la cabaña del desfiladero, me han contado que usted se opuso a la muerte de mi lugarteniente egipcio, y no lo pudo evitar. Sé que fue *Rollins*, y mis hombres esperan, desean la venganza, que no tardará. Todos ustedes están condenados a muerte, pero hay muchas formas de morir, y *Rollins* sufrirá la peor; pedirá la muerte y no la tendrá hasta que conozca los castigos de mi Invención.

Quedóse callado un momento; los secuestrados estaban estremecidos de terror; luego ordenó a sus secuaces:

—¡Lleváoslos a sus habitaciones, y mucho cuidado con tratarlos mal! ¡Lord Lindsay es mí «huésped de honor»! ¡Cuidadle como se merece! ¡Dejad aquí a la señorita Kelly; he de hablar con ella!

Momentos más tarde, solamente quedaban en el despacho Sarah, Kerr y los dos perros lobos; el hercúleo guardaespaldas también se había retirado a una indicación de su jefe; de una mujer desarmada no tenía por qué temer.

—Siéntese, señorita Kelly; Sarah, permítame que la llame así; me gusta su nombre tanto como usted misma. Siéntese, por favor, y olvide que soy su enemigo. Si continúa en pie, tendré que levantarme.

Ella, notándose flaquear las piernas, optó por aceptar la invitación. Sentada, soportaría mejor la horrible proposición que

adivinaba. Suavizando la voz, Kerr, propuso:

—Sarah, no tengo más remedio que matarles. Son muchos los motivos que me obligan a hacerlo, pero usted podía salvarse. Me arrepentiría toda mi vida de haber sido el destructor de una mujer que me gustó desde el primer instante que la conocí. ¿Estoy enamorado de usted? ¡No lo sé! A mis años, parece ridículo el amor, y, sin embargo, algo parecido sentía cuando usted desapareció. He leído bastante sobre la angustia de no ver a la mujer amada, de la separación; y yo sentía igual. Comprendo que es una locura pretender que usted me ame, pero si lo piensa bien y se decide a vivir conmigo, aquí, es muy posible que con el tiempo llegue a quererme. ¡No puedo matarla, Sarah!

La joven se hallaba perpleja: cuando esperaba un deseo bestial de Kerr, oía una declaración de amor muy semejante a la que hubiese podido formular un hombre cualquiera, si se la despojaba de la amenaza de muerte. Su dignidad de mujer habló por su boca, sin darse tiempo a pensar:

—¿Sabe lo que dice? ¡Yo no podré quererle nunca! Prefiero morir, antes que estar encerrada en esta casa. ¿Usted se tiene por inteligente?

Kerr mordió inconsciente la boquilla: la negativa de Sarah le hirió en el corazón de su orgullo.

—¿Por qué no? ¿Por qué no puede usted quererme? Una mujer que es novia de un hombre como Kelly, bien puede amarme a mí, o ¿es que hay comparación posible entre él y yo? Aún no he sabido explicarme cómo usted se enamoró de ese individuo, no es hombre ni es nada. Y yo soy Kerr, el hombre más poderoso de los Estados Unidos, que muy bien mañana pudiera convertirse en el presidente de la República de Egipto, cuando ese rey haya sido destronado, como lo será.

No le cupo duda alguna a Sarah sobre la locura de Kerr; era un médico alienista, pero necesitaba iguales cuidados que los dementes del piso bajo. Su soberbia, sus ilusiones y la cadena de crímenes eran índices de su demencia. Le estaba viendo un brillo malsano en los ojos, y ella miró inútilmente hacia la cerrada puerta.

Kerr se dio cuenta, y dijo:

—No tenga miedo de mí, señorita Kelly. No intentaré abusar de usted. Soy un caballero ante todo, y por la violencia no me gusta

conquistar a una mujer. Necesito que me admiren, que se asombren, que aplaudan mi inteligencia. No soy joven ni atractivo: pero ¿por qué un hombre superior no ha de enamorar a una mujer? Tengo esa esperanza puesta, en usted. Voy a concederle cinco días de plazo para que medite. Yo estaré de viaje. Si cambia de opinión, a mi regreso, pida verme —y poniéndose en pie, saludó con una inclinación de cabeza—. ¡Buenas noches, señorita Kelly!

Dando unos pasos atrás, acercándose a la mesa de despacho, pulsó un botón, después las grandes puertas de acero se corrieron lateralmente, dejando franca la salida. Afuera, en el corredor, esperaba el hercúleo egipcio.

—Acompaña a la señorita Kelly a su habitación.

Sarah volvióse cuando pisaba el umbral, con una luz de decisión en sus verdes ojos.

—Señor Kerr, tal vez cambiase de opinión, si concediese usted la vida a un hombre.

—¿Quiere salvar a Rollins, verdad? —preguntó sarcásticamente el «boss».

—No, Rollins no significa ya nada para mí. Deseo salvar a Lester Nelson. Se ha sacrificado por nosotros; va a morir por nuestra culpa. Yo no puedo consentirlo, si depende de mí, Estoy dispuesto a todo, señor Kerr.

—¿Le ama usted?

Sarah quedóse sorprendida por la pregunta. Pareció meditar un instante, y luego dijo con firmeza:

—No, no es por eso. No puedo quererle; apenas le conozco. Pero, gracias a él todavía estoy viva; y él se encuentra ciego y condenado a muerte.

—Está usted consiguiendo que la quiera cada vez más, Sarah —afirmó el criminal, dando unos pasos adelante, admirado—. Yo la creía una mujer bonita, un precioso maniquí, pero nada más. Y con satisfacción veo que usted tiene alma —y cambiando de tono, prosiguió, con acento de pesar—: Pídame otra cosa, y se la concederé. ¡El

«Gun-man

Escarlata» no puede quedar en libertad! ¡Terminaría por vencerme! ¡Sus compañeros del F. B. I le ayudarían y localizarían este refugio! Mis planes se echarían a perder. No puedo sacrificar tanto. Sarah;

mi misión en Estados Unidos aún no ha terminado ¡Lo siento de verdad!

Sarah salió de la blindada habitación, teniendo que apoyarse en las paredes para no caer. Su gesto heroico, que la impulsó al sacrificio, había pasado ante la negativa, y las sienes le zumbaban vertiginosamente, sintiendo los primeros síntomas del desvanecimiento.

Estaban tan cansados los fracasados fugitivos que al echarse en la cama, blanda, y a una temperatura acogedora, se durmieron profundamente, olvidando el triste fin que les deparaba la muerte: el cuerpo se imponía al espíritu, doblegándose con su mandato imperioso de fatiga.

No sabían qué hora era cuando les despertaron con brusquedad, pero aún no había amanecido, pues por la ventana no entraba la luz del sol. Varios vigilantes les obligaron a vestirse, y en el pasillo se encontraron Dixon, Rollins y Lester; éste con un pañuelo tapándole los ojos y atado a la nuca, velando los reflejos de la luz eléctrica.

Cogido del brazo por un guardián seguía a sus compañeros de encierro, bajando escaleras, hasta que llegaron al piso inmediato inferior. Fueron introducidos en una habitación grande, de paredes desnudas, en la que unos veinte egipcios fumaban en largas pipas una sustancia que olía a tabaco, pero también a otra cosa, desconocida para los secuestrados. Los forajidos reían a carcajadas, y acogieron a los recién llegados con gritos de alegría salvaje. Al fondo, sentado en un sillón, Kerr, vestido con un batín de seda de color verde y bordados amarillos formando figuras y símbolos de la antigua religión egipcia. Poniéndose en pie, y levantando las manos, reclamando silencio, dijo en voz alta y excitada largas frases en un lenguaje desconocido totalmente para Lester, seguramente árabe, en cuya pronunciación se notaban matices ásperos y duros, que tenían sugestionados a los forajidos, anteriormente tan vociferantes. No podía entenderse su significado, pero al terminar de hablar, se vieron las consecuencias. Aullando como perros rabiosos, se apoderaron de Rollins, golpeándolo y arrancándole la ropa a jirones, hasta dejarlo desnudo.

Él se resistía inútilmente, implorando el perdón de Kerr, que presenciaba la escena con visible agrado, la boquilla de plata en sus labios.

Lester y Dixon fueron conducidos junto al «boss», que tomó del brazo al agente, diciéndole:

—¡Venga, lord Lindsay! ¡Siéntese aquí, a mi lado! ¡Aunque no vea usted, oírás la suficiente para saber con cuánto mimo tratamos al traidor!

Sin responder palabra, y sabiendo que sus súplicas serían en vano, el

«Gun-man

Escarlata» obedeció. Con los ojos vendados no veía más que oscuridad, tinieblas que posiblemente le acompañarían en lo que le restase de vida. Así, ciego, su impotencia era absoluta; sería una simple marioneta movida por los hilos que manejaba Kerr.

Con un estremecimiento recogió el grito lastimero lanzado por Rollins: el tormento había comenzado. A los siguientes lamentos se unieron los aullidos de los egipcios, que parecían posesos del demonio, a juzgar por sus voces roncadas, descompuestas, guturales, más de bestias salvajes que de seres humanos. No pudo reprimirse.

—Por lo que más quiera, Kerr, no castigue más a ese hombre.

—No hemos hecho más que empezar, mi querido amigo lord Lindsay. Mi gente está ebria y necesita sangre para calmarse. Ni yo mismo podría contenérmelos ahora. A duras penas he conseguido que ustedes dos no sean sacrificados esta noche. Quieren vengarse, y están en su derecho. A usted le admiran, porque se maravillan de su forma de fugarse, lo creen imposible; pero a Rollins lo odian por su cobardía. Les he explicado todo. Ponga atención y escuche: el traidor comienza a desfallecer; ni siquiera es hombre para resistir el dolor. Cualquier mujer resistiría más.

Gemidos y ayes exhalaba Rollins, que arrancaban esquirlas del corazón de Lester al oírlo; le odiaba, pero su odio no llegaba a tal grado. Había perdonado el desprecio, la traición y el egoísmo del joven millonario. Al escuchar sus gemidos y sus ruegos de clemencia, sentía un sufrimiento insoportable, traducido finalmente en un ademán de levantarse, para huir, a ciegas, de aquel lugar, o buscar la muerte a manos de los asesinos.

De un empujón en el hombro, Kerr le obligó a sentarse otra vez.

—No se ponga nervioso, lord Lindsay. Rollins acaba de perder el conocimiento. ¡Qué pena que usted no pueda verlo! Le harán volver en sí; mientras tanto, charlaremos. Me gusta conversar con usted.

Estoy convencido de que en su pensamiento tiene muchas preguntas por hacer. ¿No se interroga acerca del raro olor que hay en esta habitación? ¿No adivina lo que mis hombres están fumando?

Y como Lester no contestase, el «boss» prosiguió diciendo, con su peculiar tono suave y educado:

—Pero sí habrá oído hablar o leído sobre el «Viejo de la Montaña», ¿no? Un hombre de su cultura tiene que saberlo, forzosamente. Le refrescaré la memoria, en tanto que ése se despierta. Hassan-Ben-Assan, que más tarde recibiría el apodo del «Viejo de la Montaña», era capitán de los ejércitos del selyucida Alp-Arslan, un monarca tirano y caprichoso. Hassan cayó en desgracia y tuvo que huir, refugiándose entre los ismaelitas, secta que mezclaba sabiamente la religión con la guerra, como todos los buenos árabes. Pronto se hizo el jefe de ellos, por astucia y audacia, formando una banda que haría temblar a los mismos califas. En el Kuhistan se apoderó de un castillo, y desde aquella fortaleza, protegida por los abismos y oculta por las nubes, planeaba las más temerarias empresas. ¿Va encontrándole algún parecido a este servidor suyo?

Y como no obtuviese respuesta a su irónica pregunta, continuó:

—Daba órdenes sangrientas a sus seguidores, que le adoraban y temían a la vez. El «Viejo de la Montaña», como ya le llamaban, señalaba una víctima, y el elegido caía por obra del acero o del veneno. Los ejecutores cumplían a raja tabla su misión, y si alguno fue cogido, no dijo nada, no reveló nada que no fuesen frases de exterminio y destrucción. En aquel tiempo creían que estos hombres estaban endemoniados, hipnotizados por el jefe, siendo en vano querer arrancarles su secreto. ¿Adivina usted lo que les pasaba en realidad? ¿Lo sabe usted, Dixon?

—Embriagados de «haschish» —repuso balbuciente Daniel, temiendo despertar la cólera del sádico criminal.

—¡Vaya! ¡Veo que conoce usted la Historia! Sí, señor, estaban intoxicados de cáñamo indiano; y sus cerebros, de por sí primitivos, se enfurecían con el humo de la droga que les proporcionaba el jefe, convirtiéndose así en muñecos mecánicos con un solo objetivo: obedecer ciegamente al «Viejo de la Montaña», por muy peligroso que fuese el cumplimiento de la orden. ¿Qué? ¿No encuentra ahora analogía con otra persona, lord Lindsay?

—Sí, la encuentro —repuso escuetamente Lester, repugnándole la proximidad del maquiavélico asesino, que en pleno siglo xx quería conquistar un país empleando métodos bárbaros.

—Mis hombres fuman «haschish» porque yo se lo doy, porque saben que yo seré más poderoso que el «Viejo de la Montaña» —afirmó, orgulloso, el «boss», demostrando otra faceta de su locura—. Y ahora se explicarán cómo consigo mantener un pequeño reino en América, en la gran América con su portentosa Policía. ¡Un hombre sólo se ríe de miles de agentes encargados de mantener el orden! ¡El orden! ¿Sabrán acaso lo que es el orden? El orden es...

Fue interrumpido en su excitada perorata por los reanudados llamamientos de Rollins, que soportaba malamente la segunda etapa de tortura, después de recobrar los sentidos. No aguantó mucho, desmayándose otra vez bajo el salvaje suplicio.

Kerr gritó unas palabras en árabe, y sus hombres aumentaron en el griterío infernal, enloquecidos por la droga, deteniendo su avance rapaz hacia el par de prisioneros que se hallaban junto al jefe. Éste ordenó en inglés:

—¡Recoged a ése y llevadlo a su habitación! ¡Otro día continuaremos! —Y dirigiéndose a Lester y a Dixon, en voz baja—: Vénganse conmigo. Yo mismo les acompañaré a sus dormitorios. Agárrese a mí, lord Lindsay.

Asqueado, repugnándole hasta el contacto de la ropa del asesino, el inspector no tuvo otro remedio que utilizarlo como lazarillo. Mientras subían la escalera, Kerr iba explicando, en un largo monólogo:

—A la próxima ocasión fumarán ustedes unas pipas de «haschish»; yo lo hago muy a menudo. Olvidarán que han de morir en un plazo breve. ¡Es una droga maravillosa! Fumándola, nos transporta a paraísos de ensueño, se pierde la noción de cuánto nos rodea. Parece como si se volase, desapareciendo la gravedad, el espacio y el tiempo. El optimismo nos exalta y la vida cambia de color; se esfuma lo negro, lo feo, lo que constantemente apabulla a esta pordiosera Humanidad.

Lester no quería interrumpirle, por no enfadarle, pero bien sabía que los verdaderos síntomas del intoxicado de cáñamo indiano infundían horror sólo de conocerlos. Se experimentan vértigos, los sentidos sufren tal perturbación que lo que está arriba aparece

debajo y lo de la derecha pasa a la izquierda. Los vómitos y la opresión son dolorosos. Y el intoxicado termina por fallecer de una muerte espantosa.

Cuando Lester se halló en la cama, no conseguía conciliar el sueño. Estaba rendido, pero las preocupaciones, su propia desgracia, y los gemidos de Rollins durante el castigo le asaeteaban el cerebro. Y a ello amalgamada la amargura de la derrota; del fracaso total, provocando la muerte del buen Nicolani y del noble Markey. Veía en la pantalla negra de las tinieblas los rostros bellos y tan diferentes de Florrie y de Sarah. Las dos le hablaban de amor, las dos le miraban tiernamente, para luego endurecerse sus expresiones, escupiéndole un desprecio lacerante. Y por último se sumergió en la región de los sueños con lagunas de pesadillas horribles.

VIII

SACRIFICIO



A regresado su jefe? — preguntó Sarah a uno de los dos vigilantes que penetraron en su alcoba, con la comida en una bandeja.

El aludido negó con la cabeza.

—Cuando venga, dígame que deseo hablarle urgentemente.

Como si fuesen sordos, los egipcios salieron de la habitación, echando el cerrojo por fuera. Hacía cinco días de la ausencia de Kerr, según comunicó a la joven. Cinco días de indecible

sufrimiento esperando una muerte que se complacía en hacerse esperar. Por haber sido tapados los ventanillos de las puertas. Sarah no sabía nada de sus compañeros, ignorando aún el suplicio que se aplicó a su novio la misma noche de la captura. Los guardianes parecían mudos.

En estos días, ella tuvo tiempo de recapacitar. Su decisión, una terrible determinación estaba tomada: matar a Kerr, a costa de lo que fuese. Y sólo había un medio: fingirle amor, ganarse su confianza, y, al menor descuido, matarle con su propia arma. Si sus compañeros no podían hacerlo, por diferentes causas, ella tenía la obligación de cumplir un penoso deber: matar al jefe de los secuestradores, y así evitar que en el futuro continuase causando víctimas. Destruído el demoníaco cerebro dirigente, los egipcios se desmoralizarían, terminando por caer en manos de la Policía, pues evidentemente se hallaban de forma ilegal en los Estados Unidos. Para tomar un barco en cualquiera de los puertos de Alaska tendrían que incorporarse al mundo civilizado y enseguida serían detenidos como sospechosos por falta de documentación.

Le repugnaba la idea de matar, pero desde que fue llevada a la casona había aprendido algo muy importante de Lester Nelson: el deber obligaba a cometer actos que no tendrían justificación sin una causa noble. Y salvar a la Humanidad de un monstruo como Kerr era un motivo de fuerza mayor.

Pasaban de las cinco de la tarde cuando uno de los vigilantes entró, diciendo escuetamente:

—El jefe ha vuelto. La espera en sus habitaciones. Sarah se arregló el cabello ante el espejo del tocador. Miróse unos instantes, convenciéndose de que su rostro no era el más apropiado para seducir: estaba pálida, con profundos cercos morados alrededor de los ojos. Sacando fuerzas de flaqueza, siguió por el corredor al vigilante, mientras el otro quedaba de guardia. Los tramos de escalera, y por último, se detuvieron frente a la gran puerta de acero.

El egipcio pulsó el botón de llamada. Unos instantes de espera, y la puerta comenzó a escindirse. Al encuentro de la joven salió Kerr, vestido con un elegante traje color azul oscuro, llevando en la mano izquierda la sempiterna boquilla de plata.

—¡Buenas tardes, señorita Kelly! Apenas llegué, me dijeron que

deseaba usted verme. ¿Qué le ocurre? ¿Ha decidido algo sobre mi proposición?

La joven asintió con un movimiento de cabeza. El «boss», dirigiéndose a su atlético «guardaespaldas», le ordenó:

—Saca a los perros a pasear. Dentro de media hora, vuelve.

Y cuando estuvieron a solas, con un gesto elegante ofreció un asiento a la joven, que temía ser descubierta, como si el asesino pudiera leerle el pensamiento.

—Me he acordado mucho de usted en Nueva York. Sarah — inició amablemente Kerr, pretendiendo producir confianza en la bella mujer, rehuyendo hablar del tema principal hasta que no hubiese pasado algún rato—. Por cierto que ya tengo el dinero de su rescate en mi poder. Su hermano se ha convencido de que no le quedaba otro remedio. Y tenía que estar de acuerdo con los otros, porque en el mismo día se ha recogido lo de Rollins y lo de Dixon. Han estado jugando conmigo, y eso cuesta caro. ¡Oh, perdone! Hablando y hablando, y me olvidaba de invitarle a tomar una copa. ¿Qué prefiere? —preguntó cordialmente Kerr, levantándose y abriendo un armarito empotrado en la pared, que encerraba varias botellas de diferentes licores.

—Un poco «cognac» —solicitó ella, necesitando tomar alcohol, cuanto más fuerte, mejor, para soportar la terrible prueba.

Llenas las copas y saboreando la bebida, el «boss» interrogó con su tono de voz más suave:

—¿Qué ha decidido sobre lo nuestro?

—Señor Kerr —inició Sarah, no sabiendo cómo fingir—, he pensado mucho, y he llegado a una conclusión, egoísta, pero... positiva. Actualmente, yo no le quiero a usted, apenas le conozco y su comportamiento tampoco ha sido muy propicio para amarle repentinamente. Sin embargo, yo soy muy joven y no quiero morir, ¡no puedo morir! —dijo con exaltación creciente, apropiándose de su «papel» conforme iba hablando—. Creo que dentro de algún tiempo, y si usted me diese pruebas de no ser sólo una máquina de hacer crímenes, es muy posible que llegase a tomarle cariño. Me encuentro muy sola... William dejó de significar algo para mí; me tenía engañada, y gracias a usted he llegado a conocerle antes de casarme. No es el hombre que yo soñaba; necesito un hombre de verdad, que sepa enfrentarse con las dificultades y vencer todos los

obstáculos. Y ese hombre es...

Bajando la mirada a la alfombra, dejó la frase en el aire. Kerr sonrió complacido, permitiéndose la libertad de coger una mano de Sarah, acariciándosela. Ella reprimió un movimiento instintivo de repulsión: le parecía sentirse tocada por las Viscosas escamas de un reptil.

—Sarah, me alegra profundamente que usted me hable con franqueza. Si me hubiese dicho que ya me quería, no la hubiese creído; y me habría enfadado su estúpida mentira. Pero esto es diferente, muy distinto. Habla usted con lógica, y eso me agrada. Tiene razón, y pienso que algún día usted llegará a quererme. Esperemos a entonces. Dice qué sólo ve en mí una máquina de fabricar crímenes; en parte no se equivoca; más comprenda que la consecución de mis ideales políticos acerca de Egipto limpian de toda mancha mis actos. Tengo una alta justificación. Deduzco de sus palabras que echa de menos en mí un detalle de bondad, de humanidad, ¿no es eso?

Ella asintió con un gesto.

—Bien. Voy a demostrarle que no soy tan malo como usted cree. Hace días me pidió usted un favor, un gran favor: que dejase en libertad a Nelson. Lo haré. Mañana mismo lo enviaré a Nueva York. Cuando quiera buscarme con su gente, ya no me encontrarán aquí, ni a usted tampoco. Justamente he recibido noticia de que la sublevación va por muy buen camino y mi presencia es necesaria en El Cairo. Tengo reunida una gran cantidad de dinero para nuestra causa. ¿Está ya contenta?

—¿Quién me asegura que Nelson vive todavía? No sé nada de él.

Kerr se levantó, sonriente, y acercándose a la mesa de despacho, apretó un botón. Esperó unos momentos, hasta oír el ruido de un timbre. Aproximándose a la puerta, miró por un tubo, y luego regresó junto a la mesa, pulsando otro botón. La puerta blindada comenzó a abrirse con lentitud silenciosa. Bajo el dintel, un egipcio en postura reverente.

—Tráeme a lord Lindsay ¡Ayúdale a andar! —Y cuando el vigilante se hubo retirado a cumplir la misión, Kerr dijo a la joven —: Ya verá como Nelson se encuentra perfectamente bien, a excepción de la ceguera, que no fue culpa mía, como usted no ignora.

Cinco minutos más tarde entraba Lester, caminando muy despacio, con pasos cortos, las manos al frente, temiendo tropezar, y un pañuelo vendándole los ojos. El «boss» hizo un gesto al egipcio para que se retirase, y tocando otro resorte cerró la puerta. No quería que sus hombres sospechasen que por una mujer les arrebatara una víctima, pues estaba dispuesto sinceramente a dejar en libertad al inspector del F. B. I, con tal de conseguir el amor de Sarah.

—¡Venga por aquí, lord Lindsay! Siéntese aquí. Así. ¿Qué? ¿Cómo está? —le preguntó jovialmente, satisfecho de su triunfo amoroso.

—¿Cómo quiere que esté, Kerr? ¡Esperando morir!

Los bonitos ojos de Sarah se nublaron de lágrimas al oír la respuesta y al ver el estado de Lester. El «boss» dijo, alegremente:

—¡No sea tan pesimista, lord Lindsay! La señorita Kelly va a pensar que es usted un cobarde. Los del F. B. I.

no temen a la muerte, según dice la gente.

Al oír que Sarah estaba presente, el inspector se quedó rígido sobre el asiento; presentía una horrible noticia. No dijo nada, pero fue ella la que habló.

—Buenas tardes, señor Nelson. ¿Le duelen mucho los ojos? ¿No le han curado?

—No. ¿Para qué? Además, ya no me duelen. Llevo todos estos días sin quitarme el pañuelo, con las maderas de la ventana entornadas, y se me va aliviando el dolor. Y usted, ¿cómo está?

—Sarah está muy bien —repuso Kerr por ella—. Le he mandado llamar para comunicarle a usted dos noticias de gran importancia: la primera, que Sarah no morirá; hemos hecho un convenio, un trato muy interesante. ¿Verdad, Sarah?

—Sí —musitó ella, temiendo que Nelson interpretase mal la situación.

—Y como consecuencia de ese convenio —prosiguió el «boss»—, usted será llevado mañana, en avión, a Nueva York, y puesto en libertad. Tal vez un buen oftalmólogo logre curarle la vista; yo no me atrevo a intervenirle, porque mi especialidad no es ésa.

—¡No quiero la libertad ni la vista a ese precio! —aseguró Lester rudamente.

Sarah se llevó la mano a los ojos, para que Kerr no la viese llorar. Tenía que aguantar hasta el final, seguir fingiendo una comedia que terminaría en tragedia, sin saber aún cuál actor quedaría en pie.

—¡Vamos, vamos, lord Lindsay! —dijo el criminal jefe, tomándolo a broma—. Puede usted darle las gracias, y para que se anime voy a ofrecerle una copa de «cognac», y si lo prefiere, también una pipa de «haschish»; cambiará de opinión enseguida.

Oyóse el ruido de la botella al ser destapada, y seguidamente Lester se puso en pie con agilidad de felino, quitándose a la vez el pañuelo de un tirón, apareciendo sus ojos, abiertos, mirando con fijeza a Kerr, que estaba de espaldas, ocupado en llenar una copa.

—¡Sírname, Kerr! —ordenó el agente del F. B. I., ante la estupefacción de Sarah, que no daba crédito a lo que estaba viendo.

El «boss» giró sobre sus talones, extrañado del tono perentorio del ciego, y se quedó paralizado al ver que no tenía el pañuelo y que le miraba con los ojos abiertos. Reaccionando, comprendiendo que había caído por segunda vez en una estúpida trampa, le arrojó la botella a la cabeza. Agachándose con un flexible movimiento de tronco, Lester dejó que el proyectil le pasara por encima, y con un salto de muelle acerado se abalanzó sobre el asesino, agarrándole por los brazos, a fin de que no sacase ningún arma.

Kerr, repuesto de la natural sorpresa y demostrando que aún conservaba vigor, se dejó caer de espaldas, arrastrando a su adversario, y cuando tocaba el suelo levantó las piernas en una sacudida violenta, arrojando lejos de sí a Lester, que rodó por la alfombra.

Mientras éste se incorporaba, desde el suelo, Kerr se llevaba la mano derecha al bolsillo trasero del pantalón, sacando al momento una pistola automática. Sarah dio un grito de alerta. Nelson, sin pensarlo, se lanzó en «plongeon» encima del asesino, aplastándole con su peso, mientras le sujetaba la mano armada, consiguiendo que el cañón apuntase a un lado. Kerr se revolvía, mordía y golpeaba con la Izquierda, tratando de conseguir una ventaja y poder apuntar a su contrincante; pero éste, más joven y fuerte, resistía los furiosos embates y le retorció la muñeca para que soltase la pistola. Levantando y dejando caer bruscamente el brazo derecho del jefe contra el suelo, obtuvo el resultado esperado: el arma salió

despedida hacia un rincón.

—¡Cójala! —gritó Lester a Sarah, mientras intentaba practicar su presa favorita en la lucha: las manos al cuello, para estrangular con sus dedos férreos.

Pero Kerr, conocedor de múltiples mañas, encogió la pierna izquierda, sacudiendo un fuerte rodillazo al bajo vientre de Nelson, que estaba encima. El joven sintió un dolor mortal y aflojó la presión de sus manos, de las que fácilmente, con un movimiento lateral, escapó el cuello del criminal, quien se puso en pie de un salto, aprovechándose del atontamiento de Lester, y corriendo se acercó a la mesa, con el brazo extendido, para tocar cuanto antes un resorte y recibir ayuda de sus secuaces.

—¡Quieto ahí, o lo mato! —amenazó Sarah, encañonándole a unos pasos con la pistola que había recogido.

Él criminal vaciló, temiendo que el nervosismo de la mujer moviese el dedo que apretaría el gatillo, y esta vacilación fue la suficiente para que Nelson se reanimase parcialmente y se lanzase de cabeza contra las piernas de Kerr, a la vez que indicaba:

—¡No dispare! ¡Nos oirían!

Juntos, enzarzados, rodaron nuevamente por el piso los dos hombres, en una lucha a muerte, pero Kerr llevaba la peor parte, no pudiendo competir con la fortaleza atlética del agente, que logró colocarle un «upper-cut», dejándole medio aturdido, instante que aprovechó para sacudirle seguidamente un golpe de mano abierta y rígida a la oreja derecha, que tuvo que conmover los cimientos del cráneo de Kerr, pues con un brusco estirón de las piernas se quedó envarado, como si estuviese muerto, aunque respiraba.

Jadeante, secándose el sudor de la frente con la manga del estropeado «frac», se incorporó Lester y tambaleándose se dejó caer en un sillón. Había sido una lucha dura y difícil; el maldito «boss» no tendría musculatura, pero tenía nervios de acero.

Sarah se acercó lentamente, deteniéndose junto al joven; aún llevaba asida el arma.

—¿Qué ha pasado entre ustedes? —Fue la primera pregunta de él, sin mirarla.

—Nada, Lester, nada. No le había visto hasta un cuarto de hora antes de llegar usted, desde hacía cinco días.

El levantó la cabeza para observar el rostro de la mujer; sin

decirle más, le quitó suavemente la pistola. Se tocaron sus manos levemente. Haciendo un esfuerzo, Lester se levantó, para atar y amordazar a Kerr con tiras de las cortinas de los dos ventanales.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Nelson?

—No lo sé. Tenemos que pensar algo. Hay que salvar a los demás, cuanto antes. A estas horas no se puede intentar lo que hice la otra noche; además, seguramente habrán duplicado la guardia. No sé qué hacer. Tenemos a este hombre en nuestro poder, pero esta habitación es una cárcel, y la casa, otra; es imposible salir. Y tampoco estamos para empezar otra caminata como la anterior. ¿Conoce usted las habitaciones particulares de...?

—¿No le he dicho que apenas si llevaba aquí un rato cuando usted llegó? —preguntó ella, reconviniéndole suavemente—. ¿Por qué no las registramos? Estando esa puerta cerrada, nadie podrá entrar aquí sin que nosotros queramos.

Casi corriendo entraron en la habitación contigua, y grande fue el asombro de Lester al ver, a la derecha, una emisora de radio, aparentemente en buen uso. ¡Kerr le había mentido! Ahora quedaba explícito el medio utilizado por Kerr para estar en contacto con sus secuaces de Nueva York y pedir que fuesen los aviones a recogerle cuando quería viajar. Era una emisora de regular potencia, y si no habían visto la antena, que se levantaría sobre el tejado, se debía a que huyeron de la casona siendo de noche.

Pasaron a la siguiente habitación, la última; era una suntuosa alcoba, con un cuarto de baño contiguo. No se veía ninguna puerta más; no había más que una salida, la principal.

En un armario encontraron un verdadero arsenal: rifles, revólveres, bombas de mano, ametralladoras...; y una de éstas, modelo «Thompson», tomó Lester, fraguando ya su plan para rescatar a sus compañeros. Comprobando que funcionaba bien y que el cargador estaba repleto, volvieron a la habitación-biblioteca.

—Voy a traerlos, Sarah. Usted quédese aquí, y en cuanto yo toque el timbre, ábrame. Son esos botones, ¿no?

—Sí, se los vi manejar. Pero no hay necesidad de que se entretenga usted en llamar. Miraré por ahí; él miró antes, cuando usted vino —dijo ella, señalando el tubo que había junto a la puerta.

Lester aplicó un ojo y vio con perfecta nitidez y amplitud todo el

corredor del exterior. Era una ingeniosa combinación de prismas y espejos que permitía a Kerr saber quién estaba ante la puerta, antes de abrirla.

—¡Vamos, Sarah! Tenemos que darnos prisa. Cierre en cuanto yo salga.

La joven pulsó el botón de la izquierda y la puerta se abrió, saliendo Lester de puntillas, con la ametralladora en las manos. Bajó los pocos peldaños y paso a paso, cautelosamente, torció el recodo, asomándose. Sentado en un taburete, un vigilante fumaba. Cuando quiso darse cuenta, el egipcio estaba encañonado por el supuesto ciego.

—¡Llama a esa puerta, como si quisieras entrar! —ordenó con voz tajante, en tono bajo.

La ametralladora amedrentaba: una ráfaga suya, y un cuerpo humano quedaría segado por la mitad. El vigilante llamó con los nudillos, en clave, mientras Nelson se ponía en cuclillas, por si acaso los guardianes del interior del piso miraban por el circular ventanillo. Lo hicieron, y al distinguir solamente a su compañero abrieron confiadamente.

Con el compinche de ellos entró «lord Lindsay», haciéndose dueño de la situación apenas transpuso el umbral.

—¡Manos arriba!

Maquinalmente obedecieron, siendo llevados a la habitación destinada a Nelson, donde éste los metió a empujones, después de desarmarlos mediante la ingeniosa forma de quitar el arma a uno y que ése hiciese lo mismo con los otros dos. Echó el cerrojo, no sin advertirles que si les oía gritar, entraría, barriéndolos con la ametralladora.

Fue tarea fácil ir abriendo las restantes alcobas, llamando a todos los secuestrados por sus nombres. Como estaban vestidos, en un momento se hallaron en el pasillo, las dos mujeres y el par de hombres, dispuestos a emprender una nueva aventura, olvidando el fracaso de la anterior. Rollins andaba con dificultad, a causa de la tortura sufrida días antes; estaba muy delgado, esquelético, con aspecto de enfermo de gravedad.

Igual que los otros moradores de la casona que habían visto a Nelson aquella tarde, con el pañuelo quitado, sus compañeros le miraban estupefactos por el milagro, aunque sin detenerse a hacerle

preguntas, dado lo peligroso de la situación.

—¡Tomad esas pistolas! ¡Vamos, a la habitación del jefe! ¡Allí está Sarah; a Kerr lo tengo atado!

Subían el corto tramo de escalera, cuando el guardaespaldas del «boss», con los dos perros lobos encadenados, apareció en la puerta del piso inmediato inferior, regresando de cumplir el encargo recibido. Pasada la sorpresa, se llevó la mano a la cadera, mientras soltaba las cadenas. La ametralladora «Thompson» manejada diestramente por el Agente Especial, comenzó a escupir plomo, taladrando al egipcio con orificios mortales. Y la ráfaga fue ascendiendo hasta alcanzar a los fieros perros, que ya subían a saltos, con las fauces abiertas para hacer presa en los desconocidos. Ladridos, aullidos y regueros de sangre por los peldaños. Quedaron revolcándose junto al que los cuidaba.

—¡Aprisa! ¡Vamos! —ordenó Lester, animando a las mujeres, mientras él se quedaba el último, dando frente a los pisos bajos, lugar de donde podían venir más enemigos, alarmados por los disparos.

Llegaban al corredor, cuando dos vigilantes aparecieron con revólveres en las manos, preparados para atacar. Con convulsiones agónicas encajaron la lluvia de proyectiles que disparaba la magnífica ametralladora.

Al acercarse los secuestrados a la gran puerta de acero, comenzaba a partirse en dos: Sarah no se había separado del singular «periscopio», y abría a tiempo, viéndoles acercarse, a fin de que no perdiesen tiempo y se guareciesen.

Ya dentro todos, las puertas tornaron a cerrarse, formando una barricada inexpugnable; ni con bombas de mano saltarían las metálicas hojas.

—Pero ¡de aquí no podremos salir nunca! —Fue la primera protesta de Rollins.

Nelson le miró fijamente, aún con la ametralladora cogida, y con extrema frialdad le notificó:

—De aquí saldremos muy pronto; a lo más tardar dentro de dos días. Hay una emisora, y antes de que esa gente caiga en desmontarla, ya me habré puesto en contacto con el

F. B. I.

Pediré que vengan en avión varios agentes, para que rodeen la casa

y no se escape nadie.

—¿Cómo va usted a darles el lugar exacto, si en realidad no sabemos justamente dónde estamos, señor Nelson? —preguntó Dixon, humildemente.

—Sabemos que estamos en Alaska, y por la longitud de onda, con los aparatos de que disponen allí, nos situarán enseguida en un mapa. Y ni siquiera pasaremos hambre ni sed; hemos visto, Sarah y yo, conservas de todas clases y bebidas en uno de los armarios.

Florrie, sollozando de alegría, se arrojó en brazos de Lester, besándole ardientemente.

—¡Lester, tú nos has salvado! ¡Gracias a ti conseguiremos la libertad! ¡Eres el más valiente de los hombres! ¡Te quiero más que nunca, Lester mío!

Mientras ella se deshacía en caricias, por encima de su hombro él miraba fijamente a Sarah Kelly.

Florrie no se separó de su antiguo novio hasta que Eleonor Caroll, la actriz, mujer práctica, la separó de él, aconsejando:

—No hay que perder tiempo, no vayan a cortar la antena. Hable usted con sus amigos, señor Nelson, y que vengan pronto. ¡No es ocasión propicia para derretirse de amor!

El inspector pasó a la sala inmediata, donde se hallaba la emisora, a fin de establecer contacto con el Estado Mayor del F. B. I.,

en Washington. Recordaba perfectamente el manejo de los aparatos, por haberlos aprendido a conciencia durante su curso en la Academia.

En la sala primera quedaron los demás, pegados a la puerta, haciendo oído por si se acercaban los egipcios. Rollins se entretenía en abofetear al ligado y amordazado «boss», que ya había recobrado los sentidos, y respondía a los golpes cobardes con una mirada asesina, de loco. Intervino Sarah:

—¡Déjelo, William! —Y como él no hiciese caso, ella le insultó —: ¡Déjalo, cobarde!

El millonario se volvió, airado, levantando la mano para pegarle. Dixon se interpuso, advirtiéndolo razonablemente:

—No hagas una locura, William; estás comportándote malamente desde que nos trajeron aquí. Si Nelson se entera de que le has pegado a Kerr, y ahora intentas hacerlo con una mujer, es

muy posible que te ocurra algo desagradable. Por mi parte, has de saber que nuestra amistad se ha roto. Yo seré cualquier cosa, pero tú eres peor. ¡Olvídate de que hemos sido amigos!

Rollins lanzó una maldición, pretendiendo abalanzarse sobre Daniel, pero éste le contuvo con el revólver que tenía empuñado aún.

—Atrévete a dar un paso adelante, y te mato, William.

Así estuvieron un corto rato, enmudecidas e inmóviles las mujeres, sin atreverse a llamar a Nelson por temor a involucrar la mala situación. Pero éste salía ya, con gesto de contento, que se trocó en extrañeza al abarcar la escena con la vista.

—¿Qué pasa?

En pocas palabras, Dixon le contó lo sucedido.

Sin prisas, con una serenidad pasmosa, el

«Gun-man

Escarlata» se aproximó a Rollins y le abofeteó repetidas veces, haciéndole retroceder, intimidándole simplemente con la mirada: fría, siniestra, con un rescoldo de odio que taladraba al engreído millonario, quien, con un revólver en el bolsillo, ni siquiera trataba de defenderse.

—¡Rollins, voy a deshacerle! —decía Lester, en tono bajo, sin cesar de abofetearle, como máxima ofensa—. ¡Es usted un perro sarnoso que me tiene muy harto de sus bellaquerías! De poco que es, no es usted ni malo. ¡Sólo es un pobre diablo que da lástima!

Y alargando la mano derecha, le cogió por el hombro, apretándole fuertemente, Rollins, bajo la mordiente tenaza, se retorció de dolor, gimiendo, hasta quedar arrodillado en el piso.

—¡Tráigame unas cuerdas, o unas tiras de la cortina! ¡Vamos a atar a éste! Es capaz de atacarnos a traición —indicó Nelson a Dixon.

Rollins, el ruin William Rollins, quedó en igual forma que el criminal «boss», y a su lado. Cada uno por un motivo, ambos merecían la silla eléctrica.

Eleonor Carroll preguntó:

—¿Ha logrado usted avisar a sus amigos, señor Nelson?

—Sí, ya lo conseguí. Mañana a mediodía, más o menos, llegarán aquí.

La actriz exhaló un grito de júbilo, y frotándose las manos

graciosamente, propuso:

—¿Qué les parece si probamos esas conservas tan cacareadas?

Por conocer Sarah el armario donde se hallaban, se dirigió a la habitación del fondo, mientras sus compañeros seguían haciendo oído junto a la puerta, con igual resultado negativo; estaba claro que conocían de sobra la fortaleza de las hojas de acero. Nelson advirtió a Dixon:

—¡Vigilen las dos ventanas! ¡Coja la ametralladora! ¡Tal vez prueben a atacarnos por ahí, escalando las fachadas!

Y con unas cortas explicaciones sobre el manejo de la destructora arma, lo dejó encargado de esta misión, mientras él, arrastrado por un impulso que le brotaba del corazón, se dirigía a dónde se encontraba Sarah.

La joven estaba en la alcoba de Kerr, junto al armario que guardaba las conservas, y luchando con una lata de leche condensada.

Sonriente, le preguntó Lester:

—¿Qué vamos a tener de primer plato? ¿Un filete de leche condensada?

En su falta de costumbre, y aturdida por tantos y tan emocionantes acontecimientos en poco tiempo, la joven estaba realmente que no sabía lo que se hacía. Los dos se echaron a reír.

—Deje que la ayude, Sarah. Busquemos algo más sólido, ¿no le parece?

Mientras leían los rótulos de los botes, en voz alta, mezclado a la palabra: «Mermelada de ciruela» sonó una frase de Sarah:

—¿Qué piensa usted hacer con William, Nelson?

El detuvo su búsqueda, observando a la joven. Preguntó a su vez, en tono grave:

—¿Qué quiere usted que haga con él? Se merece acompañar en la «silla» a Kerr. Mató a un hombre maniatado, a sangre fría.

Ella, mirándole a los ojos, le suplicó:

—Perdónele; no diga nada. Bastante castigo tiene con ser así. Posiblemente esto le servirá de enseñanza para el futuro.

—Ya lo acaba usted de ver; no le ha servido de nada. Pero si usted me lo pide, no lo denunciaré. Olvidaré hasta que él existe. Usted se merece todo. Aún no le he dado las gracias por querer salvarme, sacrificándose.

La nacarada piel de la joven enrojeció hasta las raíces del cabello. Muy nerviosa, prosiguió buscando entre las conservas. Tardó un rato en rehacerse y entonces dijo, con voz muy normal, pero falsa evidentemente, si se observaba el temblor de sus labios:

—Es usted muy bueno, Nelson; me tiene que perdonar las veces que le ofendí, desde que nos conocimos. He aprendido mucho, y ahora comprendo por qué las circunstancias obligan en ciertas ocasiones a derramar sangre. Yo vivía en un mundo muy diferente; usted lo sabe. ¡Perdóneme!

Conmovido, excitado, Lester la cogió por los hombros, acercándola a sí, hasta beber su aliento, y dijo con voz trémula, tuteándola:

—¡Sarah! ¡Sarah! ¡Te quiero! ¡Te quiero desde que te conocí! ¡Entonces te quería y te odiaba a la vez! Eras de otro hombre; yo, de otra mujer, pero intuía que tú y yo no podíamos ser más que muy enemigos o muy amigos, ¡más que amigos! Después, en estos últimos días de soledad, he pensado en ti, he analizado mis sentimientos, descubriendo que te quería con toda mi alma, y que, sin embargo, debía resignarme al Destino, porque eras de otro. Pero ahora, sabiendo que no perteneces a nadie, me atrevo a decirte que te quiero, que te amo, que... que sólo pienso en ti.

—¡Lester! ¡Lester, mi vida! Yo también te quiero. Lo adiviné desde el primer día. Por eso te odiaba, porque te admiraba, a pesar mío. Me molestaba tu aire altanero, porque sabía que me dominabas, que con una palabra tuya de amor, toda mi vida anterior habría desaparecido por encanto. Cuando mi hermano me hablaba de ti, sin cesar, alabándote, yo me consumía y le rogaba que se callase. Y es porque te amaba, Lester. Mi instinto de mujer me decía que yo era tuya, que estaba destinada a ti. Si he tenido miedo a morir, la principal causa era ver que no podría disfrutar de un amor que acababa de nacer con la fuerza que sólo tiene el verdadero amor.

—¡Sarah de mi vida!

Los nervudos brazos rodearon el débil y delicado cuerpo femenino, fundiéndose los dos enamorados en un ser que ya nunca más se desdoblaría. Se unieron los labios, las almas y los corazones, para siempre, hasta la eternidad...

IX

CINCO MESES DESPUÉS...



E celebraba la boda de Sarah Kelly, joven millonaria de la alta sociedad neoyorquina, con Lester Nelson, el célebre inspector del

F. B. I.,

héroe que había conseguido la máxima admiración popular por su última actuación contra la banda de secuestradores que «trabajaban» siempre a «la hora gris».

Fueron padrinos de la boda, John Kelly —contentísimo de tener

a un cuñado tan valiente— y Eleonor Carroll, que aprovechaba la ocasión para lucir un fastuoso vestido, que le proporcionaría un gran reclamo publicitario para la comedia que estaba a punto de estrenar en uno de los mejores teatros de Broadway.

Entre los asistentes a la ceremonia veíase a Daniel Dixon, ferviente admirador de Nelson y del que se había hecho muy amigo, después de tener una entrevista con Florrie, en la que expuso francamente a la bella joven que su noviazgo quedaba roto, porque sólo buscaba dinero. Y allí, más delante, estaba ella, pugnando por contener el llanto, al ver que el hombre a quien había querido de verdad pertenecía a otra mujer.

El inspector Goudge, con su mujer y un batallón de hijos, miraba al novio con aire de satisfacción, al verle encadenarse para la deliciosa tortura del matrimonio según él decía jocosamente a sus amistades.

Y allí se reconocían los jefes del Estado. Mayor del F. B. I., llegados expresamente de Washington para asistir a la boda de su compañero, y al mismo tiempo notificarle que, en adelante, no tendría que exponerse a más peligrosas aventuras, según decisión inflexible del director general.

Sólo faltó al enlace matrimonial, William Rollins, que avergonzado de su cobardía, viajaba por Europa desde hacía tiempo.

Ya la Prensa no publicaba ninguna noticia sobre Kerr y sus secuaces egipcios, y norteamericanos —encontrados éstos por declaraciones del «boss», que no podía resistir la amenaza del «tercer grado». Los principales responsables de los crímenes cometidos fueron electrocutados en la «reina de las sillas»— según el argot del hampa—, y el resto, condenados a muchos años de «hospedaje gratuito» en «Sing-Sing Hotel».

Al terminar la ceremonia, Lester se inclinó para decir al oído de su mujer:

—¿Me quieres?

Sarah se empinó graciosamente sobre las puntas de los pies, y repuso también al oído de su marido:

—¡Te quiero!

El

«Gun-man

Escarlata», terror de los hampones, sonrió gozosamente, con una sonrisa nueva, humanizada, desprendida de la máscara rígida y hermética que encerraba un corazón ansioso de amar. ¡El

«Gun-man

Escarlata» había hallado la felicidad!

FIN

Bud Carter,
"el Cobarde"



EL COBARDE

F. B. I.

ALF MANZ

¡TRES NOMBRES!

¡TRES EXITOS!

EL

COBARDE

forma la trilogía famosa de ALF MANZ,
con ¡CULPABLE! y LA HORA GRIS,
pilares básicos de la mejor F. B. I.
colección mundial

EL COBARDE

Un agente especial del F. B. I. sufría las mayores torturas morales al representar un «papel» despreciable en busca de la más criminal y peligrosa banda de espías. Hubiera dado su vida por no tener que aguantar las humillaciones que habrían sublevado al más servil esclavo, y soportó... hasta recibir del Estado Mayor del F. B. I. la orden de atacar audazmente, y entonces...

El cobarde

La mejor novela de ALF
MANZ en el próximo
número de la Colección

F. B. I.

NOTAS

[1] Medida inglesa equivalente a 1609 metros. < <

[2] Banda de forajidos. < <

[3] Federal Bureau of Investigation. < <

[4] Guardaespaldas del jefe de una banda. < <

[5] Nombre dado despectivamente por los norteamericanos a los ingleses. < <

[6] Jefe de una banda. < <

[7] Gastrónomo, catador. < <